

A stylized illustration of a woman with blonde hair, wearing a large, flowing red dress. She is looking over her shoulder with a slight smile. The background is light with some blue and grey swirling lines. The text is overlaid on the image.

ERLE STANLEY GARDNER



**EL CASO DE LA
BAILARINA Y SU
CABALLO**

PERRY MASON

Todo comienza con el «traje» de una bailarina de abanicos (*fandancer*) o lo que queda de él. Cuando Perry Mason, tras un accidente de tráfico, se tropieza con unos abanicos de plumas y unos zapatos de una bailarina exótica, pretende hacer una buena obra publicando un anuncio para localizar a su propietaria. La buena acción del abogado consigue atraer a dos despampanantes bailarinas que afirman ser la misma artista. Y pegados a sus faldas aparecen un ex marido y un novio celosos. Pero la propiedad desaparecida que reclaman los cuatro no son abanicos de plumas ni zapatos ¡¡es un caballo!! Y cuando el ex marido es brutalmente asesinado, Mason encuentra que puede estar peligrosamente cerca de un criminal...



Erle Stanley Gardner

El caso de la bailarina y su caballo

Perry Mason - 29

ePub r1.0

Titivillus 08.10.2017

Título original: *The Case of the Fan Horse
Dancer's*

Erle Stanley Gardner, 1947

Traducción: Juan José Mira

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1

El valle Imperial languidecía bajo el sofocante sol matutino.

El gran *sedán* que corría tras el automóvil conducido por Perry Mason, le pasó a más de ochenta millas por hora. La corriente de aire levantada al veloz paso de la máquina hizo que el coche del abogado oscilase sobre sus ballestas.

—¿Cómo podrán resistir los neumáticos? Tienen que estar a punto de fundirse —comentó Mason, dirigiéndose a Della Street, su secretaria.

Della Street se inclinó hacia adelante para sentir la fría caricia del aire.

—No creo que llegue así muy lejos —opinó—. ¡Oh, mire! ¡Creo que va a chocar con aquel coche!

Mason presionó instintivamente los frenos, al ver que el gran *sedán* se balanceaba, desviándose hacia la izquierda para intentar pasar a otro coche que avanzaba en la misma dirección. Los guardabarros rozaron levemente con el vehículo que intentaba pasar, y éste, al contacto, salió despedido, y dio varias volteretas espectaculares hasta quedar volcado sobre la ardiente arena.

Una nube de polvo, que impedía toda visión se cernía aún sobre el lugar del suceso cuando Mason detuvo su coche y saltó a tierra.

El coche volcado era de un modelo bastante antiguo. Su carrocería desprovista de pintura y sus ruedas de dimensiones anormales, le prestaban un aspecto singularmente anacrónico. Yacía pacientemente en pleno desierto como si, después de haber apurado en exceso las vicisitudes de la vida, la reciente desgracia hubiese puesto punto final a su larga existencia.

Mason abrió la portezuela del maltrecho vehículo y una anciana mejicana de dedos sarmentosos, buscó un apoyo que le permitiera salir del volcado coche.

Mason la ayudó a salir de su encierro y, al hacerlo, advirtió que

uno de los brazos de la mejicana pendía inutilizado. Al chocar contra el marco de la portezuela, la mujer emitió un sordo quejido. Pero su voz se matizó de la vieja cortesía de su raza, cuando le dijo en español.

—Gracias, señor.

—¿Tiene usted otras heridas además del brazo fracturado? —le preguntó Mason.

La vieja mejicana, le miró serenamente, con la placidez de quien ha aprendido a tomar la vida tal como se presenta.

—No hablo inglés —dijo.

El conductor del otro coche, que se había detenido al percatarse del accidente, se acercó a ellos en aquel momento, diciéndole a Mason:

—Quizás pueda ayudarle. Trabaje en la frontera y hablo español como cualquier nativo. Mi nombre es Newell. Un gran sedán me pasó a más de ochenta millas por hora. Supongo que debe ser el causante de esto.

—Sí. Ahora me gustaría saber si esta mujer está herida.

Newell inició una conversación en español con la viajera y, después, informó a Mason.

—Dice que sólo se ha hecho daño en el brazo. Cree que está fracturado.

—Sería mejor ver a un médico. ¿Cómo se llama?

—María González.

—¿Dónde vive?

—Según dice, con su sobrino.

—Pero ¿en qué sitio?

La mujer alzó el brazo y describió un vago ademán.

—Aquí en el valle —informó Newell.

—Las señas no son muy concretas —sonrió Mason—. Veamos su licencia de conducir.

—No creo que con eso adelante mucho —le dijo Newell—. Esta gente suele ser evasiva como nadie. Con mucha cortesía y amabilidad saben perfectamente mantenerle a uno a distancia.

—Pero ¿por qué no quiere que sepamos dónde vive?

—Tal vez no se trate de eso. Quizá juzgue nuestras preguntas impertinentes o tema que usted pueda causarle molestias a alguien. ¡Aguarde un momento!

Le preguntó algo en español y, luego, tradujo la respuesta:

—Dice que ella no conducía el automóvil.

—¿Cómo? Seguro que era ella quien lo conducía —replicó Mason.

El intérprete volvió a interrogar a la mejicana, y la anciana, señalando el coche volcado cerca de la carretera, pronunció varias frases que Newell se apresuró a traducir:

—Dice que el coche ya no está en la carretera, y que, puesto que se ha inutilizado y nadie hay en él, ya no se requiere ninguna licencia.

—¡Pero para conducir hace falta licencia! —insistió Mason.

Newell se encogió de hombros y Mason prosiguió.

—Muy bien. ¿Dónde quedará el hospital más cercano?

Otro coche se detuvo en aquel preciso instante, y de él bajó un mejicano de unos cuarenta y cinco años, de rostro impasible, que se aproximó al grupo.

—¿Hay algún herido? —preguntó cortésmente.

—Esta mujer —le indicó Mason—. Conducía ese coche volcado. Según parece, tiene un brazo roto.

El mejicano echó una mirada al auto accidentado y, después, contempló a la mujer. Le formuló cuatro o cinco rápidas preguntas que la anciana respondió con la misma brevedad.

—La llevaré a casa de un médico —anunció.

—¿La conoce usted?

—Conozco a su familia.

Mason metió la mano en su bolsillo con intención de entregarle al mejicano una de sus tarjetas, pero temió que el título de abogado estampado en la cartulina fuese interpretado como un ofrecimiento de sus servicios profesionales. Por lo tanto, prefirió sacar su carnet de notas y escribir en una hoja su nombre y dirección.

—Si hace falta un testigo, mi nombre es Mason. Esta es la señorita Street. Los dos presenciamos el accidente. Mi dirección está anotada aquí. La señorita Street podría ser llamada por mi intermedio.

El mejicano inclinó gravemente la cabeza.

—¡Muchas gracias! —le dijo—. Me llamo José Campo Colima. Ahora, si ustedes me lo permiten, trataré de ayudar a esta infortunada mujer.

El mejicano escoltó cortésmente a la herida hasta su automóvil, en donde la instaló, sentándose a su lado. Se cerró la portezuela y el coche partió por la calcinada carretera.

—¡Bien! —dijo Newell—. Continuaré mi camino. Aquí tiene mi tarjeta. Me gustaría saber que le sacan algo a ese tipo.

—Si podemos encontrarlo alguna vez —dudó Mason.

—Me dirijo a Calxico y le telefonearé a la policía de carreteras.

—Haga lo que esté en su mano —asintió Mason.

Se dirigió hacia su automóvil, en tanto que Newell hacía lo mismo en dirección al suyo.

—¿Habrá dejado abandonado algo esa mujer en el coche? —preguntó de pronto Mason a su secretaria—. Es probable que con todo este jaleo se haya olvidado de algún efecto personal. Será preferible que nos cercioremos.

El sol daba de lleno sobre el averiado vehículo y lo había calentado hasta el extremo de resultar difícil tocarlo con la mano. Por fortuna, la portezuela seguía abierta y Mason introdujo la cabeza por ella.

La tapicería aparecía en pésimo estado y todo hablaba allí de vejez y abandono. En el interior no se advertía el menor indicio de que la mujer hubiese olvidado algo.

Mason buscó la tarjeta del registro, inspeccionando el cuadro de mandos junto al volante, sin encontrarlo.

—¡Bien! —exclamó—: Veamos en la maletera.

Alzo la tapa y, al mirar el contenido, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué pasa?

—Aquí veo unos abanicos de plumas de avestruz que ostentan las iniciales L. F. según parece, no hay nada más. Pero..., ¡espere un momento! También hay un par de zapatillas blancas de bailarina. El interior de la maletera ha sido forrado hace poco con un papel de periódico. Estos efectos, sin duda, pertenecen a alguna bailarina.

—¡Sí que es raro! —dijo Della Street—. ¿Cómo habrán podido llegar esas cosas a semejante armatoste?

—Tal vez haya por aquí cerca algún *cabaret* y quizá la hija de esa anciana sea la bailarina. Los diarios son casi nuevos y debe hacer muy poco que fueron pegados en el interior de la maletera. ¿Puede ver la fecha, Della?

—Sí. Son periódicos de Los Angeles, con fecha de ayer.

—Bien, será preferible que nos llevemos los abanicos. Más tarde, llamaremos, a la policía para averiguar la dirección de la anciana, dirección que seguramente obrará en su poder después del accidente. ¡Vámonos de este horno!

2

Al día siguiente, en la oficina, Della Street le recordó a su jefe el accidente automovilístico. Mientras le extendía un montón de cartas, le dijo:

—Parece que se ha olvidado de que anoche telefoneó usted a la policía para informarle del accidente automovilístico de ayer. ¿No le dijeron que ya le llamarían?

—Sí, aunque no lo han hecho todavía. Comuniqué usted con ellos; no podemos permitir que por ahí anden bailarinas desnudas...

Della Street sonrió, marcó el número y, cuando se estableció la comunicación, pasó el auricular a su jefe.

—¡Oiga! Habla Perry Mason. Ayer les dejé ahí un memorándum acerca de cierto accidente automovilístico. Tengo en mi poder algunos efectos que saqué del automóvil siniestrado. En el coche iba una mujer que se fracturó un brazo. Ustedes me dijeron que averiguarían su dirección y que me la comunicarían.

—¡Oh, sí! —respondió el policía—. Tengo su nota sobre mi mesa, y si no le he llamado, ha sido porque no hemos recibido informe alguno más sobre ese accidente.

—¿Nadie más informó?

—Nadie.

—¡Qué raro! El accidente tuvo lugar a unas dos o tres millas al norte de Calexico.

—Sí; ya encontramos el coche volcado junto al camino. Después de algunas investigaciones, supimos que pertenecía a un tal Ramón Calles, vecino de Calexico. Declara que el coche le fue robado hará un par de días.

—¿Lo denunció a la policía? —preguntó Mason.

—No. Al parecer no está muy interesado en el asunto. Ahora será preciso remolcar el coche hasta el garaje y repararlo. Pero ese Calles estima que no vale la pena incurrir en tales gastos. ¡Ya sabe

usted cómo es esta gente! Resulta difícil sacarles algo del cuerpo cuando se proponen ser reservados. En estos casos, se dedican a salirse por la tangente, sin puntualizar nada en concreto. ¿Fue usted testigo del accidente?

—Sí, lo presencié. Un gran *sedán* le dio con una aleta y lo lanzó fuera de la carretera. El armatoste lo conducía una anciana, que, según parece, no sabía nada de inglés. Tendría unos sesenta y cinco o setenta años, con el rostro muy arrugado y los cabellos casi blancos.

—¿Le dio su nombre?

—Sí. Dijo llamarse María González.

—¿La reconocería si la viese de nuevo?

—Naturalmente.

—Creo que, si conseguimos localizarla y usted la identifica, tal vez Calles cambie de parecer. Claro que tampoco me extrañaría que la anciana resultara ser su abuela o su tía María y, entonces, todo quedaría en casa. No obstante, averiguaremos lo que hay en el fondo de este asunto.

—Tengo interés —le dijo Mason— en devolver ciertos efectos que encontré en la maletera del coche.

—¡Perfectamente! Ya le informaremos de lo que consigamos descubrir. Al mismo tiempo, usted podía publicar un anuncio en la prensa local, informando de la pérdida de esos efectos.

Perry Mason colgó el auricular, y se dirigió a su secretaria, diciéndote:

—¿Sabe usted algo acerca de la danza de los abanicos, Della?

—¿Pretende que me dedique a poner de manifiesto mis habilidades en ese sentido?

—¿Y por qué no? —sonrió Mason—. No olvide que contamos con el guardarropa completo.

—¿Sabía algo la policía?

—Bastante poco. El coche volcado junto al camino parece que había sido robado. No me imagino a quién podría interesarle semejante cacharro. Llame al periódico que se publica en Valle y que inserten un anuncio en la sección de «Pérdidas», redactado poco más o menos así: «Si la bailarina de abanicos que extravió ciertos efectos de su pertenencia se pone en comunicación con el apartado número tantos, logrará la devolución de ellos». Que el diario nos

trasmite cualquier posible respuesta que reciba. Y, ahora veamos el correo.

3

Aquel lunes por la mañana, Mason penetró en su despacho, depositó el sombrero en la percha y le sonrió a Della Street.

—Se acerca la época de las vacaciones, Della. Cazar, esquiar, y soñar bajo las estrellas, contemplando la silueta de los pinos que se destacan contra el cielo. Al día siguiente, uno se despierta con las primeras luces del alba para encender la lumbre y preparar el café.

—Pero, poco después —le interrumpió Della—, hay que bajar a tierra para enfrentarse con la correspondencia que espera contestación.

—¿Pretende usted echar sobre mis indefensas espaldas la carga de los negocios? Detesto las cartas.

—Lo que veo es que se ha olvidado usted de su amiga.

—¿Qué amiga?

—¡Ah, ya! La semana pasada me interesaba el asunto, pero hoy me parece bastante absurdo. Imagínese a un miembro del venerable Colegio de Abogados llevando en su mano izquierda un par de abanicos de pluma de avestruz y en la derecha las zapatillas de baile de esa moderna cenicienta. A propósito: ¿Cómo andará vestida actualmente, teniendo yo en mi poder su guardarropa? La cosa resulta intrigante.

—Lo intrigante —replicó Della Street— es que su anuncio ha merecido respuesta.

—¡Caramba! ¿Quiere decir que hemos localizado a la bailarina que perdió sus abanicos?

—No perdió los abanicos.

—No. ¿Qué perdió entonces?

—Un caballo.

—¿Bromea usted?

Della Street le tendió un sobre dirigido al periódico.

Mason extrajo de él una hoja doblada.

—¡Huela! —le dijo su secretaria.

Mason acercó su nariz al sobre e hizo una mueca. Desplegó la hoja. En su borde superior aparecía cosido el recorte del anuncio. Más abajo, una mano femenina había escrito el mensaje que Mason leyó en voz alta.

—El comienzo —anunció— se inicia de un modo comedido pero luego se incurre en apasionantes extravíos. Óigalo:

«Apartado 9062: ¡Oh, amado mío! ¡Qué gesto tan cariñoso el tuyo al tomarte la molestia de insertar el anuncio...! ¡He estado tan preocupada! Estuve una semana en Brawley y después seguí a ese pueblo. Más tarde, trabajé cuatro o cinco noches en la parte central del Estado. La danza de los abanicos ha dejado de ser lo que era. Fuimos despedidas de la mayoría de los salones de espectáculos de las ciudades, pero en los pueblos saben ser más sencillos y una excelente bailarina de abanicos siempre podrá volver a tener éxito.

Mason interrumpió la lectura para decir:

—La palabra excelente aparece subrayada. ¿Se dio cuenta, Della?

—Sí, ya me imagino lo que quiere decir —replicó la secretaria con acritud.

Mason se echó a reír y después continuó leyendo:

»Aprecio mucho mi caballo. Cuando se escapó del lugar donde estaba, en Brawley, sentí que mi corazón se destrozaba. Hice averiguaciones, pero nadie lo había visto. El hombre a quien había arrendado el terreno para que pastase el caballo, me dijo que estaba casi seguro de que lo recobraría, porque la gente de aquella comarca era muy honrada y siempre devolvía los animales descarriados. Haré que mi agente se ponga en contacto contigo, a través del diario, para reembolsarte debidamente. Entrégale, pues, el caballo a quien te presente mi orden escrita. Cerciórate de que la escritura es la misma, a fin de que no haya engaño. Y muchas gracias, una vez más. Sinceramente tuya...»

Hizo una pausa y después continuó en tono zumbón:

—La misiva parece firmada por Lois Fenton seguido de una aclaración entre paréntesis, que dice: «Cuyo nombre teatral es *Cherie*
Chi-Chi
».

En aquel instante se abrió la puerta que comunicaba con la sala de espera y apareció Gertie, telefonista y encargada de recibir las visitas.

—Perdone la interrupción, señor Mason, pero ahí afuera está un individuo que quiere verle para tratar no sé qué de un caballo.

—¿Le dio su nombre?

—Sí. Se llama John Callender y dice que usted no lo conoce personalmente, pero que viene en representación de Lois Fenton.

—¡Ya! El amigo de la bailarina. ¿Qué aspecto tiene Gertie?

—Es un hombre robusto, bien vestido y de aire atractivo.

—Un ángel, seguramente —dijo Mason—. ¿Se comporta con cierta desenvoltura o da impresión de sentirse cohibido?

—No parece cohibido.

Mason tamborileó sobre la mesa con sus dedos y, al final, le dijo a Gertie:

—Hágale pasar.

Cuando Gertie salió, Della Street le dijo:

—¿Piensa aclararle el error, jefe?

—No. Le dejaré hablar. El asunto empieza a interesarme. Después de todo podemos decirle, al final, que encontramos un par de abanicos y dos zapatillas.

Se abrió la puerta y Gertie anunció al señor John Callender. El rostro del recién llegado se iluminó con una sonrisa cordial. El gesto, no obstante, no se revelaba espontáneo, sino compuesto de cara a producir una favorable impresión.

—¡Cuánto placer, señor Mason!

El abogado le estrechó la mano mientras le decía:

—Siéntese, haga el favor. Esta señorita es mi secretaria. ¿En qué puedo serle útil?

Callender se instaló en uno de los confortables sillones. Se conducía con una completa seguridad y sus modales revelaban que estaba más habituado a mandar que a solicitar favores.

—Soy el agente de Lois Fenton, conocida en ocasiones como

—Perfectamente.

—Vengo, como ya debe saber, por el asunto del caballo. Deseo recobrarlo.

—¿Puedo preguntarle cómo logró descubrir mi identidad? En el anuncio que publiqué indicaba solamente el número de mi apartado.

—Como usted comprenderá, señor Mason, tratándose de un asunto de tanta importancia para la señorita Fenton, ésta no podía allanarse a entenderse simplemente con un número.

—No obstante, me gustaría saber cómo pudo descubrir esa señorita mi verdadera personalidad.

—Muy sencillo, señor Mason.

—¿Podría usted revelarme el procedimiento?

—Recurrí a un subterfugio.

—¿Qué clase de subterfugio?

Callender cambió de posición en el asiento. Su sonrisa había desaparecido y su boca de labios delgados formaban una línea recta por encima de su mentón. Tenía una mirada fría y escrutadora.

—En realidad, señor Mason, nos interesaba mucho conocer a la persona con quien debíamos entendernos. Me presenté en el periódico diciendo que iba de parte de la persona que había puesto el anuncio, solicitando de ellos la publicación de él por una semana más. Pagué el importe, solicitando el recibo de rigor, en donde, como es lógico figuraba su nombre, con la dirección de su despacho y el número de apartado.

—La cosa, en efecto, fue sencilla —reconoció Mason.

—Figúrese nuestra sorpresa, señor Mason. Esperábamos tener que habérmolas con algún rancho del Valle Imperial, indignado porque el caballo hubiese estropeado algún sembrado, y ya estábamos dispuestos a conducirnos generosamente, indemnizándole. Supongo que, en este sentido, no habrá problema con usted, ¿no es así?

—En efecto.

—De todas formas —prosiguió Callender—, considerando que su tiempo es valioso y que usted lo está perdiendo en un asunto

relacionado con mi... podríamos decir cliente, yo...

—¿Es usted abogado? —le preguntó Mason.

—¡No lo quiera el cielo! Bueno, no se ofenda; no quería decir precisamente eso. Sólo que la profesión de abogado no me entusiasma. Soy ranchero, tengo una propiedad bastante grande en el Valle Imperial, entre Calexico y el Centro, un lugar realmente hermoso. Me dedico un poco a la crianza de caballos, cosa que me interesa mucho.

—¿Trae usted algo para probar su identidad, señor Callender?

Por un instante el rostro del visitante se nubló de cólera. Luego, dijo:

—Naturalmente, señor Mason.

Sacó su cartera y extrajo de ella la licencia de conductor, una tarjeta de afiliado a un club campestre y otra que lo acreditaba como miembro del «Automóvil Club de California del Sur».

—¡Gracias! —dijo Mason después de echarle un vistazo a los documentos—. ¿Podría usted, ahora, describirme el artículo o efecto?

—Sin el menor inconveniente. Se trata de un animal castrado, de pelo castaño, con la pata derecha blanca y otra mancha también blanca en forma de estrella en la frente. El caballo cuenta siete años de edad y está en perfecto estado de salud.

—Pues, lo siento, pero no puedo ayudarle.

—¿Se propone, acaso, no devolver ese caballo?

—Solamente le digo que no puedo ayudarle.

—Creo, señor Mason, que no sabe con quién está tratando. No soy hombre con el que se pueda jugar. Yo...

—Sólo afirmo —le interrumpió Mason— que usted no me ha descrito debidamente el artículo que tengo en mi poder.

—¿Qué no...? Usted está loco. Conozco perfectamente a ese caballo y...

—¡Le repito que no me ha descrito el artículo con la precisión necesaria para que yo me considere en el deber de devolvérselo!

—¡Santo Dios! ¿Pero qué es lo que pretende usted? El caballo tiene además una pequeña cicatriz en la parte inferior de la pata derecha y una cola sumamente larga... —Se interrumpió de súbito y después exclamó—: Pero, perdón, me olvidé de lo primero que debí haberle dicho.

Sacó del bolsillo una hoja de papel y se la tendió al abogado. Mason leyó la carta que despedía el mismo aroma que la recibida anteriormente.

Apartado 9062: Le presento al señor John Callender, autorizado para recibir en mi nombre, de quien lo encontré, el caballo perdido por mi hace pocos días. Este caballo es de raza norteamericana, castrado, de siete cuartas de altura, estrella blanca en la frente y pata derecha blanca. El señor Callender lo recibirá en mi nombre y pagará los gastos ocasionados que se le reclamen. Lois Fenton (nombre teatral, Cherie Chi-Chi).

—Lo que yo encontré no se corresponde con exactitud a esa descripción —insistió Mason.

—Pues bien; dígame en qué difiere —le contestó Callender.

Mason sonrió, moviendo la cabeza.

—Tratándose de artículos perdidos, corresponde al reclamante describirlos minuciosamente.

—Tal vez haya algún detalle pequeño, algo secundario como un rasguño ocasionado por un alambre últimamente; extremos estos que, como comprenderá, no afectan en lo más mínimo a la descripción fundamental que le he hecho del animal. En caso de que se trate de dinero, tendré el mayor placer en...

—No se trata de dinero —le atajó Mason.

—¿Entonces de qué?

—Sólo deseo que describa exactamente el artículo.

Callender respiró profundamente antes de responder:

—Veamos, señor Mason; estoy dispuesto a responder a sus exigencias, sean cuales fueren éstas. Indique la cifra. Le llenaré un cheque por quinientos dólares; una suma que cubrirá sobradamente los gastos y el valor del tiempo que ha perdido. Tal vez debió empezar por plantear así las cosas.

—Ya le he dicho, señor Callender, que no se trata de dinero.

El visitante saltó de su asiento.

—Creo que se propone usted algo turbio, pero, en mi opinión, no saldrá ganando nada. Sé algo de leyes, y le haré arrestar por

intentar hacerme un chantaje. Usted trate de...

—Sea consecuente, señor Callender. Le vuelvo a repetir que esta no es cuestión de dinero.

—¡Al diablo! Usted espera tranquilamente que yo incrementé mi oferta. No lo haré. Resido en el hotel Richmell. Le doy de plazo hasta las cinco de la tarde de hoy... Quinientos dólares es lo máximo que puedo pagarle. ¡Buenos días!

Callender se dirigió hacia la puerta por donde había entrado, pero, después al divisar la salida, giró bruscamente a la izquierda. Sólo el muelle impidió que al salir la puerta se cerrase bruscamente. Pero inopinadamente, la hoja volvió a abrirse y Callender hizo nuevo acto de presencia. Su rostro se ofrecía amable de nuevo.

—Desde luego —dijo avanzando e inclinándose sobre el escritorio de Mason—, comprendo que, en cierto modo, tiene usted alguna razón en su exigencia. No describí exactamente el artículo.

—¡Continúe! —le invitó Mason.

Callender aproximó sus labios al oído de Mason y le dijo en voz baja:

—Me olvidé de la herida de bala.

—¿Dónde?

—En el caballo —replicó Callender sonriendo.

Mason movió la cabeza y Callender se irguió. Arrugó el entrecejo, empezó a decir algo, pero, de súbito, cambió de parecer y salió del despacho.

Mason miró sonriendo burlonamente a Della Street.

—¿Qué opina usted? —le dijo ésta.

—Creo que merece la pena ocuparse del asunto, Della. Esta confidencia final de la bala...

El teléfono, dispuesto sobre la mesa de la secretaria, empezó a sonar, interrumpiendo al abogado: Della Street cogió el auricular.

—¿Qué hay, Gertie?... ¡Un momento! —se volvió hacia Perry Mason diciéndole—: Ahí afuera hay un hombre que también desea hablar con usted sobre el caballo.

—¿Cómo se llama?

—Arthur Sheldon.

—¡Bien! Escuchemos al señor Sheldon. Dígale a Gertie que le haga pasar. Cualquiera diría que tenemos un establo a nuestro cargo.

Arthur Sheldon era un individuo de unos treinta años, de ojos castaños y cabello claro, modales nerviosos y hablar precipitado.

—¡Buenos días, señor Mason! Le agradezco que me haya recibido. Mi nombre es Sheldon. Arthur Sheldon. Le diré en pocas palabras a lo que vengo. John Callender ha estado aquí, ¿no es cierto? ¿Qué le dijo?

—Aun cuando estuviese al tanto del motivo de su interés en este asunto, y si tiene derecho a ello, difícilmente le proporcionaría la información que solicita —sonrió Mason.

—¡Oh, lo siento! —exclamó Sheldon enrojeciendo—. No me di cuenta en principio, de lo que usted podría pensar. Pero dígame, señor Mason, ¿se propone usted entregar el caballo?

—No —respondió Mason añadiendo—; todavía no.

—¡No lo haga, por favor no lo haga! Él no tiene el menor derecho sobre ese caballo, porque se lo regaló a Lois. Dígame, ahora, ¿es usted su abogado?

—No.

Sheldon respiró con alivio.

—¡Espléndido! Deseo que usted nos represente.

—¿A quiénes?

—Pues... A Lois...

—¿En qué?

—En caso de que él inicie algo...

—¡Hablemos con claridad! —le interrumpió Mason—. Si espera sobornarme para que entregue cierto artículo a determinada persona, con la excusa de contratar mis servicios...

—No hay nada de lo que sospecha, señor Mason. Sólo hace falta que no le entregue el caballo a él. Deseo, como ya le he dicho, que represente a Lois.

—¿En qué asunto?

—Se lo he explicado en términos generales. Quiero que usted la vea. ¿Podría usted hablar con Lois?

—Naturalmente. ¿Puede venir aquí ella?

—Sí, pero no antes de mañana. Trabaja por las noches en un salón de Palomino, una pequeña población de Walter Basin, cerca de Bakersfield. Debe encontrarse allí esta noche y no tendría tiempo para venir aquí y regresar. Pero si usted lo desea, puede venir aquí mañana.

—¿A qué hora?

—A cualquiera después de las diez, entre esta hora y las dos.

—¿Qué le parece las diez y media?

—Se la traeré —prometió Sheldon—. Y no sabe cuánto le agradezco esto. ¿Necesita algún dinero, ahora?

—No, mientras no haya hablado con la señorita Fenton. ¿Cómo consiguió usted saber mi dirección?

—Seguí a Callender; le he estado siguiendo desde que obtuvo su dirección en el periódico. Ocupo una habitación del hotel Richmell, frente a la suya. La mía es la 510 y él ocupa la 511.

—¡Muy bien! —dijo Mason, mirándole con las cejas fruncida—. Cuide de que la señorita Fenton sea puntual.

Cuando el visitante se hubo retirado, Mason le dijo a Della:

—Un caballo reclamado por toda esta gente, la herida de bala, la bailarina de los abanicos... ¿Le gustaría dar un paseo en automóvil, Della?

—¿Hacia dónde?

—Hacia Palomino.

—Me encantaría.

—Pues vamos allá —animó Mason.

4

Palomino originariamente fue una pequeña aldea situada en un cruce de caminos. Pero más tarde, en un corto período de tiempo, gracias a la construcción de una gran casa, Palomino se transformó en una ciudad.

Las edificaciones antiguas constituyeron el núcleo del distrito comercial, ampliado rápidamente por tiendas almacenes y antiguos vagones frigoríficos y remolques con los que se improvisaron tiendas.

Estos remolques ostentaban atrayentes anuncios. Así, por ejemplo, la «Gran Casa de Modas», aparecía alojada en un vagón de carga reconstruido y el hotel Ritz se veía ampliado por cuatro o cinco docenas de tiendas de campaña, dispuestas en hilera, como un campamento militar.

El incómodo caserón antaño conocido con el nombre de *Hall Meyer's* daba albergue, ahora a un tumultuoso club nocturno denominado «Shamrock».

La electricidad constituía uno de los servicios más baratos disponibles. Sobre aquella extraña mescolanza de habitaciones humanas, las luces brillaban profusamente. Antiguos vagones de ganado ostentaban centelleantes anuncios luminosos y, a ambos lados del «Shamrock», alguien había pintado un trébol de un vivo color verde que las incontables luces hacían aún más intenso. Esta iluminación prestaba al ambiente general una atmósfera fantástica del club nocturno, asumiendo por breves instantes el aspecto de cadáveres animados.

En el interior del establecimiento, el piso aparecía materialmente cubierto de mesas, que sólo dejaban un pequeño espacio a un lado del cobertizo. Allí una orquesta, integrada por cinco ejecutantes, emitía una música que compensaba en volumen

lo que le faltaba en armonía.

Perry Mason y Della Street que ocupaban una mesa próxima a la escandalosa orquesta, cambiaban frases entre los números que integraban el espectáculo y el estrépito de la música.

—Hay aquí —observó Della Street— un ambiente peligroso. Se espera algo así como una explosión de dinamita que haga volar todo esto por los aires.

—Sí, se nota un ambiente áspero y presto a la violencia —convino Mason.

Un individuo de anchas espaldas y vestido de un modo burdo, se detuvo ante la mesa.

—Perdón, señor —le dijo a Perry Mason—, pero aquí andamos un poco escasos de damas para bailar. Me han enviado los comensales de aquella mesa. Creemos que la joven debería bailar.

Della Street le sonrió con amabilidad.

—Lo siento, pero esta noche no tengo ganas.

—¡Qué lástima! ¿Y no podría, usted, cambiar de parecer?

La sonrisa de Della Street era amistosa, pero el tono de su voz revelaba firmeza.

—Decididamente, no. Lo siento mucho.

—También yo.

El individuo se inmovilizó por breves instantes y, finalmente, dio media vuelta regresando a su mesa, en donde se veía a tres hombres más. El rostro del emisario enrojeció ante las risas con que fue acogido por sus compañeros.

—Dios quiera que esa mujer salga pronto para que podamos marcharnos —dijo Della Street—. ¿Le envió usted el recado, jefe?

—Sí, por intermedio del *maître*. El billete de cinco dólares, que utilicé como sello postal, servirá para garantizar la entrega.

Las luces disminuyeron de potencia y el maestro de ceremonias anunció la próxima aparición de *Mademoiselle Cherie*

Chi-Chi

, la maravillosa e incomparable danzarina.

La orquesta comenzó a hacer ruido. Las luces continuaron amortiguándose, hasta que en el local reinó una oscuridad casi completa; luego, se encendieron otras verdes. Sobre el suelo, se percibió el rumor de unos pies desnudos y de la compacta humanidad masculina que llenaba el local y se alzó un resuello

claramente audible. En el centro de la pista, aparecía una muchacha cubierta por abanicos de plumas blanquísimas, bajo la luz verde oscura del proyector.

Cherie Chi-Chi permaneció por unos instantes inmóvil y sonriente; sosteniendo los abanicos en forma tal que ocultaban la mayor parte de su cuerpo. Luego, los abanicos comenzaron a moverse y el frágil cuerpo se reveló en medio de unos pasos de danza. La luz, ahora de color violeta, resaltaba la belleza de la bailarina.

A medida que los ojos de los espectadores se acostumbraban a la semioscuridad reinante, la iluminación parecía tornarse más potente. El ritmo de la orquesta se hacía gradualmente más acelerado. De repente, la bailarina, se enfrentó con los espectadores. Los abanicos se abrieron por un momento para apretarse después rápidamente contra el cuerpo de la bailarina, mientras la sonriente fisonomía de la muchacha mostraba una brillante dentadura. Acto seguido se deslizó ágilmente, desapareciendo por la puerta de salida.

Las paredes del local amenazaron desplomarse bajo la salva de aplausos que estalló.

Las luces se encendieron rápidamente, dando a entender que el número no sería bisado.

—Es una muchacha de buen aspecto. Al parecer, no tiene sangre mejicana, porque su piel es muy blanca, los cabellos rojos y creo que los ojos azules.

—Ya le vi estudiando su rostro.

El público continuaba aplaudiendo, tratando de que repitiesen el número, pero el *maître* anunció a dos bailarinas de *hula*, traídas directamente de la isla Oahu. Se dejó oír la música de un ukelele y, una vez más, las luces comenzaron a declinar.

Las dos muchachas rollizas y de piel bronceada, que iniciaban su número, vistiendo cortos faldellines de hierba, captaron pronto la atención del número.

Al terminar el número de *hula*, las dos hawaianas habían cautivado tan completamente a los asistentes, que nadie reconoció a *Cherie*

Chi-Chi

cuando, vestida ahora con un traje corriente, se dirigía en silencio

hacia la mesa de Perry Mason.

El abogado se puso en pie.

—¿Desea sentarse? —invitó.

—¡Gracias! El *maître* me dio su nota.

—Soy Perry Mason. Y esta señorita, Della Street, mi secretaria.

La danzarina correspondió con una sonrisa a la inclinación de Della y dijo:

—¿Fue usted, señor Mason, quién insertó aquel anuncio en el diario del Centro?

—Sí.

—¿Vio usted al señor Callender?

—En efecto, le vi.

Cherie Chi-Chi lanzó un «¡Oh!» a guisa de todo comentario.

—¿Querrá tomar algo? —preguntó Mason.

La mujer asintió y un camarero, que la había estado observando atentamente, se aproximó con rapidez.

—Lo de siempre, Harry —le dijo la muchacha.

El camarero miró interrogativamente a Perry Mason y éste hizo un ademán de asentimiento; en vista de lo cual se deslizó sin ruido por entre las nubes de humo que surgían de las mesas.

—¿Hace mucho que está aquí? —preguntó Mason.

—No, mucho no.

—¿Le agrada?

—¡Hum!

—Según parece, conoce usted muy bien al camarero.

—Trabajamos juntos —sonrió la mujer—. En sitios como éste, una se hace pronto con muchos amigos. —Su mirada se tornó pensativa y agregó—: Los únicos amigos que puede una tener se encuentran entre la gente que realizan las mismas tareas.

—¿Qué altitud habrá aquí?

—Alrededor de los cinco mil quinientos, poco más de una milla de altura.

—¡Qué cambio de clima para quién viene del Valle Imperial!

—Realmente...

—Bueno, ¿supongo que me preguntará algo sobre su efecto perdido?

—¿Mi caballo?

—En mi calidad de detentar de lo perdido, debo mantenerlo en

vaga categoría de efecto personal hasta que usted lo haya identificado.

—Pero es mío.

—Todo cuanto tiene que hacer es identificarlo.

—Se trata de un caballo de color castaño, un poco más alto del promedio corriente. La montura está hecha por Will Wyatt de Austin, Texas.

—¿Nada más? —preguntó Mason.

—¡Ah, sí! Llevaba una manta tipo navajo y una almohadilla acolchada.

—¿Hace mucho tiempo que es usted propietaria de ese animal?

—Unos dos o tres meses.

—¿Tiene una estrella blanca en la frente?

—En efecto.

—¿Y una pata blanca?

—Sí, la derecha.

Mason sonrió y después de una pausa le dijo:

—Jamás he visto ese caballo, señorita.

La joven frunció el ceño y lo contempló con aire irritado.

—¡No sea necio!

—Le aseguro que jamás me he tropezado con su caballo.

—Usted miente; de otro modo, no conocería sus características.

¿Por qué sabe que tiene una estrella en la frente y una pata blanca?

—El hecho que yo le describa un caballo, no significa necesariamente que éste obre en mi poder.

El camarero se acercó con lo solicitado, mientras *Cherie Chi-Chi*

decía, con enojo evidente:

—¿Qué se propone usted? ¿Acaso hacerme víctima de un chantaje?

El camarero sacó del bolsillo una pequeña libreta y permaneció inmóvil cerca de la mesa.

—Póngalo todo a mi cuenta —le dijo Mason.

—Bien, señor. ¿Está conforme con la bebida, señorita Cherie?

—Sí, gracias.

El hombre continuó rondando por allí cerca y *Cherie*

Chi-Chi

miró a Perry Mason.

—Usted encontró al caballo, ¿verdad?

—No encontré a ningún caballo —le dijo Mason con una amable sonrisa.

El dedo índice de la bailarina comenzó a trazar dibujos imaginarios sobre el mantel.

—¿No me negará que si publicó el anuncio fue porque encontró algo?

Mason asintió con un ademán. El camarero, valiéndose de la servilleta limpió una imaginaria mota de polvo de un extremo de la mesa.

De súbito, los dedos de la bailarina se inmovilizaron y alzó las pestañas, fijando sus ojos en el abogado.

—Ya sé lo que encontró —dijo—; usted encontró dos abanicos de plumas de avestruz marcados con las iniciales L. F. y un par de zapatillas.

Mason hizo un gesto afirmativo y la mujer se echó a reír, volcando la cabeza hacia atrás.

—¡Y yo que creía que era el caballo! Puedes retirarte, Harry. Ya no te necesitare más.

El camarero se alejó rápidamente.

—¿Dónde tiene mis cosas? —preguntó *Cherie*

Chi-Chi

—En mi automóvil.

—Perfectamente; se las describiré. Dos abanicos fueron confeccionados por una firma de San Luis y las iniciales L. F. aparecen estampadas en oro. Las zapatillas también las adquirí en San Luis y puedo proporcionarle el nombre de la tienda, si me da tiempo a que lo recuerde.

—No es necesario. No hay duda de que tales efectos son de su propiedad. ¿Cuándo quiere que se los devuelva?

—Ahora mismo.

—¿Dónde?

—Aquí.

Mason se dirigió a su secretaria diciéndole:

—¿Quiere aguardarme unos instantes, Della?

El abogado dejó a ambas jóvenes y se abrió paso a través de las mesas saliendo a la calle. Una vez en ella, abrió la portezuela de su

coche, de donde sacó un pequeño maletín. Estaba cerrando nuevamente la portezuela, cuando tuvo la impresión de que alguien se hallaba a sus espaldas. Se volvió rápidamente, cuidando de no dar la impresión de haberse alarmado.

Se trataba de Harry, el gigantesco camarero.

—La señorita me envió para hacerme cargo de sus cosas, a fin de que usted no tenga que molestarse en llevarlas adentro —le dijo.

—Bien; pero yo preferiría entregárselas personalmente.

—Pensaba entrarlas por la puerta trasera, si usted no tiene inconveniente.

—Perfectamente. Yo puedo ir con usted.

—Como quiera. Por aquí.

Mason siguió al hombre a través de los automóviles estacionados. Boredearon una fila de cubos llenos de desperdicios y bajaron tres peldaños hasta llegar a una puerta que el camarero abrió con una llave que sacó del bolsillo. Después, caminaron a lo largo de un corredor, subieron unas escaleras y pasaron frente a una hilera de camerinos.

Las puertas estaban abiertas y numerosas coristas se cambiaban de ropa sin el menor pudor.

Harry se conducía con completa seguridad. Siguió marchando por un nuevo pasillo y, después de atravesar frente al cuchitril donde el electricista manejaba los focos del escenario, condujo a Mason hasta la cocina. De allí, por una puerta de servicio, penetraron finalmente en el salón.

Della Street y la bailarina hablaban en voz baja. Al ver al abogado, *Cherie*

Chi-Chi

sonrió.

—¿Trae usted mis bártulos? —le preguntó.

—Sí.

—Encargué a Harry que se hiciese cargo de ellos para evitarle venir cargado a través del público. Creí que tal vez usted podría sentirse molesto.

—He venido con el camarero por la puerta de atrás. No me he sentido molesto en absoluto. Aquí le traigo sus cosas.

Mason colocó el maletín sobre sus rodillas y lo abrió. *Cherie*

Chi-Chi

cogió uno de los abanicos y lo desplegó, desligándolo con voluptuoso ademán por las graciosas curvas de su cuerpo.

—Son mis favoritos —declaró—. Muy ligeros y fáciles de manejar —alargó uno de los abanicos a Della, añadiendo—: ¿Quiere usted probar, querida?

Della Street cogió el abanico, miró a Mason y trató de imitar los seductores ademanes de la bailarina.

—¡Caracoles! —exclamó Mason.

—Lo hace usted maravillosamente —dijo *Cherie*—.

Chi-Chi

¿Tiene usted alguna práctica?

Della denegó con la cabeza, sonriente.

—¿Todo bien? —preguntó Harry acercándose de nuevo a la mesa.

—Sí, Harry. La nota de esta mesa corre de mi cuenta.

—Muy bien señorita *Cherie*.

Los pintados ojos de la bailarina se clavaron en el abogado significativamente, al tiempo que añadía:

—Y además habrá una espléndida propina.

En aquel instante, las luces empezaron a languidecer y una muchacha comenzó a contorsionarse sobre el escenario.

Cherie Chi-Chi se inclinó sobre la silla del abogado.

—¡Gracias! —le dijo. Acto seguido, se marchó con paso ágil.

Della Street rompió a reír al contemplar el sorprendido rostro de Mason.

—¿Fresa? —preguntó mientras Mason se limpiaba la boca con el pañuelo.

—Frambuesa —replicó Perry Mason.

5

Ya pasaba de la una, cuando el coche de Mason llegó al iluminado distrito metropolitano.

—¿Se siente cansada, Della?

—No. El paseo fue agradable. La luz de la luna sobre las montañas parecía plata líquida.

—Temo que sea un hermoso escenario para un suceso sombrío. Iré a ver a Arthur Sheldon, pero primero la llevaré a su casa para que descanse un poco.

—No; prefiero quedarme... ¿Para qué quiere usted ir a ver a Sheldon a estas horas de la madrugada?

—Deseo averiguar algo más sobre la bailarina de los abanicos.

—¿Por qué no se le ocurriría pensar en los abanicos hasta última hora? —preguntó Della—. Según parece, eran sus favoritos. Le constaba que los había perdido y, sin embargo, sólo pensaba en el caballo.

—He ahí una de las cosas que me propongo preguntarle a Sheldon.

—¿Se aloja en el mismo hotel que Callender?

—Sí; según dijo, su cuarto da enfrente del de Callender.

—¿No le habló a *Cherie*

Chi-Chi

nada sobre él?

—No.

—Ese lápiz labial de frambuesa parece haber ejercido ciertos efectos sobre sus cuerdas bucales —le dijo Della—. En una milla, apenas si ha dicho una palabra.

—He venido pensando. ¿Qué nombre tiene ese hotel?

—Richmell.

—¿Recuerda el número del cuarto?

—Quinientos diez.

Mason condujo su automóvil a lo largo de la calle, al tiempo que decía:

—Haré tintinear un par de llaves en mi mano cuando atravesemos el vestíbulo. Trate de darle a todo un aire de naturalidad, como si nos dirigiésemos al dormitorio después de venir de ver una película.

—Tal vez esté ya en la cama.

—Le haremos levantarse.

—¿No sería preferible telefonearle antes?

—No. Podríamos llamar la atención de alguien. Cualquier telefonista podría darse cuenta de ello y recordar después.

—¿Por qué tanto disimulo? —preguntó Della.

Mason se limitó a mover la cabeza sonriendo.

—¿No confía usted en mí?

—No se trata de eso, Della. Es que quiero comprobar unos cuantos extremos antes de atreverme a formular una teoría. ¡Hemos llegado!

A pesar de la avanzada hora, Mason tuvo alguna dificultad para encontrar un lugar de estacionamiento cerca del hotel. Finalmente, detuvo el coche y cerró el contacto.

—Ahora recuerde que somos un matrimonio que empieza a aburrirse. Hemos pasado la noche fuera y en este momento, regresamos para dormir. Yo marcharé un poco delante de usted. Entretanto, puede usted ensayar un par de bostezos.

—¡Cielos! —exclamó Della con cómica alarma—. ¿Es así el matrimonio?

—Nos limitamos a representar una pequeña farsa.

Penetraron en el hotel. Mason mantuvo abierta la puerta para que pasase Della y marchó en dirección al ascensor, cuando ella aún estaba a un par de pasos de distancia. De pronto, el supuesto marido pareció darse cuenta de su incorrección y aminoró un poco la marcha para aguardar con impaciencia a que ella le alcanzase.

Penetraron en el ascensor. Mason se quitó el sombrero.

—¡Seis! —dijo.

Della Street le daba la espalda.

El ascensor los dejó en el sexto piso. Cuando marchaban por el pasillo, Mason le dijo a Della que se apresurase.

—Es el quinientos diez.

—Lo sé, pero estoy tratando de proteger a mis clientes.

—¿A quién? ¿A Lois Fenton?

—No, a nosotros.

Mason abrió una puerta con un rótulo que decía; «escalera», bajó velozmente los peldaños de cemento, empujó una puerta situada al final y se detuvo de pronto.

—¿Qué pasa? —murmuró Della Street.

—Alguien avanzaba por el corredor en sentido contrario a nosotros —le explicó Mason, mientras entreabría la puerta un par de pulgadas.

—¿El detective del hotel?

—No; Harry, el camarero de Palomino.

Los dos permanecieron inmóviles, aguardando con la respiración contenida. A través de la estrecha obertura de la puerta, percibían unos pasos que se acercaban. De súbito, éstos dejaron de sonar y unos nudillos llamaron a una puerta.

Oyeron girar una llave y una voz de hombre que decía:

—¿Ya está usted aquí? Rápido ha sido eso. ¡Entre!

El visitante murmuró unas palabras ininteligibles y la puerta tornó a cerrarse. Después de esperar unos segundos, Mason empujó la hoja de la escalera, diciendo a Della:

—¡Vamos!

—¿Está usted seguro de que era Harry?

—Sí. Creo que se metió en un cuarto al otro lado del pasillo. Veamos... Los números pares quedan a este lado y los impares al otro. Este cuarto es el que aparece situado frente al quinientos diez, el quinientos once; aquí es donde, por lo visto, se aloja Callender.

—¿Cree usted que nos recibirá? —murmuró Della.

—Lo ignoro. Tendríamos que llamar suavemente a la puerta.

El abogado repiqueteó en la puerta levemente y esperó varios segundos. Al no recibir respuesta, volvió a insistir esta vez con más fuerza.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina.

Mason no respondió. Tras la puerta se escuchó el rumor de unos pasos que se acercaban, y la misma voz repitió:

—¿Quién es? No abriré mientras no sepa de quién se trata.

Mason sacó una tarjeta que deslizó por debajo de la puerta.

Se oyó el chasquido de un interruptor y una línea luminosa se

hizo visible bajo la hoja. Desde el interior unas manos se hicieron cargo de la tarjeta del abogado. Se produjo una larga pausa, durante la cual Mason miró varias veces volviendo la cabeza hacia la puerta del quinientos once. También bajo ella, se advertía una delgada cinta de luz.

Se oyó el ruido de una llave y se abrió finalmente la puerta del quinientos diez. Sheldon apareció ante los visitantes con los pies desnudos y en pijama. Al ver a Della Street, se amparó instintivamente tras la puerta.

Mason avanzó y penetró en el cuarto.

—Lo siento Sheldon, pero no tenemos tiempo para cortesías.

—Yo ignoraba... Perdón... Estoy...

—Olvídese de todo y hable en voz baja —le interrumpió Mason —. Venga, siéntese sobre la cama y hablemos. ¿Tiene una bata?

—Sí.

—Póngasela.

—¿Puedo peinarme o...?

—No.

Sheldon se echó sobre los hombros un albornoz y se sentó sobre la cama frente a Mason y a Della Street.

—Acabo de entrevistarme con una bailarina de abanicos y quisiera saber más acerca de ella —empezó Mason.

—¿Qué desea saber?

—Creo que ha habido una suplantación de personalidad.

—¿Supone que la bailarina que está en Palomino no es la verdadera?

—Eso mismo.

Sheldon guardó silencio por unos instantes. Finalmente dijo:

—Así lo sospecho yo también. ¿Cómo lo descubrió usted?

—Estuve en el Palomino.

—¿Pero usted no conoce a la verdadera Lois?

—Conozco a la que la suplanta.

—No creí que pudiese descubrirlo tan pronto. ¿Qué desea de mí?

—Que juegue limpio y que me diga lo que sabe y, cuanto antes, mejor.

—¿Qué quiere saber?

—¿Quiénes son John Callender y *Cherie* y

Chi-Chi

la razón de que ese caballo tenga, al parecer, tanta importancia para ellos?

—John Callender es, en cierto modo...

—¡Siga!

—Su marido —completó Sheldon—; quiero decir el marido de la verdadera Lois.

—¿Y qué me dice usted de ese caballo?

—Callender cree que podría utilizarlo como prueba, siempre, claro está que logre dar con su paradero.

—Si comienza usted desde el principio y me relata ordenadamente la historia, creo que ganaremos tiempo —le dijo Mason.

—Resulta difícil hablar de Lois Fenton en forma comprensible para la gente.

—Hable sólo de los hechos.

—Los hechos no tendrán la menor significación si no se comprende a Lois.

—Tampoco Lois significará nada para mi si desconozco los hechos.

Sheldon se pasó los dedos por la revuelta cabellera y después de una pausa, volvió a decir:

—La dificultad estriba en que no encuentro palabras para explicarle bien el asunto. ¿Ha visto alguna vez a un ciervo sin que él supiera que usted estaba observándole? Algo así. Se trata de un temperamento montaraz, bravío. Así es Lois; indomable e independiente. Resulta absurdo imaginársela dedicada a hacer una vida ordinaria.

—¿Se casó con Callender?

—A eso iba a referirme. Casi todas esas muchachas que bailan en los *cabarets* son adocenadas y vulgares.

—Lois no es así, ¿verdad? —preguntó Mason—. Justamente. Lois lleva el baile en la sangre. Usted, señor Mason, cree haber visto a una bailarina de abanicos. Pero si alguna vez pudiese ver a Lois Fenton, a la verdadera Lois Fenton, no la catalogaría como a una danzarina vulgar. Cuando ella baila, el espectador no piensa en el sexo, sino en la belleza.

Mason miró a Della Street, y ésta intervino:

—Usted parece enamorado de ella y quizá por eso piensa así.

—No, no es eso, no coloque el carro antes que los caballos. Es hermosa porque sí, y no la juzgo bella y llena de espiritualidad porque esté loco por ella.

—¡Bien, bien! —interrumpió Mason—. Pasemos, ahora, a los hechos.

—Hay dos bailarinas que usan el nombre de Lois Fenton, pero la verdadera Lois... Lo siento; en este momento no puedo explicarle todo, señor Mason.

—Mientras usted no confíe plenamente en mí, no podré mover un solo dedo.

—Lois Fenton tiene un hermano, Jasper, que le ha ocasionado innumerables sinsabores. Callender la conoció un día y se lanzó ciegamente en pos de ella. Era rico y creyó que todo sería fácil. Pero pronto comprendió que Lois no era de las que se alquilasen y vendiesen. Entonces Callender colocó a su hermano en su oficina. Un puesto fácil y bien remunerado. Este era uno de los procedimientos. El muchacho gustaba de las carreras de caballos y Callender fomentó su vicio. En cierta ocasión Jasper falsificó cheques por un valor de tres mil dólares. Este mal paso puso en manos de Callender el arma que necesitaba. John Callender es una figura en su ciudad natal. Un simple silbido basta para que el fiscal corra hacia él sumiso. Callender fingió ser presa del estupor, cuando descubrió la mala acción de Jasper. En realidad, todo el tiempo se lo pasó vigilando al muchacho como un águila, poniendo el cebo a su alcance, en espera de su irremediable caída. Se aseguró de que el joven robaría una suma elevada que le sería imposible restituir. Al concederle deliberadamente aquel puesto en su oficina...

—Bueno; salte sobre todo eso —le interrumpió Mason—. El resultado final fue que se casó con Lois, ¿no?

—Exactamente.

—¿Y aquella boda destrozó su corazón? —preguntó Della Street.

—Cierto.

—¿Puede usted hablarnos sobre ese matrimonio? —preguntó Della.

—Callender la atrapó y la obligó a casarse con él. Pero aquello fue como atrapar a una fierecilla. Lois era un animal salvaje aprisionado en una jaula. No obstante, se comportó bien con John y hubiera continuado a su lado si él se hubiese conducido

correctamente con ella. Pero Callender no se portó bien y Lois lo dejó. Le había cobrado un gran afecto a un caballo que John le había regalado. Al marcharse, se lo llevó con ella. John, trastornado por la cólera, juró que perseguiría a Jasper por el delito de falsificación. Lois alegó que su matrimonio había cancelado la deuda que, al casarse con John, éste le había prometido que lo de su hermano quedaba olvidado para siempre. Ahora bien, hace poco más o menos una semana, alguien que montaba un caballo llegó tranquilamente hasta la propiedad de Callender, penetró en su despacho y abrió la caja de caudales. Fue descubierto y, al huir, el sereno le disparó, sosteniendo que hirió al caballo, a juzgar por la forma en que éste reaccionó ante el disparo.

—¿Y por qué aquel ladrón llegó a caballo? —preguntó Mason.

—Porque a pie no tenía la menor probabilidad de entrar en la finca, sin ser atacado por los perros. En cambio, a caballo, si era lo suficientemente arrojado y, sobre todo, si su montura era conocida por los perros, podría actuar con absoluta tranquilidad.

»A partir de aquí, la historia se complica, señor Mason. El asunto del cheque parece que esté totalmente solucionado, y que, cuándo la historia íntegra sea conocida, ningún jurado podrá dictar condena. Ahora bien, si Callender puede demostrar que Lois Fenton o bien su hermano fueron a su casa, y abrieron la caja de seguridad para intentar robar aquellos cheques, entonces él tendría un magnífico pretexto para sojuzgarla. Callender se afana por encontrar el caballo de Lois y ésta sostiene que alguien se lo robó la noche misma del asalto, o bien que el animal huyó. Puede usted imaginarse lo ocurrido, cuando su anuncio apareció en el periódico. Y esto es todo cuanto sé del asunto.

—¿Ocupa Callender ese cuarto de enfrente? —le preguntó Mason, señalando con su índice la puerta que daba al pasillo.

—Sí.

—¿Intenta usted espíarle?

—Pues sí; deseo saber lo que hace.

—¿Le conoce Callender de vista?

—No.

—¿Y de nombre?

—Creo que tampoco, aunque tal vez me equivoque. No estoy seguro.

—¿Qué espera conseguir vigilándolo de esta forma?

—Lo ignoro. Si encuentra el caballo y trata de recobrar a Lois, no creo que pueda hacer nada.

—¡No me mienta, Sheldon! Usted no está espiando a ese hombre. Lo que se propone es entrar en su cuarto para registrarlo en cuanto él se ausente, ¿no es así?

Sheldon se removió inquieto, sin responder y Mason repitió su pregunta.

—Sí —admitió, finalmente el hombre.

—¿Ha entrado ya en ese cuarto?

—Sí.

—¿Más de una vez?

—Pues... sí.

—¿Y encontró algo?

—Un recibo del diario, con el anuncio publicado, en donde figuraba su nombre. Por eso supe que Callender pretendía ir a su despacho.

—¿Tiene usted una llave de su cuarto?

—Conseguí que me prestasen la llave maestra de la camarera; hice un doble molde en cera y, con él, me fabricaron otra.

—¿Desea usted que yo ayude a Lois Fenton? —preguntó Mason.

—Empeñaría el alma para pagarle a usted.

—Pues arregle sus maletas, pague y márchese de aquí. Mañana lleve a mi despacho a la auténtica Lois Fenton. Les espero a las diez y media. Ahora, vístase y lárguese rápidamente.

—Pero los cuartos de hotel escasean, y...

—¡Le he dicho que se vaya!

—Tendría que dormir en el banco de algún parque o en una estación ferroviaria.

—Me importa un comino donde duerma usted. Si tengo que entenderme con usted, necesito que deje de alojarse en el cuarto frente al que ocupa el marido de esa mujer. Usted está loco por ella. Mande al infierno este hotel y deje de mi cargo a Callender.

Mason se puso de pie y le dijo a Della:

—¡Vámonos!

Cuando los dos visitantes se retiraron, Arthur Sheldon permaneció sentado al borde de la cama. Parecía temblar ligeramente.

Desde el teléfono de un club nocturno, situado a dos manzanas de distancia del hotel Mason llamó al número de Paul Drake, jefe de la «Agencia de detectives Drake».

—¿Cuánto tardarías en hacer seguir a un hombre que se aloja en el Hotel Richmell?

Drake le atajó.

—¡Un momento, Perry! Puedo, desde luego, hacer que vigilen a cualquier individuo, pero alojándose en el cuarto de un hotel...

—¿Cuánto tardarás? —le interrumpió Mason.

—¿Es urgente?

—Urgentísimo.

—¿Qué te parece media hora?

—Veinte minutos será mejor. Deseo que dispongas a uno de tus muchachos en el pasillo del quinto piso para que vigile los pasos del huésped del quinientos once.

Drake inició una protesta:

—¡Eso es muy difícil, Perry!

—Muy bien. Mañana discutiremos las dificultades.

—Tiene que ser ahora.

—¿Por qué?

—Como comprenderás, no puedo enviar a un agente a estas horas de la noche para que se plante en el corredor de un hotel, sin pagarle bien. Serán diez dólares o, tal vez, veinticinco.

—¿Ignoras que el cuarto quinientos diez va a ser desocupado inmediatamente? Tu agente podría instalarse en él.

—Es una solución. ¿Dices que se trata del hotel Richmell?

—Justamente. Pero aún hay más.

—¿Qué?

—No me interesa que te duermas, después de que hayas despachado a tu agente para el hotel. Tengo algo más para ti.

—¡Me lo temía! —refunfuñó Drake—. ¿De qué se trata?

—Necesito encontrar un caballo.

—Comprendo. Un hermoso y manso animal para que lo monte Della, ¿no?

—¡Déjate de tonterías! No tenemos tiempo que perder. Ese caballo que necesito es propiedad de una bailarina de abanicos.

—¿Cómo?

—Que pertenece a una bailarina de abanicos.

—¡Ya comprendo! Has bebido unas cuantas copas de más, ¿no?

—¡Al diablo! —exclamó Mason con enojo—. Te repito que se trata de algo muy importante. El caballo es un animal castrado, de siete años, color castaño, raza americana, con una estrella blanca en la frente y una pata también blanca. Pertenece a un individuo llamado Callender, que posee un rancho en el Valle Imperial, cerca de la frontera mejicana. El caballo se lo regaló a una bailarina de abanicos que trabajaba en un club nocturno de Brawley. El animal fue robado mientras ella permanecía en ese lugar. Deseo que recorras todo el Valle Imperial, a la busca del caballo de marras. Si lo encuentras, ponlo a buen recaudo.

—¿Qué número de agentes necesitas?

—Los suficientes para dar con el caballo.

—Bien; supongo que lo encontrarán —replicó Drake—. No obstante, debes tener presente que, aunque mis muchachos son buenos detectives, la tarea que les encomiendas les será bastante enojosa. Estarán tan deseosos de salir cuanto antes de aquel infierno, que no me extrañaría que todos me telefoneasen antes de las diez de la mañana para comunicarme que cada uno ha encontrado un caballo castaño, con una estrella blanca en la frente. Y, entonces, yo tendría que ir en persona a comprobar si se trata del auténtico o no. ¿Quieres decirme, Perry, cómo diablos voy a comprobar yo esto? ¿Cuál es, por lo menos, el nombre del animal?

—Lo ignoro.

—En el Valle Imperial hay lo menos un millón de caballos. Cuando alguien quiere encontrar un perro, por ejemplo, siempre proporciona el nombre a que responde.

—Creo que ya entiendes algo de caballos, ¿no?

—Lo suficiente —replicó Drake— para saber que, mientras no tengamos una descripción más completa, mañana a las diez tendré una docena lo menos.

—No ocurrirá tal cosa, si tus hombres son inteligentes —le dijo Mason—. Ese caballo se extravió hace una semana y debe haberse descarriado, metiéndose en algún rancho. Es de raza americana, castrado...

—Sí, sí. —Le interrumpió Drake con acento fatigado—. Ya he anotado todos esos datos. Pero, te repito, que contaremos con un buen lote de caballos mañana a las nueve, a no ser que me

proporciones algún detalle más preciso.

—Bueno, te indicaré algo más concreto. Si no me equivoco, ese caballo tiene una herida de bala.

—¿Una herida de bala?

—Justamente. Si el animal no está herido, habrá, cuando menos, una bala incrustada en la silla. Se trata de una linda silla hecha a mano por Bill Wyatt, de Austin, Texas. Y, ahora, a la tarea. Manda a tu gente en seguida al hotel Richmell.

6

Cuando Perry Mason abrió la puerta de su despacho privado eran las nueve y media de la mañana.

Della Street había abierto la correspondencia, formando con ella tres pequeños montones sobre el escritorio; uno con las cartas que Mason debía contestar inmediatamente; otro con misivas que podían esperar respuesta y el tercero y más voluminoso, para ser despachado por la secretaria.

Perry Mason frunció las cejas, al dirigir su mirada hacia la mesa.

—¡Diablo, con lo que me gusta leer cartas...! El correo es algo maravilloso, Della. Los que escriben se muestran insaciables, pidiéndome que les aclare sus asuntos gratuitamente, solicitando dinero prestado o brindándome brillantes sugerencias sobre casos en que tengo intervención. En compensación, todas esas cartas me ayudan a comprender a la gente, aunque jamás me decida a contestarlas... ¿Ha sabido algo de Paul Drake?

—Telefoneó diciendo que le llame usted. Por lo visto, no se trata de nada importante, sino del informe rutinario. Arthur Sheldon está en la sala de espera, preso de un gran nerviosismo.

Los ojos de Mason se entornaron.

—¿Da la impresión de sentirse preocupado?

—Por lo que dice Gertie, sí. Según ella, se pasea de un lado a otro de la habitación, mordiéndose las uñas. Bueno; escuchemos a Sheldon y veamos lo que dice.

Della Street le telefoneó a Gertie, diciéndole que hiciese pasar al visitante.

Sheldon avanzó sin titubeos hacia Mason, mientras introducía una de sus manos en el bolsillo interior de la americana. El abogado se limitó a sentarse, pero Sheldon continuó andando y, al llegar junto a la mesa, sacó de su bolsillo interior una gruesa cartera.

—Señor Mason —dijo nerviosamente, con acento de ansiedad—,

deseo que represente a Lois Fenton. Quiero que usted proteja sus intereses.

—¿En qué sentido?

—En todos.

—Bien; cuando venga a las diez y media...

—¡No, no! Quiero que usted la represente venga o no venga. Tengo algún dinero y...

Al decir esto, abrió la cartera y amontonó sobre el tablero billetes de cinco, veinte, cincuenta y hasta de un dólar.

—¿Cuánto dinero tiene usted ahí, Sheldon? —preguntó Mason, que le miraba gravemente.

—No lo sé, porque no lo he contado. He tratado de reunir todo lo que me ha sido posible.

Mason le hizo una seña significativa a Della Street, y la secretaria se hizo cargo de los billetes, que contó.

—Hay novecientos ochenta y nueve dólares —dijo finalmente.

Mason separó en silencio la mitad.

—Devuélvale el resto, Della, y entréguele un recibo por la mitad, especificando que se trata de un anticipo entregado por Lois Fenton.

Della Street entregó a Sheldon la mitad del dinero y, seguidamente, se sentó ante la máquina de escribir.

—Ponga fecha del dieciséis —le indicó Mason.

Della le miró sorprendida, señalándole el calendario, que señalaba la fecha del día.

—Pero hoy es diecisiete.

—¡No importa!

Della Street obedeció y escribió la fecha dispuesta por el abogado. Este firmó el recibo, y se lo entregó luego a Sheldon. Acto seguido se dirigió a Della.

—Vaya al despacho de Paul Drake y dígame que necesito un informe completo sobre este caso. ¿Entiende? *Completo*.

La secretaria asintió y, cuando se hubo retirado, Sheldon suspiró con alivio fijando sus ojos en Perry Mason.

—¡Menudo peso me ha quitado de encima, señor Mason! Usted no puede comprender... Bueno quizá sea preferible no hablar más ¡Me voy!

—No tenga prisa y siéntese —le indicó Mason.

—Usted tendrá sus ocupaciones señor Mason, y yo tengo

también algo que hacer. Me marchó.

—¡Siéntese! —repitió Mason.

Sheldon, que se dirigía ya a la puerta dominado por el tono autoritario de aquella voz volvió sobre sus pasos y se acomodó en el borde del sillón.

—¿Marchó usted del hotel Richmell en la forma que le advertí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Pues, naturalmente, después de irse ustedes.

—¿Consiguió finalmente otro cuarto?

—Sí.

—¿Dónde?

—En East Lagmore setecientos noventa y uno.

—¿Se trata de un hotel?

—No, de una pensión.

—¿Cómo fue a dar con ella? ¿Había estado antes allí?

—No, lo leí en un anuncio. Tuve que dirigirme a uno de los barrios extremos porque a aquella hora resultaba imposible conseguir alojamiento en un hotel céntrico.

—¿Qué hora era?

—No sabría decírselo con seguridad. Inmediatamente de haberse marchado ustedes me retiré del hotel y, una media hora más tarde conseguí encontrar ese cuarto.

—¿Está usted seguro de haberse marchado inmediatamente después de ausentarnos nosotros?

—Completamente.

Mason consultó su reloj y Sheldon se agitó nerviosamente en el asiento.

—¿Por qué me devolvió usted la mitad del dinero, señor Mason? —preguntó.

—Porque creo que va a necesitarlo. Ya puede retirarse Sheldon.

Una expresión de alivio se reflejó en el rostro del aludido quien sin esperar más se encaminó hacia la puerta. Desde allí se volvió, para decirle al abogado:

—¡Y no olvide que usted representa a Lois, suceda lo que suceda!

La puerta se cerró tras el visitante y poco después apareció Della Street.

—¿Habló con Paul? —le preguntó su jefe.

—Sí. Usted quería que Sheldon fuese vigilado, ¿no es cierto?

—¡Exactamente!

—Lo comprendí cuando usted recalcó que quería un informe completo. En el despacho de Paul estaba uno de sus agentes. Él se hará cargo de Sheldon en el ascensor. ¿Por qué exigió usted que el recibo llevara fecha de ayer?

Mason contestó con aire fatigado:

—No lo atribuya a capricho. Tengo alguna experiencia como abogado y si ese recibo estuviese fechado hoy, la policía podría esgrimirlo como una evidencia.

Pasaban de las diez y media y Lois Fenton seguía sin aparecer. A las once, el teléfono privado de Mason empezó a sonar. Dicho aparato, cuyo número no figura en la guía, estaba directamente conectado con el despacho de Mason, sin que la línea pasase previamente por la centralita.

Mason cogió el auricular.

—Diga.

La voz de Paul Drake sonó al otro extremo de la línea.

—¡Hemos encontrado el caballo, Perry!

—¿En dónde?

—En un rancho, cerca de Calexico.

—¿Y estás seguro de que se trata del animal que yo te describí?

—Sí. Llegó descarriado hasta el rancho con silla y bridas. Una de las riendas debió pisársela al galopar y está rota. El caballo posee las características de que hablaste, pero lo principal es la silla. Se trata de una primorosa montura hecha a mano por Wyatt, de Austin Texas. He comprobado que, además de la incrustación en metálico del fabricante, figuran algunas más adicionales introducidas ulteriormente.

—¿Aludes al proyectil, Paul?

—A juzgar por las palabras que me comunicó el noble bruto, por el tono de su voz, deduzco que trató de decirme eso.

—¡Necesito ese caballo, junto con la silla y las bridas!

—¡Pues ya lo tienes! —dijo Drake—. Mi agente pagó quinientos dólares a cambio del animal. Seguidamente alquiló un remolque, metió en él a nuestro amigo y éste ya se encuentra en camino hacia aquí. El muchacho tuvo el talento suficiente para no telefonarme hasta no salir del Valle Imperial.

—¡Excelente trabajo, Paul! Y no olvides que me interesa mucho el caballo, las bridas y la silla.

—Ya tienes todo eso.

—¿Alguna cosa más?

—No, no; nada más.

—Pues, espera un momento sin cortar la comunicación, Paul —le dijo Mason.

Soltó el teléfono, se encaminó a la ventana y miró por ella durante varios minutos; después, tornó a aproximarse a la mesa y cogió de nuevo el auricular.

—¿Observaste en el caballo alguna señal o matadura?

—En uno de sus cuartos traseros aprecié una especie de rasguño. Mi agente opina que probablemente se lo originó el proyectil antes de alojarse en la silla.

—Muy bien; ven aquí, que deseo hablar contigo.

—Ahora mismo —le contestó Drake, colgando el receptor.

—Bueno, creo que han encontrado al caballo, Della. Paul viene hacia acá. ¿Quiere abrir la puerta?

Della Street atravesó rápidamente la oficina, se detuvo esperando ante la puerta, y, apenas oyó el ruido de los pasos de Drake por el pasillo, franqueó la entrada e hizo entrar al detective.

Paul Drake tomó asiento con expresión de fatiga.

—¡Demonio, qué trabajo! —exclamó.

—¿Te costó mucho encontrarlo? —indagó Mason.

—Bah, no mucho. La identificación fue lo que nos trajo de cabeza.

—¡Dame detalles!

—Destiné a la tarea a tres de mis hombres, autorizándoles para que contratasen auxiliares, si lo consideraban necesario. Temía fundadamente que cada uno de ellos se presentase con su candidato favorito. En tal caso, yo debía actuar de árbitro. ¿Qué diablos es un caballo con silla americana, Perry?

Mason esbozó una mueca.

—Te bastará para saberlo echarle un vistazo cuando llegue.

—Para mí, un caballo es un caballo —declaró Drake—. Afortunadamente, nos valió de mucho saber que cuando huyó llevaba una espléndida silla.

El detective esperó a que Mason le dijese algo. Como éste guardase silencio, preguntó:

—¿Qué pudo pasar para que el diablo que estaba ensillado y con

bridas se perdiese?

—¡Vaya! Creí que no sabrías una palabra sobre caballos.

—Conozco lo elemental. Si alguien le coloca una silla a un caballo es porque indudablemente se propone montarlo. Además, ese proyectil... Bueno, esperemos conocer la verdad antes de formular más preguntas.

—¿Es de fiar el agente que trae el animal, Paul?

—Tengo plena confianza en él.

—¿Posee alguna sospecha sobre las circunstancias en que se perdió? —preguntó Mason.

—¡Naturalmente!

—¿Cómo se llama el ranchero en cuyo poder estaba el animal?

Drake consultó su libreta de apuntes antes de responder.

—Un tal Nolan, Frank Loring Nolan. Cuando mi agente venga nos proporcionará una información más detallada. Lo único que sé, es lo que he captado por teléfono en el curso de una apresurada charla. Ahora, me gustaría saber lo que tengo que responder a las preguntas que sin duda me harán.

Mason permanecía silencioso y Drake prosiguió:

—Mi agente consiguió localizar el caballo y esto es lo principal. En cuanto me habló de aquel trozo de metal incrustado en la silla y de la marca que aparecía en el lomo, me puse en comunicación contigo.

—¡Oye, Paul! —le interrumpió Mason—, ¿dónde podría encontrar un mapa para informarme de las diversas propiedades emplazadas en esa región?

—Lo creas o no, en mi oficina —respondió Drake burlonamente.

—¿Tienes un mapa de esa comarca?

—Poseo dos docenas. Hace algunas semanas trabajé en un caso que me obligó a adquirir mapas detallados del Valle.

Mason volvió a interrumpirle, desentendiéndose de él, para hacer una seña a su secretaria.

—¿Quiere usted traernos esos mapas, Della?

La muchacha partió inmediatamente para cumplir el encargo, mientras Drake se acomodaba en el sillón adoptando su postura favorita: la espalda sobre uno de los brazos y las piernas colgando del otro.

Cuando Della Street volvió con los mapas, Mason los extendió

sobre la amplia mesa.

—¿Pretendes, acaso, encontrar a Nolan en el mapa? —preguntó Drake.

—Justamente.

—La comarca que mi gente exploró se encuentra al suroeste del Centro y al norte de *Blak Butte* —informó Drake—. ¿Ves esta mancha? Debe de tener unos cuarenta acres y, probablemente, será la propiedad de ese Nolan.

Mason se dedicó a estudiar el mapa y su dedo se detuvo en una pequeña mancha oblonga grabada en él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Drake.

—Parece que aquí se lee el nombre de José Campo Colima.

—No me extraña. Muchos individuos de origen mejicano poseen tierras propias y...

Mason alzó los ojos y miró a Della, preguntándole:

—¿No le recuerda algo?

—Claro que sí. Me parece que así se llamaba aquel gentil caballero que acompañó a la anciana herida.

—¡Justamente! José Campo Colima —repitió pensativo—. Posee una propiedad de unos veinte acres y, según el mapa se encuentra a una milla y media al norte del rancho de Nolan.

—¿Es que conoces a ese Colima? —preguntó Drake.

—Me lo tropecé en cierta ocasión. Ahora, nos marcharemos para hablar con un hombre que vive en el hotel Richmell.

En la parada de coches, cogieron un taxi, que los condujo al hotel. Cuando penetraron en el vestíbulo, Paul le dijo:

—Poseo informes completos de todo cuanto ocurrió aquí a partir de las dos y veinte de la madrugada, hora en que mi agente empezó su trabajo.

—Ya me informarás después. ¿Hay algo especial que llame la atención?

—Nada salvo que el alojado en el cuarto 511, estuvo, al parecer, ocupado en ciertas negociaciones sobre la venta de una propiedad rústica hasta pasadas las tres. Por lo que respecta al individuo del 510, se retiró una hora más tarde de telefonearme tú.

—¡Eh! ¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿En qué lugar estaba instalado tu agente?

—En el pasillo, cerca de los lavabos.

—¿Logró ocupar el cuarto que dejó ese individuo?

—Sí. La broma costó veinte dólares porque el empleado no quería cederle ese cuarto, alegando que la cama no estaba hecha y que la mujer encargada de la limpieza no entraría en servicio a semejante hora de la madrugada. No obstante, mi agente consiguió convencerlo y se instaló allí.

—¿Vigiló desde el cuarto, el pasillo?

—Sí.

—¿Hasta qué hora estuvo vigilando?

—La vigilancia debe continuar todavía. Envié un sustituto a las cinco de la mañana.

—Bien; subamos al 511; después hablaremos con los muchachos del 510. ¿Ordenaste que le siguieran los pasos al individuo que acudió a mi oficina?

—Sí. Precisamente, no hace muchos minutos que me informó mi agente. Tú visitante se dirigió a una pensión de la calle *East Lagmore* número 791, metiéndose en ella.

—Pues que tu agente siga dedicándose a eso. Ahora, vamos a visitar a Callender.

Mason le indicó al chico del ascensor el piso adonde iban, y Drake y él ascendieron en silencio. Cuando paró en la planta y se abrieron las puertas ambos personajes caminaron sobre la alfombra del pasillo, deteniéndose finalmente frente al número 511.

Una tarjeta atada a la manivela de la puerta tenía escritas las siguientes palabras: «SE RUEGA NO MOLESTAR».

Mason consultó su reloj. Eran las diez y treinta y cinco.

—No le va a gustar mucho que le despertemos —opinó Drake en voz baja—. Recuerda que a las tres de la madrugada todavía estaba de pie.

—No te importe. Tampoco le gustaría nuestra visita en otras circunstancias —respondió Mason, mientras llamaba a la puerta golpeando con los nudillos.

La llamada no obtuvo la menor respuesta y el abogado volvió a insistir, golpeando con más energía. Como tampoco en esta ocasión se percibiese dentro del cuarto el menor rumor, Mason asió el picaporte.

—¡Cuidado! —le advirtió Drake—. No te olvides del detective

del hotel... ¡Oh!

La exclamación surgió al comprobar que la puerta se abría cuando Mason giró el picaporte. Este empujó la hoja con precaución.

El cuarto permanecía a media luz, como si la oscuridad de la noche anterior hubiese quedado atrapada en su interior. Se percibía un fuerte olor a tabaco.

Drake, que husmeaba, alzando la cabeza por detrás de Mason, se volvió súbitamente para correr hacia la puerta del 510.

El abogado, que seguía de pie junto a la entrada del 511, le dijo:

—Vigila el pasillo, Paul.

—¡Sal de ahí, por favor, Perry! No podría avisarte a tiempo si alguien...

Mason le hizo callar con un gesto y, seguidamente se deslizó dentro del cuarto. Cerró suavemente la puerta y oprimió el botón de la luz eléctrica.

John Callender yacía en el suelo, completamente vestido, de espaldas, con el ojo derecho cerrado y el izquierdo entornado. No había indicios de lucha. Un sable japonés le había sido clavado en el pecho. La empuñadura y unas siete pulgadas de la hoja sobresalían del cuerpo.

Lo que hacía la escena más dramática aún, era el hecho de que, al parecer Callender había intentado, en un postrer esfuerzo, asir el arma para arrancársela. Su mano derecha rígida ya, aparecía aferrada a la hoja, tan afilada como una navaja de afeitar, y el acero había cortado los dedos, penetrando hasta los huesos. Tomando grandes precauciones, a fin de no tocar nada, Mason se dedicó a estudiar el escenario.

El cuarto en donde yacía el cadáver, era la salita de recibir, junto al dormitorio, que Mason podía ver a través de la puerta abierta. La cama no había sido utilizada. Junto al dormitorio, estaba el cuarto de baño, que tenía las luces encendidas y cuya puerta aparecía entornada.

Utilizando su pañuelo para no dejar huellas digitales, Mason empujó la puerta del cuarto de baño hasta abrirla del todo y comprobar que allí no había nadie. Hecho esto, volvió a dejarla entornada.

Entonces, le llamó la atención un ropero situado en el extremo

del dormitorio. Tenía las puertas de par en par, y una docena de trajes aproximadamente colgaban de una barra central.

Mason avanzó para inspeccionarlo. El mueble aparecía atestado con diversos trajes de calle y dos de etiqueta: un *smoking* y un frac. Una caja especial contenía más de una docena de pares de zapatos de diversos estilos.

Utilizando siempre su pañuelo, Mason abrió uno de los cajones. Estaba lleno de camisas y camisetitas. Después de cerrarlo, volvió a la salita y abrió la puerta que daba al pasillo.

Paul Drake se encontraba frente a la entrada del 510. El abogado le dirigió una mirada significativa, y Drake asintió con un movimiento de cabeza.

Mason se envolvió la mano con el pañuelo y, de esta forma, cerró tras de sí la puerta del cuarto, atravesando seguidamente el pasillo hacia el 510, cuya hoja había franqueado Drake.

Un individuo, que evidentemente había estado durmiendo, arrojó lejos de sí una liviana manta y se sentó en el borde del lecho. Su americana aparecía colgada sobre el respaldo de una silla y sus zapatos en el suelo. Iba en camisa y pantalones. Un segundo personaje, que se mantenía de pie, cerca del cuarto del baño, sostenía un cigarro entre los dedos fijando su mirada en ambos visitantes.

—¿Conoces a estos muchachos, Perry?

Mason hizo un gesto negativo y Drake le presentó al que estaba sentado sobre la cama, diciendo:

—Frank Faulkner —y luego, señalando al otro—: Harvey Julian. Los dos personajes le saludaron con una inclinación de cabeza.

Drake se volvió hacia Mason.

—No tendré más remedio que informar del suceso, Perry.

El abogado movió la cabeza, agitó una mano con los dedos abiertos, en señal de desaprobación.

—Te aseguro que no me queda otro remedio —insistió Drake—. Anda en juego mi licencia. Hace poco fue modificado el apartado 7578 del estatuto de negocios, y profesiones, estipulándose que, además de las vigentes causas que pueden motivar la retirada de la licencia de un detective privado, «la Junta queda facultada para adoptar tal decisión por cualquier otro motivo que estime pertinente». Ya puedes figurarte lo que eso significa. Además, no me

tienen allí mucha simpatía.

—¡Está bien, Paul! Pero antes quisiera descubrir algo.

—¡Te repito que no puedo arriesgarme en lo más mínimo!

Unos golpes propinados en la puerta interrumpieron a Drake.

—¿Quién será? —preguntó Mason.

—¡Cielos! Nosotros...

La llamada tornó a repetirse y Mason prestó atención.

—¡Quietos! —dijo Mason—. Me parece que llaman al otro lado del pasillo, en la puerta del 511.

Frank Faulkner se aproximó a la puerta del cuarto y aplicó el ojo a la mirilla.

—Es una camarera con un servicio de café —anunció a media voz.

Se oyó llamar por tercera vez y, seguidamente, Frank Faulkner informó:

—Ahora, trata de abrir la puerta... Entra... Ahora, enciende las luces... ¡Allá va!

Percibieron el ruido característico de una puerta que se cierra violentamente y, luego, el rumor de unos pies que corrían por el pasillo.

—Si logran averiguar que he estado allí, me retiraran la licencia por no haberles informado —refunfuñó Drake.

—¿Y cómo lo van a descubrir?

—¡No te hagas el ingenuo! El detective del hotel debe estar en este momento telefoneando a la Brigada de Homicidios. Posiblemente, no podremos salir de aquí sin que nos atrapen. Podríamos permanecer en el cuarto hasta que todo pasara, pero cuando la policía interroge al empleado nocturno, descubrirá que yo tenía un agente en este piso y que el empleado recibió veinte dólares para que mi muchacho se escondiese en los lavabos emplazados al extremo del pasillo, amén de que más tarde le proporcionó este cuarto. Como comprenderás la situación no es muy agradable. No podemos salir de aquí antes de que ella llegue y, cuando tal cosa ocurra, nos veremos atrapados.

Se produjo unos instantes de silencio y, finalmente, Mason se dirigió al teléfono, solicitando un número.

—¿A quién piensas llamar? —preguntó Drake recelosamente.

—Al cuartel de policía —anunció Mason, cubriendo el auricular

con la mano—. ¡Bien! Coge el teléfono y da cuenta del asesinato, pero sin mencionar mi nombre..., todavía.

—¡Ya se lo habrá contado todo ese detective del diablo!

—No creo que haya ningún código en donde se establezca que tú debas informar primero que nadie.

Drake cogió el auricular, que se aplicó al oído, diciendo:

—¿El cuartel de policía?... Habla Paul Drake, de la agencia de detectives Drake. Deseo informarles de un asesinato ocurrido en el cuarto 511, del hotel Richmell. La víctima es John Callender. Yo tenía unos agentes míos vigilando su cuarto. Una camarera entró en él y descubrió el cadáver. Después...

Mason presiono con el dedo índice sobre el aparato, cortando la comunicación.

—¡Eh! ¿Qué hace? —preguntó el detective.

—La ley dice que debes informar a la policía de cualquier asesinato de que estés informado. Ya lo has hecho. No tienes por qué prolongar tu charla con ella.

Drake se limitó a colocar el auricular en la horquilla, mientras Faulkner, el agente que estaba sentado sobre la cama, exclamaba:

—¡Por amor de Dios! ¿Y qué podremos hacer?

—Lo mejor, es fingir no saber una palabra de lo ocurrido, Frank —le dijo Julián desde la puerta—. Nosotros nos limitábamos a vigilar el cuarto. No escuches la conversación del señor Mason con el señor Drake, salvo que ése sea tu deseo.

—No creo tener esa intención.

—¡No se apuren, muchachos! —les dijo Drake—. Yo respondo por ustedes y supongo que Perry responderá por mí.

—¡De acuerdo! —sonrió Mason—. Ahora, pongámonos a la tarea. ¿Estuvo usted aquí anoche, Faulkner?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Llegué alrededor de las dos y cuarto, y tres minutos después inicié mi tarea. En mi libreta de apuntes anoté las dos y veinte.

—Pues, vino con bastante rapidez.

—La llamada de Drake me sorprendió en mi departamento jugando al «póker» —explicó Faulkner—. Me dijo que se trataba de un asunto urgente y salté a mi automóvil, partiendo en el acto. A esa hora el tráfico es escaso y pude venir a toda velocidad.

—¿Qué hizo usted una vez aquí?

—Busqué al empleado nocturno. No se encontraba en el vestíbulo y lo atravesé, dirigiéndome al ascensor, en donde subí hasta el quinto piso.

—¡Continúe!

—Estudí el lugar. El jefe me había dicho que el cuarto 510 estaría desocupado, pero vi que todavía había luz en él, lo mismo que en el 511, y pensé que el 510 aún no se había desocupado y que tendría que aguardar hasta que esto ocurriese. Busqué, por el pasillo, los lavabos. Estaban situados casi frente al ascensor y desde ellos se me ofrecía una clara visión del corredor. Me metí allí y estuve vigilando.

—¿Cómo? ¿Hay mirilla en esa puerta?

—No; vigilaba a través de una pequeña rendija.

—¿Hasta qué hora estuvo vigilando?

—Hasta las cinco de la mañana.

—Que fue cuando vine yo —completó Harvey Julián—. Drake me llamó para decirme que tenía que venir a relevar a Frank Faulkner.

—¿Dónde estaba entonces, Faulkner?

—En aquel momento, ya se encontraba en el cuarto.

—¿A qué hora entró usted aquí? —preguntó Mason dirigiéndose ahora a Faulkner.

—Es una historia algo complicada —dijo éste—. Más vale que se la cuente detalladamente.

—Muy bien, si lo cree necesario. Pero no olvide que disponemos de muy poco tiempo.

—Como le decía, empecé a trabajar a las dos y veinte. En el cuarto 511 reinaba una gran actividad. Entraban y salían distintos personajes.

—¿Qué clase de personajes?

Faulkner sacó del bolsillo una libreta de apuntes.

—¿Quiere usted saber lo que ocurrió por el orden preciso?

—Sí, pero aclaremos antes una cosa: ¿a qué hora entró usted en este cuarto?

—El huésped que se alojaba aquí marchó a las tres y dos de la madrugada, y diez minutos más tarde conseguía que me diesen el cuarto.

—¿Cómo lo logró?

—Bajé e inscribí mi nombre en el libro registro.

—¿Su verdadero nombre?

—Sí.

—Entonces, no podría vigilar el pasillo durante el período de tiempo comprendido entre la marcha de Sheldon y el momento en que usted volvió a subir. ¿No es así?

—En efecto, pero considere que, aunque yo no estuviese vigilando, el empleado quedó aquí y pudo hacerlo. Por esto quería contarle a usted la forma en que ocurrió todo.

—Bien. ¡Hable! —le animó Mason.

—Pude entrar en contacto con el empleado a eso de las dos y media. Cometí un error. Se encontraba en el pasillo y...

—Eso no importa —le interrumpió Mason—. ¿Qué ocurrió?

—Al principio tropecé con ciertas dificultades. Le enseñé mi documentación, explicándole lo que estaba haciendo y él se me mostró hostil. Entonces le entregué un billete de diez dólares y acabé con su resistencia. De todas formas, me rogó que marchara. Tuve que darle otro billete de diez dólares, diciéndole que sabía que el 510 iba a quedar desocupado y que yo me quedaría con el cuarto para vigilar el pasillo.

—¿Por qué le informó de eso? ¿Le explicó de lo que se trataba?

—Sólo le dije que suponía que mi jefe querría aclarar cierto asunto relativo a un ladrón de hoteles. Esto tranquilizó al empleado. Le entregué el segundo billete de diez, y le afirmé que el mérito de la captura sería para él y que mi jefe reclamaría la recompensa por cualquier botín que encontrásemos en el lugar donde se alojase el fulano. El empleado manifestó su conformidad y llegamos a un acuerdo. Él iría a su escritorio y, cuando el 510 se marchaba, subiría aquí para reemplazarme en la vigilancia del pasillo, mientras yo bajaba a tomar el cuarto.

—¿Y ocurrió todo en esa forma?

—El 510 se retiró a eso de las tres y dos minutos. El empleado subió alrededor de las tres y cuatro y yo bajé al vestíbulo llegando a él justamente cuando el huésped del 510 lo atravesaba en compañía del chico del ascensor que llevaba su maleta. Le dijo al encargado de la recepción que me había pasado toda la noche esperando en el vestíbulo a que se desocupara un cuarto, porque se me había

prometido que el primero que quedara disponible sería para mí. El hombre no quería dármelo alegando que a aquella hora avanzada no había ninguna doncella en servicio. La última se había retirado a las dos y sólo atendía a los servicios de urgencia. Finalmente, pude convencerle de que no me importaba tal circunstancia y entonces me cedió el cuarto, con la condición de que yo mismo me haría la cama y cambiaría las toallas.

—¿Lo hizo usted?

—Faulkner le señaló la cama a tiempo que decía.

—No me acosté; me limité a entrar en el cuarto y cambiarle la funda a la almohada.

—Por lo que adivino ese empleado y usted deben de haberse hecho amigos.

—Justamente.

—¿Cómo se llama?

—Sam Meeker.

—¿Sabe usted a qué hora entra en servicio?

—A las ocho de la noche y se retira a las ocho de la mañana.

—¿No le reemplaza nadie durante el día?

—Lo ignoro. No se lo pregunté. Muchos de estos hoteles sólo tienen uno de estos empleados por la noche.

—¡Bien! —exclamó Mason—. Ahora, infórmeme de lo que sepa que ocurrió en el 511.

—En el instante preciso que me ocultaba en los lavabos, el ocupante del 510 atravesó el pasillo a toda prisa, abrió esta puerta y entró.

—¿Sabe de dónde venía?

—Me parece que del 511.

—¿Está seguro?

—Seguro, no. Todo sucedió demasiado rápidamente.

—¿En qué lado del pasillo se encuentran los lavabos?

—En el opuesto adonde se abre la puerta del 511.

—Entonces, en el mismo del 510, ¿verdad?

—Justamente.

—En tal caso, cuando usted miró a lo largo del pasillo, mientras ese hombre regresaba al cuarto que usted supone el 510, usted no tenía ninguna amplitud en visión; en otras palabras, usted sólo podía ver perfiladas una serie sucesiva de puertas. ¿Cómo puede

entonces estar seguro de la puerta que abrió ese hombre?

—Entró por la del 510 —aseguró Faulkner—. En primer lugar, la puerta parecía ser la del 510 y, en segundo, al abrir, el rectángulo de la luz se proyectó en el pasillo justamente frente al 511, lo que demuestra que la puerta por donde entró debería ser la de enfrente, o sea el 510. Luego, cuando bajó al vestíbulo y el ocupante del 510 se retiraba, comprobé asimismo que vestía la misma ropa del hombre que sorprendí atravesando el pasillo.

—¡Muy bien! ¿Qué sucedió después?

A las dos y veintidós, se detuvo el ascensor, saliendo de él una mujer. Una mujer muy guapa, vestida con una especie de falda gris.

—¿Joven?

—Unos veintidós o veintitrés años.

—¿Rubia o morena?

—Pelo castaño rojizo.

—¿Llevaba algo en las manos?

—Un estuche de violín. Se dirigió al 511 y llamó a la puerta. Evidentemente, alguien le dijo que pasara, porque ella empujó la hoja y entró.

—¿Está seguro de que alguien le dijo que pasara?

—No, porque desde aquella distancia no podía oírlo. Lo único que me hace pensar así es la forma en que la chica abrió la puerta.

—Pues, valdría más que se ahorrara las suposiciones —le advirtió Mason—. Se planteará un juicio por homicidio y usted tendrá que declarar. ¿Qué ocurrió después?

—La chica salió diez minutos más tarde. Según mi anotación, eran las dos y treinta y dos.

—¿Llevaba todavía el estuche del violín?

—Sí.

—Continúe.

—A las dos y cuarenta y cuatro, salió del ascensor un individuo de unos veintiséis o veintiocho años. Caminó por el pasillo como el que va a apagar un incendio, abrió la puerta del 511 y entró. Después, volvió a salir y se marchó por el corredor. Actuaba como si quisiese echar a correr y no se atreviese a hacerlo.

—¿Cuándo tiempo estuvo en el cuarto?

—Diez segundos.

—Descríbalo.

—Hombros caídos, delgados, de cerca de seis pies de estatura, unas ciento treinta libras de peso y de unos treinta años de edad. Usaba abrigo café, abotonado hasta arriba.

—¿Abrigo?

—Gabardina.

—¿Sombrero?

—No. Tenía el pelo castaño rizado. Por lo visto, venía a entregar alguna cosa. Supuse que habría telefoneado desde el vestíbulo y recibido autorización para subir, a juzgar por el modo como se condujo. Es muy posible que hubiese visto algo que le amedrentó; quiero decir, algo dentro del cuarto.

—¿Salió inmediatamente?

—En entrar y salir tardaría unos diez segundos. Lo comprobé por el reloj.

Mason esbozó una mueca.

—Entonces, no creo que estuviese muy asustado. Drake actuó una vez más rápidamente. ¿Qué más vio usted?

—A las tres y dos minutos, Sheldon salió, dirigiéndose a la puerta del 511. Creí que llamaría, pero no lo hizo. Permaneció frente a ella como si estuviese escuchando y, después, se dirigió por el pasillo hacia el ascensor. Miraba directamente hacia donde yo estaba escondido y, entonces, cerré la puerta del lavabo para que no me sorprendiese. Así estuve hasta oír bajar el ascensor. Al cabo de un minuto, el ascensor subía de nuevo. Esta vez se trataba de Sam Meeker. Me dijo que el 510 se marchaba ya y que él me reemplazaría a fin de que yo pudiese bajar y solicitar el cuarto.

—¿Bajó usted en el ascensor?

—Justamente. Sam lo hizo subir. El ascensorista se había quedado en el vestíbulo custodiando el equipaje de Sheldon. Sam entró en la jaula ascendiendo al quinto piso. Allí me hizo una seña y yo entré en el ascensor para descender. A esa hora sólo funciona un ascensor. No creo que nadie se percatase de aquel viaje; ni Sheldon, ni el encargado ni el ascensorista. Salí del ascensor y me dirigí a un rincón oculto del vestíbulo. En cuanto Sheldon salió abandoné mi escondite y, entonces fue cuando le dije al encargado que esperaba, porque me habían prometido darme la primera pieza que quedase desocupada. El resto ya se lo he contado.

—¡Perfectamente! ¿Y qué ocurrió después de entrar usted en

este cuarto?

—Nada.

—En la puerta del 511 hay colgado un cartel que dice: «No molestar» ¿Cuándo lo colgaron?

—No sé; tal vez en el instante en que el empleado nocturno se hacía cargo de la vigilancia, mientras yo bajaba. Al subir del vestíbulo y dirigirme a este cuarto, vi el aviso. Cuando pregunté a Meeker sobre el momento en que debieron colocar el cartel, me respondió que él ya lo había visto cuando empezó a vigilar. Pero Meeker es bastante más corpulento que yo y tardó un rato en meterse al lavabo.

—Entonces, cuando usted regresó, ¿el aviso ya estaba colocado?

—Así es.

—Pero no cuando descendió al vestíbulo, ¿verdad?

—Creo que entonces no estaba.

—¿Interrogó usted a Meeker en este sentido?

—Sí.

—¿Y qué le contestó?

—Me aseguró que nadie se había aproximado a la puerta.

—Pero el aviso no estaba cuando usted bajó en el ascensor.

—En efecto; yo no lo recuerdo.

Mason se volvió, dirigiéndose hacia el otro detective.

—Y usted, ¿qué puede decirnos, Julián?

—Muy poca cosa. Drake me telefoneó a las cuatro y media cuando ya estaba en la cama. Me preguntó si podría venir aquí a relevar a Frank Faulkner y le dije que sí. Quiso saber cuánto tiempo tardaría en asumir la tarea, y le contesté que en cuanto bebiese un poco de café y me afeitase. Drake me ordenó que me echase al bolsillo la navaja de afeitar y que viniese aquí a afeitarme. Sólo me entretuve en tomar una taza de café en un restaurante nocturno. Llegué aquí minutos después de las cinco y le dije a Frank que descansase un rato mientras yo le reemplazaba. Me preparaba a despertar a Faulkner cuando ustedes llamaron a la puerta y entraron.

—¡Aquí llega lo que esperábamos! —les interrumpió Drake.

A través del montante de la puerta, se percibían voces de acento autoritario. La hoja de una puerta se abrió y cerró repetidas veces y alguien dijo:

—¡Qué busquen huellas dactilares en ese picaporte!

Mason volvió a dirigirse a Faulkner.

—¿Podría describirme mejor a esa muchacha que llegó a las dos y veintitrés y salió a las dos y treinta y dos?

—Vestía una falda blanca y negra que hacía juego con la blusa de un tono gris. Creo que calzaba zapatos marrones.

—¿Cuáles serían su peso y estatura?

—Mediría unos cinco pies y dos o tres pulgadas y poseía una figura perfecta. La cabellera era de un tono castaño rojizo.

—¿Qué pasa en el pasillo, Paul? ¿Han puesto algún centinela?

Drake que atisbaba por la mirilla respondió:

—Todos se encuentran dentro del cuarto. Tengo que dar la cara, Perry. ¿Estás ya listo?

—Espera todavía unos instantes. Abre con cuidado la puerta y échale un vistazo al pasillo.

El detective obedeció y, después de mirar en uno y otro sentido, volvió a cerrar la puerta.

—Han puesto un centinela frente al ascensor —informó.

Mason se hizo cargo del teléfono.

—¡La gerencia, por favor!

Instantes después percibía la voz del empleado y preguntó:

—Dígame, ¿qué ocurre en la planta quinta?

—La policía ruega a los huéspedes del quinto piso que permanezcan, por unos momentos, en sus respectivos cuartos. Será por poco tiempo. Están anotando el nombre y dirección de los testigos.

—¿Testigos de qué? —preguntó Mason.

—Lo siento, pero no puedo decírselo. Esa es cuestión que sólo incumbe a la policía.

Mason cortó la comunicación. De pronto, en una papelería vio algo que llamó su atención. Se inclinó sobre ella y cogió dos pañuelos que parecían estar manchados de rojo, deslizándolos en sus bolsillos.

Después, abrió la ventana, esperó el momento propicio, lanzó su sombrero a la calle y la cerró. A continuación, abrió la puerta del cuarto y se encaminó, por el pasillo, hacia el ascensor.

Un individuo, vestido de paisano, le cerró el paso.

—Tendrá que esperar usted un minuto —le dijo.

—¿Un minuto? ¿Por qué?

El hombre le enseñó la placa.

—Se trata sólo de una pequeña formalidad.

—¿Pero qué ha ocurrido?

—Lo ignoro. Sólo sé que el jefe quiere tomar el nombre de los huéspedes de este piso para preguntarles si anoche oyeron algo.

—¡Demonio! Me dieron un cuarto sin baño y ahora iba al que hay en la sala de espera. Puede acompañarme, si así lo desea.

—No, no puedo abandonar mi puesto. Pero en este piso también debe haber algún cuarto de baño, ¿no?

—Posiblemente —le dijo Mason—. Bueno, ¿cuánto tiempo cree usted que durará esto?

—Supongo que no pasara de cinco o diez minutos.

Mason se volvió, echando a andar por el corredor, para, de súbito, regresar de nuevo junto al policía.

—¿Sabe usted dónde se encuentra ese baño?

—Pues no; acabo de llegar y... Pero bastará que se fije usted en las puertas. Cuando encuentre un letrero que diga «HOMBRES», allí es.

—Gracias. Es usted muy amable.

—¡Pues no soy policía de tráfico! —sonrió el hombre.

Mason caminó a lo largo del corredor, mirando en forma ostentosa cada puerta hasta llegar a la de la escalera. La abrió con precaución y se volvió para mirar al policía. Al advertir que el centinela no parecía parar mientes en él, Mason desapareció por ella, subiendo rápidamente hasta el sexto piso. En el pasillo de aquella planta no había centinela; no obstante, Mason ascendió hasta la octava y, una vez en ella, oprimió el botón del ascensor. Cuando éste subió, se adentró en él y descendió al vestíbulo.

Se detuvo, por breves instantes frente a uno de los mostradores de la oficina de recepción en donde se leía «ENTRADAS DE TEATRO». Seguidamente, avanzó ágilmente hacia la puerta de salida y ganó la calle.

—¿Taxi? —preguntó el portero.

Mason asintió con un ademán.

8

Se bajó del taxi frente a una manzana de la calle East Lagmore y caminó hasta el número 791. Se trataba de una pensión en cuyo frontis se veía un anuncio luminoso.

Mason ascendió por una pequeña escalera, hasta una especie de recibidor, solitario en aquellos momentos. Junto a un pequeño mostrador se veía un tablero del que colgaban un par de docenas de llaves. Mason buscó en el Libro registro, que aparecía sobre el mueble, y encontró el nombre de Arthur Sheldon. Figuraba ocupando la habitación número 5.

Localizó el cuarto y llamó repiqueteando sobre la puerta. A los pocos instantes, abría el mismo Sheldon, cuyo rostro denotó evidente sorpresa.

—¿Usted? —preguntó.

Mason se limitó a entrar, cerrando tras de sí la puerta, sin despegar los labios.

Se trataba de un modesto cuarto, provisto de un pequeño lecho de madera que había sido repintado con esmalte barato. Las paredes aparecían desnudas. Los visillos de encaje daban la impresión de haber sido lavados con demasiada frecuencia. Una silla mecedora, con asiento de cuero, intentaba inútilmente imprimirle al cuarto aspecto de comodidad hogareña.

Sheldon se sentó en el borde del lecho y con un gesto, invitó a Mason a que ocupase la mecedora, pero él abogado declinó el ofrecimiento y permaneció de pie.

—¡Quiero saber qué ocurrió anoche!

Los ojos de Sheldon se abrieron de par en par, escrutando el severo rostro del visitante.

—Pero ¿por qué?

—Usted sabe perfectamente a lo que me refiero; de modo que vayamos al grano sin rodeos.

—Le he dicho cuanto sé, señor Mason. Creo que le informé...

—¿Quién era la mujer que estuvo anoche, en su cuarto?

—¿Anoche?

—No se haga más el ingenuo. ¿Quién era? ¿Tal vez Lois Fenton?

—¿Y qué le hace a usted pensar que anoche estuviese una mujer en mi cuarto?

Por toda respuesta, Mason se limitó a sacar del bolsillo los dos pañuelos manchados de rojo, arrojándolos sobre la mesa.

—Sí; era Lois Fenton —reconoció Sheldon.

—¿Dónde se encontraba esa mujer?

—¿Quiere decir cuándo ustedes estuvieron allí?

—Sí.

—Oculta en el cuarto de baño.

—¿Ocuparon el cuarto los dos?

—No, no; ella vino a verme para que yo le aconsejase en cierto asunto. Cuando ustedes llegaron, haría un minuto que había entrado ella.

—No diga tonterías, amigo, e invente algo mejor.

—¡Le cuento la absoluta verdad, señor Mason! Cuando usted llegó, estábamos conversando en voz baja. Le decía que su marido ocupaba el cuarto de enfrente y que corría el peligro de que él la viese salir, o saber de algún otro modo que ella se encontraba allí. En aquel momento, llamó usted y Lois se llenó de pánico. Entonces corrió al baño y se ocultó en él, cerrando con llave. Confieso que yo también me sentí intranquilo, hasta el momento en que usted deslizó su tarjeta por debajo de la puerta. Eso es todo.

—¿Por qué fue ella a verle?

—Creía que su hermano iría a visitar a Callender.

—¿Por qué lo creía así?

—Estaba citado.

—El propio Callender mandó llamarlo.

—¿A qué hora debía encontrarse allí?

—A las dos de la madrugada.

—¿Y por qué quería verle Callender?

—No sé. Tal vez se propusiese apretarle los tornillos para sacar alguna ventaja.

—¡Está bien! —exclamó Mason—. Le concederé la última oportunidad para que me diga toda la verdad. Pero hágalo

rápidamente.

—¡Le he dicho cuánto sé! —respondió Sheldon—, Lois estaba espantada. Permaneció en el cuarto de baño en un estado de nervios que lindaba con el histerismo. Una vez que usted se retiró, ella se limpió la cara lo mejor que pudo y le rogué que se marchara. Le informé de que usted me había aconsejado partir cuanto antes y le dije que podíamos encontrarnos en el vestíbulo.

—¿Cuándo marchó ella?

—No lo sé exactamente. Desde luego, uno o dos minutos después de haberse ido usted.

—¿Se encaminó directamente al vestíbulo?

—Naturalmente.

—¿Y cuánto tardó usted, después de irse ella, en marchar a su vez?

—Tampoco lo sé exactamente, señor Mason... Supongo que pasados unos cinco minutos.

—¿Pagó usted su cuenta en aquel momento?

—En aquel momento, no. Fui al vestíbulo y... Lois Fenton no se encontraba allí.

—¿Dónde estaba?

—Lo ignoro. Supuse que habría ido a algún sitio próximo. Después de buscarla inútilmente, volví a mi cuarto y, entonces, me expliqué lo que debía haber ocurrido.

—¿Qué pensó?

—Pues, que mientras ella estaba esperándome en el vestíbulo, debió haber visto a su hermano, que acudía a la cita que le había dado Callender. Se acercaría a él y ambos marcharían para hablar en alguna parte. Era la única explicación posible. Por eso regresé a mi cuarto, y esperé durante largo rato con la esperanza de que el teléfono sonase de un momento a otro. A los diez o quince minutos de esperar inútilmente, discurrí que tal vez Callender hubiese sorprendido a Lois en el pasillo, haciéndola pasar a su cuarto. Callender no me conocía de nada y resolví cerciorarme. Crucé el pasillo y llamé a su puerta.

—¡Un momento! —le atajó Mason—. ¿No cree que era una hora un poco intempestiva?

—Efectivamente, pero a mí me constaba que estaba levantado. Podía ver la luz bajo su puerta y, además, sabía que aguardaba a

Jasper Fenton para hablar con él.

—¿Se decidió pues, a correr el riesgo?

—No, no corría ninguno. Ya le he dicho que Callender jamás me había visto. Me propuse darle un nombre falso y decirle que andaba en busca de Jasper Fenton.

—¿Y qué hizo, finalmente?

—Llamé a su puerta y Callender gritó: «No golpee más y pase. La puerta está sin llave». Obedecí y entré en la habitación. Callender pareció sorprenderse al verme. Le dije que andaba en busca de Jasper Fenton, porque tenía que tratar con él un asunto muy importante y que me constaba que podría encontrarle allí, por estar enterado de la entrevista. Callender me respondió que Fenton no se hallaba allí. Le pregunté después si, efectivamente, esperaba a Fenton y Callender no soltó prenda, dedicándose a formularme preguntas destinadas a descubrir la causa de mi interés por él. Por último, le anuncié que me marchaba para aguardar a Fenton en el vestíbulo.

—¿Penetró usted realmente en el cuarto o no pasó del umbral?

—Entré. Al invitarme a pasar, Callender supuso seguramente que se trataría de Jasper Fenton, y cuando comprobó que era un extraño, pareció sentir gran curiosidad por averiguar lo que yo podía querer de su cuñado.

—¿Cuánto tiempo permaneció usted en aquel cuarto?

—Uno o dos minutos, a lo sumo.

—¿Dónde estaba Callender?

—Sentado en un amplio sillón. En el curso de nuestra conversación, jamás hizo intención de abandonar su asiento.

—Cuando usted dejó a Callender, ¿se encontraba este bueno y sano?

—¡Naturalmente!... ¿Por qué?

—Porque ha muerto.

Sheldon abrió la boca de pasmo.

—¡Muerto! ¿Qué es lo que motivó su muerte?

—Querrá usted decir «quién motivó su muerte» —corrigió Mason—. Alguien le hundió en el pecho un sable japonés.

—¡Santo Dios!

—La policía —continuó Mason— examinará el libro registro del hotel y descubrirá que usted se retiró a las tres de la madrugada. No

me extrañaría que, según ellos, Callender hubiese fallecido ya a esa hora. Como es lógico, empezarán a buscarle. Usted está enamorado de la mujer de Callender y ocupaba el cuarto frente al suyo.

Sheldon se dirigió a la cómoda y sacó de ella alguna ropa blanca, que comenzó a guardar en la maleta, mientras Mason asistía en silencio a todas aquellas manipulaciones.

Finalmente, el abogado abrió la puerta y, al cerciorarse de que el pasillo aparecía solitario, salió cerrándola.

9

Después de abandonar la pensión, Perry Mason marchó rápidamente por la calle recorriendo unos veinte metros. De súbito, se detuvo como si se hubiese olvidado algo y, volviendo la cabeza, tomó buena nota del punto en donde se encontraba.

Se trataba de un modesto distrito, de edificios sin pretensiones, con algunas pequeñas tiendas instaladas al nivel de las aceras, compuestas de pensiones, oficinas de bajo alquiler y departamentos baratos. Todas las casas de la manzana eran de un solo piso, salvo una de tres plantas que se alzaba orgullosamente sobre las restantes edificaciones.

El hombre que aparecía detenido frente a la pastelería, podría ser un detective de Drake. Estaba leyendo un periódico y no parecía fijar su atención en Mason. Vestía corrientemente. El automóvil estacionado en la esquina también poseía un aspecto corriente y ninguna de sus características servirían para identificarlo con rapidez.

Mason esperó durante cinco minutos. Finalmente, vio aparecer a Sheldon que salía de la pensión llevando una maleta. Del otro brazo colgaba el abrigo.

El abogado se mantuvo en su sitio hasta que Sheldon dio la vuelta a la esquina. De repente, el hombre del periódico, suspendió su lectura, subió al indefinible automóvil y partió a buena velocidad.

Cuando desapareció Sheldon. Mason volvió a la pensión, subió las escaleras y oprimió el timbre que sonó prolongadamente.

Un par de minutos más tarde le abría la puerta una mujer de expresión inquisitiva.

—¿Qué desea usted? —le sonrió.

Se trataba de una dama rolliza de unos cuarenta y cinco años, que a pesar de su edad no carecía de ciertos atractivos. Poseía un

rostro carnoso, de piel lisa y brillante.

—A eso de las tres y media de esta madrugada usted alquiló un cuarto —le dijo el abogado—. Desearía saber si alquiló otro a esa hora, poco más o menos.

—¿Hacia las tres de la madrugada?

—Sí.

La mujer denegó con la cabeza.

—Lo siento, señora. No me gustaría contradecirle, pero sé exactamente la hora en que fue alquilado ese cuarto.

—¿Qué cuarto?

Mason señaló con su dedo en el libro registro y leyó:

—Arthur Sheldon; habitación número 5.

—¡Pero ése se alquiló ayer a las tres de la tarde!

—¿Fue usted misma la que lo alquiló?

—Efectivamente.

—¿Traía el huésped algún equipaje?

—Sí; una maleta y el abrigo. Pero dígame, ¿quién es usted? ¿Acaso, pertenece a la policía?

—No; soy un simple abogado, que trata de averiguar ciertas cosas en beneficio de un cliente.

—Bueno; pero no me meta usted en este lío —rogó la mujer.

—No es esa mi intención; al contrario; mi propósito es librar a alguien de verlo envuelto en él.

—Eso ya es otra cosa —le dijo la mujer clavando sus ojos en él—. Me parece que le he visto a usted antes.

—Tal vez.

—¿Cómo se llama usted?

—Smith.

—Pues juraría que le he visto antes... o, quizá, su fotografía. ¡Ya caigo! Usted es el abogado Perry Mason, ¿verdad?

El aludido asintió con un ademán.

—Usted se dedica a sacar de apuros a ciertas personas ¿no es así?

—A veces.

—Quiero decir cuando han cometido crímenes.

—Cuando han cometido crímenes, no —sonrió Mason—. Pero en ocasiones hay personas acusadas de delitos que no cometieron.

—¿Es a esos a los que desea librar de toda molestia?

—¡Justamente! —le dijo Mason—. El individuo que alquiló ese cuarto ¿inscribió su nombre en presencia suya?

—Sí.

—¿Podría usted describírmelo?

—¡Con mucho gusto! Era un hombre joven de unos veintisiete o veintiocho años, cabello claro y ojos castaños, de altura mediana. Pesará alrededor de unas ciento cuarenta y cinco libras. Vestía americana gris cruzada y un abrigo café oscuro. Mientras firmaba en el libro registro, lo abandonó sobre el pupitre.

—¿Y la joven que venía con él?

—¡Eh! ¿Qué insinúa usted?

El rostro de Mason asumió una expresión de perfecta inocencia.

—Le pregunto simplemente sobre la muchacha que le acompañaba.

—Este no es el lugar que usted supone.

—No insinúo que hayan ocupado el mismo cuarto. Pudo simplemente venir con él cuando inscribió su nombre, o podría haber alquilado otra habitación.

La mujer denegó con la cabeza.

—Quizá viniese más tarde —aventuró Mason—. Se trata de una muchacha sugestiva, con el pelo castaño rojizo.

—¿Qué edad?

—Entre veintidós y veintitrés años.

La mujer repitió su ademán negativo, mientras decía:

—No recibimos gente de esa clase.

—Supuse que su aspecto le satisfaría.

—Por la descripción que me ha hecho, no creo que fuese así. Tendrá que haberse dirigido a otra casa de huéspedes. Esta es una residencia honorable y aunque no puedo responsabilizarme de todo lo que ocurra, jamás alquilo un cuarto a esa clase de muñecas. Siempre acarrean dolores de cabeza.

—Pero usted no podría asegurar que una joven de ese aspecto no haya estado aquí en cualquier momento, durante la tarde, por ejemplo.

—¡Naturalmente! No me paso todo el día atisbando por el pasillo. Yo recibo a los clientes aquí y hago cuanto está en mi mano a fin de administrar esta casa con suma honradez, pero no me es posible examinar a todo el que sube las escaleras.

—Lo que quiero decir, que bien pudo haber sido visitado el señor Sheldon por una mujer.

—Naturalmente, pero nada malo hay en ello. Podía haber sido su hermana o...

—No pretendo encontrar nada malo en ello —le interrumpió Mason—. Intento simplemente localizar a esa joven. Es muy importante que lo consiga, porque trato de ayudarla.

—Pues yo no la vi.

—¿Y no alquilaría usted un cuarto a alguien parecido?

—Sólo hay una posibilidad.

—¿Cuál?

—Cuando por la noche me retiro a descansar, dejo a veces en el escritorio un aviso, comunicando que ciertos cuartos están desocupados y que el precio es de tres dólares. El cliente puede inscribirse, depositando el dinero indicado y coger después la llave correspondiente.

—¿No es un método peligroso? —indagó Mason.

—Lo es y no lo es. Las habitaciones, en su mayoría, se suelen alquilar temprano casi todas ellas antes de medianoche. Después de esa hora sólo vienen personas que no han conseguido alojarse en otro hotel. Sólo dispongo de dos o tres cuartos destinados a este tipo de clientes. Son los menos deseables. Por eso, aumento el precio en un dólar y no coloco el aviso hasta después de las once de la noche.

—Y anoche fue alquilado uno de esos cuartos, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Sobre qué hora?

—No sabría decírselo. Sólo sé que esta mañana había tres billetes de a dólar en la caja y que faltaba la llave.

—¿Qué nombre figura en el registro?

—Ninguno. Por eso pensé en ese cuarto cuando usted consultaba el registro. El que lo alquiló no firmó en el libro.

—Me gustaría echarle un vistazo —dijo Mason.

—A lo mejor, se trata de una pista equivocada y resultaría violento... —apuntó la mujer—. Pero si está seguro de que esa mujer pasó la noche aquí...

—Seguro del todo, no —dijo Mason.

—¡Bien, vamos a verlo! —se decidió la mujer.

—¿Se encuentra todavía en el cuarto?

—Lo ignoro. ¿Piensa hablar con ella si está aún allí?

—¡Naturalmente!

—¿Supongo que no habrá jaleo?

—Esté tranquila. Sólo quiero verla. Eso es todo.

—¿Y le agradará a ella verle a usted?

—Posiblemente.

—Bueno; vamos, entonces.

La mujer echó a andar por el pasillo y, finalmente, se detuvo ante la puerta de uno de los cuartos interiores. Miró a Mason que llamó sin obtener respuesta. Entonces, volvió a llamar con más fuerza y, como tampoco contestase nadie, echó mano al picaporte.

La puerta, cerrada sin llave, se abrió de par en par. En el lado interior de la hoja, la llave estaba encajada en la cerradura y la placa metálica atada a ella chocó contra la madera.

—Ya se ha ido —anunció la mujer—. Durmió aquí y, por lo visto, se levantó temprano; tal vez antes que yo. De todos modos, no la vi salir.

El cuarto amueblado en forma similar al que había ocupado Arthur Sheldon, disponía de una ventana que se abría a un estrecho patio. Mason examinó el lecho. La persona que había dormido en él lo había hecho profundamente o, bien, lo había usado durante un breve período de tiempo, porque las sábanas apenas estaban removidas y en la almohada sólo se advertían unas leves huellas, poniendo de manifiesto que la cabeza que se había posado sobre ella apenas se había movido.

—Debe tratarse, en efecto, de una mujer joven —opinó la experimentada encargada—. Cuando son personas de más edad duermen ocupando toda la cama. Sólo una persona joven es capaz de acostarse y alzarse después, dejando sólo estas leves huellas.

—Una persona joven y con la conciencia tranquila, ¿no? —preguntó Mason.

—No aseguraré tanto. Dije que debe ser joven, pero pocas son las personas jóvenes que tienen preocupaciones de conciencia.

Se inclinó sobre el lecho y cogió un cabello que había sobre la almohada.

—Castaño rojizo —dijo en voz alta—. Puede ser natural. Es bastante fino.

Mason examinó el lavabo. El espejo le devolvió una imagen

ligeramente deformada. La estera, al pie del lavabo, aparecía salpicada de agua. La mujer dijo a guisa de comentario:

—Por lo visto, se bañó frente al lavabo con una esponja. En todo caso, siempre es eso preferible a que no se bañen en absoluto.

Seguidamente, se dirigió al lecho, alzó las ropas y contempló las sábanas.

—Alise usted esta cama y nadie se dará cuenta de que ha dormido una persona en ella.

Mason examinó las gotas de agua que aún salpicaban el lavabo. Algunas ofrecían una tonalidad ligeramente rojiza.

—¿Qué busca usted? —le preguntó la mujer, que se dedicaba a hacer la cama, alisando cuidadosamente las sábanas y las almohadas.

—¡Bah, nada!

Luego, el abogado se inclinó sobre una papelerera y la examinó. Se incorporaba para continuar sus pesquisas, cuando súbitamente se detuvo. Algo que se encontraba adherido a ella fue impulsado ligeramente por el aire y se agitó despertando la atención de Mason.

El abogado volvió a inclinarse sobre la papelerera. Sedosas barbillas de una pluma de avestruz habían caído sobre el canasto cuando, al parecer, todavía estaban húmedas, adhiriéndose a un costado de éste. Ahora, ya secas, se movían a impulso del aire, como las hojas de un árbol. Mientras la mujer doblaba cuidadosamente el embozo, Mason, se dio cuenta de lo que les había hecho adherirse al canasto. En su base, se advertía un inequívoco color rojo. Al parecer, se había intentado lavar la mancha y al no ser ello posible, las arrancaron de la pluma de avestruz, arrojándolas a la papelerera.

Mason sacó su cartera, puso dentro de ella las plumillas y dijo:

—Bueno, creo que no vale la pena esperar a que ella regrese.

La mujer contemplaba la cama con aire crítico.

—Si es joven y necesita ayuda —dijo—, sería lamentable que usted no pudiese encontrarla.

Después, cogió el edredón y lo dispuso a los pies del lecho.

—Sin duda alguna —respondió Mason, con un tono de voz que hizo que la mujer volviese el rostro para mirarle con estupor.

10

Paul Drake penetró en el despacho de Mason con aire de cansancio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el abogado.

—Algo muy desagradable. El sargento Dorset estuvo allí. Por lo visto, Sheldon fue el que colocó el aviso en la puerta del cuarto de Callender.

—¿Estás seguro?

—La policía lo está.

—¿Y cómo pudieron averiguarlo?

Al registrar el cuarto de Callender, encontraron el cartelito en el lugar adecuado, o sea en el ropero, y cuando revisaron el cuarto 510, no pudieron localizar el mismo aviso que no falta, en ninguna habitación.

—¿Han conseguido localizar a alguno de los visitantes de Callender?

—La dama que llegó a su cuarto a las dos y veintitrés estaba citada por él.

—¿Estás seguro?

—Sí. El empleado nocturno la detuvo en el ascensor; le preguntó a dónde iba y, entonces, ella confesó que se dirigía al 511. El empleado le indicó que debería usar antes el teléfono para conseguir la debida autorización. Entonces, se dirigieron a la cabina y llamaron al cuarto 511. Cuando Callender contestó, el empleado le pasó el auricular y ella dijo: «Soy yo; estoy aquí en el vestíbulo. Un empleado del hotel me obligó a telefonar. Subo en el acto». Callender era un cliente habitual y le daban toda clase de facilidades. A cualquier otro le hubiesen obligado a bajar al vestíbulo, considerando lo intempestivo de la hora y la calidad de la visita. La muchacha dio su nombre: Lois Fenton. Callender tenía sus pequeños caprichos. No quería ser despertado mientras el café no

estuviese listo para entrárselo. La noche anterior comunicó a qué hora deseaba que se lo sirviesen. Por eso, la camarera llamó y trató de entrar pese al aviso. Otra cosa: La Fenton había visitado a Callender un rato antes. Una camarera la vio salir del cuarto a las dos de la madrugada. La chica habría informado de la visita, si no se hubiese tratado del cuarto de Callender que, por lo visto, era un ser privilegiado.

—¿Y se trataba de ella, efectivamente, Paul?

—La descripción que hizo la camarera así parece indicarlo.

—Entonces, la policía sospecha de Lois Fenton, ¿no?

—Justamente y de Sheldon, en calidad de cómplice. Sé también que la policía ha encontrado en la pared una mancha ensangrentada muy singular.

—¿Qué singularidad ofrece?

—Aún no lo han determinado exactamente, pero, a juzgar por su descripción, creo adivinar de qué se trata. Es algo así como la huella o mancha que dejaría un abanico de plumas de avestruz al ser rozado contra un muro para tratar de limpiarlo de sangre. La huella encontrada es semicircular con numerosas ramificaciones, formando un contorno más o menos simétrico.

Mason se mordió los labios. Después, preguntó:

—¿Les dijo Faulkner que yo había estado allí?

—Hasta el momento en que salí, nada había dicho; pero no hay duda de que la policía someterá a Faulkner y a Julián a un nuevo interrogatorio.

—¿Y crees que acabarán por decirlo?

—Naturalmente. ¡Qué remedio les quedará! Yo mismo me veré envuelto en el lío. Ese caballo ya viene de camino y la policía acabará por meter las narices...

Mason alzó los ojos y contempló al detective sorprendido.

—¿Qué demonios tiene que ver el caballo en este asunto?

—Es algo ligado a él.

—¿Y qué te hace pensar así?

—¡Diablo! Tú mismo me pediste que destinara varios agentes a la tarea de localizar a ese caballo, justamente cuando... ¿O es que el caballo es un caso aparte?

Mason consideró a Drake con enojo.

—¿Pretendes revelarle a la policía todo lo relativo a tus asuntos?

—No, desde luego, pero no tendré más remedio que responder a sus preguntas.

—¡Está bien! —le dijo Mason—. Si te preguntan algo sobre un caballo, háblales de él; pero mientras no concreten sus preguntas en ese sentido no aludas para nada al caballo.

—Perfectamente.

Salió el detective y, cuando la puerta se cerró tras él, Mason se volvió hacia su secretaria.

—Coja un lápiz, Della.

La joven tomó el lápiz y el cuaderno de taquigrafía y aguardó a que su jefe le dictase.

—Me gustaría atenerme a los hechos por riguroso orden cronológico. ¿Qué hora supone que sería cuando llegamos al hotel?

—¿Al Richmell?

—Sí.

—Consulté mi reloj al arribar a la ciudad. Debíó ser poco después de la una; unos ocho minutos después, aproximadamente.

—Dejando, pues, un margen prudencial de tiempo para poder llegar al hotel desde ese punto, podremos calcular que sería a la una y veinte cuando arribamos al hotel. El camarero del club nocturno, Harry debíó llamar a la puerta de Callender a la misma hora. Ignoramos cuándo marchó. Comience, ahora, a calcular. Anote la una y veinte, hora en que Harry debíó entrar y deje un espacio en blanco para la hora en que pudo marchar. Ahora bien, la otra hora en que, según sabemos, estuvo alguien en la habitación fue las dos. Entonces, la camarera vio a una mujer que bien pudo ser Lois Fenton abandonar el cuarto de Callender. Después tenemos a Sheldon que sale de allí a eso de las dos y veintiuno. A las dos y veintitrés, la mujer que dijo llamarse Lois Fenton se encontraba, al parecer, de regreso en el cuarto, que volvió a abandonar de nuevo a las dos y treinta y tres. A las dos y cuarenta y cuatro llegó un joven que se marchó a las dos y cuarenta y cuatro minutos y diez segundos. Finalmente, a las tres y dos Sheldon se marchó del hotel. Póngame a máquina por favor, ese horario, Della.

La secretaria dispuso una cuartilla en la máquina y confeccionó la siguiente lista:

1:20 —

Harry, el camarero, llega al
cuarto.

	Harry se retira.
	Una mujer entra en el cuarto.
2:00 —	La mujer se retira.
	Sheldon entra en el cuarto.
2:21 —	Sheldon se retira.
2:23 —	Una mujer que da el nombre
	de Lois Fenton entra en el cuarto.
2:33 —	La mujer se retira.
2:44 —	Un joven entra en el cuarto.
2:44:10 –	El joven se retira.
3:02 —	Sheldon abandona el hotel.

Della tendió a Mason la hoja mecanografiada. El abogado la cogió y se disponía a estudiarla, cuando llamaron a la puerta y apareció Gertie.

—¡Adelante, Gertie! ¿Qué hay?

—No quería decírselo por teléfono, señor Mason, temiendo que usted no deseara verla. Se trata de una joven que espera afuera. ¡Algo maravilloso!

—Parece que le ha impresionado, Gertie.

—Así es —confesó la aludida—. Si yo tuviera un rostro como el de esa chica prescindiría de todo afeitte y no andaría con la cara como un payaso. Si la ve, comprenderá en seguida que no exagero.

—¿Y cómo se llama?

—Me ha dado un nombre raro; algo así como *Cerie*

Chi-Chi

. Desde luego nunca ha estado antes aquí y...

—Dígale que entre.

La joven que penetró en el despacho, acompañada de Gertie, era en efecto, la bailarina que Mason y Della Street habían conocido la noche anterior en Palomino.

—¿Cómo están ustedes? —preguntó la recién llegada, sonriendo.

Vestía un traje de mezclilla de falda corta y estrecha. Las medias eran de *nylon*. Avanzó pausadamente a través del despacho, con clara conciencia de que el estrecho vestido realzaba sus encantos y tendió la mano a Mason a tiempo que le decía:

—¡Cuánto gusto volverle a ver!

—Tome asiento —le invitó Mason, mirando burlonamente a Della.

La bailarina se instaló en el amplio sillón de cuero, frente a la mesa del abogado. Hizo ademán de bajarse la falda y, luego, cruzó las piernas y miró a Mason.

—¿Sorprendido? —preguntó.

Mason se limitó a mover la cabeza sonriente y la visitante cambió de posición en su asiento.

—Después de verle anoche, no volví a trabajar en Palomino.

—¿No?

—No; me vine a la ciudad.

—¿En automóvil, tal vez?

—Claro.

—¿Lo manejaba usted misma?

—Harry vino conmigo. ¿Se acuerda usted de aquel camarero robusto...?

—Sí; me acuerdo perfectamente de Harry.

—Pues verá... Yo estaba convencida de que usted había encontrado mi caballo y cuando supe que lo que había descubierto eran sencillamente un par de abanicos...

—¡Un instante por favor! —le interrumpió Mason—. No me gustaría que entre nosotros hubiese malentendidos. Usted no es cliente mía.

—No, claro que no.

—Por otra parte, usted tampoco es Lois Fenton.

—¡Desde luego!

—Y, no obstante, usa su nombre.

—Así es.

—Veamos: usted ha venido aquí porque necesita algo ¿verdad?

—Pues sí...

—¿De qué se trata?

La joven sonrió.

—Es usted bastante brusco.

—Quizá. Usted necesita algo y desearía saber qué es.

—¿Por qué tanta precipitación?

—No me gusta perder el tiempo.

—¡Oh!

Mason guardó silencio. Los dedos de la bailarina se dedicaron a hacer pequeños dobleces con el vuelo de su falda. Finalmente, abandonó la tarea y preguntó:

—¿Cree usted que no tendría que decir nada sobre esos dos abanicos?

—¿A quién?

—A alguien.

—Es posible. A propósito: ¿cómo se llamaba aquel individuo a quién usted informó sobre los abanicos... y el caballo?

—John Callender.

—¿Y sabe usted lo que le ha pasado?

La muchacha dejó caer su mano sobre la pierna derecha y rozó suavemente con sus dedos la fina media, antes de responder.

—Sí —dijo finalmente.

—En caso de que se proponga comunicarme algo, valdría más que me lo comunicase en seguida.

—Marché a informar a John Callender. Él confiaba en que ya hubiese recobrado el caballo.

—¿Cuándo lo vio usted?

—Un poco antes de las dos de esta madrugada.

—¡Continúe!

—Le relaté a Callender exactamente lo que había ocurrido entre nosotros, y le mostré los dos abanicos que usted me había devuelto. Expuse mi opinión, diciéndole que no creía que usted hubiese encontrado el caballo.

—¿Qué pasó, después?

—Hará una hora traté de volverme a poner en contacto con John Callender y, entonces, me comunicaron que éste había muerto. Al parecer, ha sido asesinado. Creí conveniente, por tal motivo, venir a verte, para informarle sinceramente de lo ocurrido.

—¿Por qué procedió así?

—Porque no quisiera verme metida en un lío. En estas circunstancias, temí que usted tuviese algunas ideas equivocadas respecto a mí y que pudiese revelárselas a la policía... y a los periodistas.

—Cuando usted vio a Callender, ¿se encontraba éste bien?

—Naturalmente. Al retirarme de su cuarto una camarera me vio mientras John permanecía junto a la puerta. Pensé que convendría que usted supiese todo esto.

—¿Por qué ese súbito interés por mí?

—Si usted está al tanto de las verdaderas circunstancias, no

tratará de mezclarme en el asunto. De otro modo, podría pensar de mí erróneamente.

—¡Ya comprendo! Vino aquí por iniciativa propia.

—¡Desde luego! Harry pensó lo mismo que yo.

—¿Y qué fue lo que le sugirió Harry que me dijese?

—La verdad, aunque todavía no le he contado todo.

—¿Y a qué espera para informarme del resto?

—Esperaba a que usted me interrogase.

—Infórmeme de todo lo que piense decirme y, después, yo haré las preguntas que estime necesarias.

—Pues verá... Hace dos años conocí a Lois Fenton; ambas participábamos en una gira artística. Somos bastante parecidas y en ciertos aspectos, casi idénticas. Cuando Lois se casó, abandonó sus actividades. Sus danzas habían alcanzado un considerable éxito. Por entonces, yo no había pasado de corista, pero tenía ambiciones.

La visitante se concedió una corta pausa.

—¡Continúe! —la animó Mason.

—Yo nunca perdí la esperanza de llegar a destacar algún día. Cuando hace algunos meses, Lois se casó, le pregunté si podría hacerme cargo del espectáculo. Su agente había logrado imponerla ante los públicos, creándole una reputación envidiable. Pensé que, si lograba tomar su nombre, casi nadie alcanzaría a advertir la diferencia.

—¿Recabó usted de Lois la autorización?

—Sí.

—¿Qué le contestó ella?

—Se manifestó de acuerdo conmigo y firmamos un convenio.

—¡Siga!

—Eso es todo. Usé el nombre de Lois Fenton, copié sus trajes y me teñí el pelo del mismo color. Al mismo tiempo, siempre que me fue posible, me anunciaba con el nombre teatral de *Cherie*

Chi-Chi

. Como comprenderá lo hacía así en la eventualidad de que alguien dijese que yo no era la auténtica Lois Fenton. Supe conducirme discretamente y coseché algunos éxitos, aunque no trataré de engañarlo, señor Mason: no creo trabajar tan bien como lo hacía Lois. Eso sí, lo hago bastante satisfactoriamente y siempre salí adelante.

—¿Qué pasó, después?

—Algo que realmente no supe prever, aunque más tarde comprendí que era inevitable.

—¿Qué fue ello?

—Lois y su marido no congeniaron y ella le dejó; como es natural, quiso recobrar su antiguo nombre artístico. Tenía que trabajar de nuevo.

—¿Y usted...?

—Yo, como es lógico no podía renunciar gratuitamente a todo lo que había ganado. Lois consiguió firmar un contrato para corta temporada en Brawley. Obtuvo un éxito enorme y entonces... Bien, ella creyó posible volverse atrás y recobrar su antiguo nombre artístico que legalmente ya era mío. Algo injusto a mi juicio.

—¿Se decidió usted, entonces, a visitar a Callender? —preguntó Mason.

—No; al contrario, fue Callender el que vino a verme a mí.

—¿Cuándo?

—Hará unos dos o tres días.

—¿Dónde?

—En una pequeña ciudad donde actuaba antes de ir a Palomino.

—¿Y qué quería Callender?

—Me dijo que era dueño de un caballo muy valioso que se había extraviado o tal vez que había sido robado. Suponía que, si alguien se lo había encontrado, podía muy bien sufrir una equivocación, porque el animal figuraba a nombre de su mujer cuando ésta era soltera. Temía, por consiguiente, que el hecho se prestaría a una cierta confusión. Solicitó de mí que le entregara dos cartas, una de ellas firmada con el nombre de Lois Fenton. No logró engañarme. Comprendí que debería tratarse de una artimaña, pero el hombre se comprometía a respaldarme y a velar para que aquel asunto no me creara la menor dificultad. Agregó que necesitaba mi ayuda porque podía ocurrir muy bien que quien encontrase el caballo supiera que éste había estado en posesión de una tal Lois Fenton, bailarina de abanicos, siendo entonces lógico que solicitasen de mí una entrevista personal para devolverme el animal. Me ofreció doscientos cincuenta dólares. Traté de conseguir trescientos y, al fracasar, acepté, finalmente, su oferta. Firmé las cartas que me pedía. Yo suponía que usted tendría en su poder el caballo y procedí

con arreglo a las instrucciones de Callender. Y esto es todo. Si guarda silencio sobre todo este asunto, será mucho mejor para nosotros.

—¿Y dónde se encuentra, ahora, la auténtica Lois?

—Lo ignoro. Trató de que yo suspendiese mi gira artística y yo le dije que aquello era completamente absurdo, porque si la gente llegaba a sospechar algo, ambas resultaríamos perjudicadas. Le hice comprender que tal paso le perjudicaría a ella tanto como a mí.

—¿Está usted casada con Harry?

—No.

—¿Y no está él interesado, en cierto modo, por usted?

—Creo que sí.

Mason tamborileó con sus dedos sobre la carpeta del escritorio, en tanto que la visitante proseguía:

—Ahora, comprenderá usted por qué me resolví a informarle de todo cuanto ha oído. Tenía una autorización legal que me capacitaba para usar el nombre de Lois Fenton y...

—¿Dónde está ese documento? —interrumpió Mason.

—Pues, no lo sé concretamente. John Callender lo debe tener.

—¿Y no posee usted copia de él?

—No, porque no fue redactado por un abogado. Sé trata de una simple carta que ella me escribió de su puño y letra. Ambas la firmamos y no se hizo copia alguna. Cuando John Callender me aconsejó que le escribiese a usted sobre lo del caballo me dijo que él conservaría durante algunos días el documento, a fin de poder protegerme. No me opuse. Sabía que Callender tenía mucha influencia política en el Valle. Le entregué el convenio y recibí novecientos cincuenta dólares.

—¿Surgió por aquella temporada en Brawley, algún contratiempo entre usted y Lois?

—Sí.

—¿La vio usted personalmente?

—Sí.

—¿Cómo vestía en aquel momento?

—No estaba vestida —sonrió *Cherie*

Chi-Chi

—Bueno, quiero decir...

—¡Lo comprendo! Cuando ella se casó, yo copié sus trajes y empecé a abrirme camino. No iba a abandonarlo todo porque ella cambiase de opinión. Su marido era rico y podía mantenerla y, en cambio, yo no tenía nadie que me mantuviese.

—Salvo Harry —sonrió Mason.

—¡No sea malicioso!

—¿Qué hizo usted después de despedirse de Callender a las dos de esta madrugada?

—Me dirigí al vestíbulo y allí me encontré, entonces, a Harry.

—¿Esperaba él fuera del hotel?

—Sí.

—Después usted regresó a las dos y veinte, ¿no es cierto?

—¿Que regresé? —indagó la mujer sorprendida.

—Sí, usted volvió al cuarto de Callender —y como *Cherie*

Chi-Chi

denegase lentamente con la cabeza, añadió—: El detective del hotel así lo sostiene.

—Pues, se engaña. Yo no regresé, señor Mason.

—El hombre la recuerda perfectamente —insistió Mason—. Usted entró en el hotel, cruzó el vestíbulo y se dirigió a los ascensores. Vestía, más o menos como ahora y llevaba un estuche de violín. Como es lógico, la vio el empleado nocturno que la detuvo para saber adónde iba. Según parece, usted respondió que quería ver a un huésped del hotel y él le preguntó el nombre. Entonces, usted confesó que se trataba del señor Callender. El empleado llamó al cuarto de éste, le pasó el auricular y se quedó escuchando, percatándose de que usted anunciaba al huésped que iba a subir. Acto seguido, usted tomó el ascensor y entró en el cuarto de Callender a eso de las dos y veintitrés, permaneciendo en él durante nueve o diez minutos.

La muchacha volvió a denegar vehemente con la cabeza.

—¡No es cierto, señor Mason! ¡Yo estuve allí a las dos menos cuarto y me marché a las dos, sin regresar ya más!

—¿La vio alguien al retirarse?

—Sí. Cuando me marché a las dos había una sirvienta en el pasillo.

—¿Qué hizo usted?

—Me dirigí al ascensor, pero, después, cambié de idea pensando

que sería preferible bajar por las escaleras. En los hoteles son a veces un poco quisquillosos con las muchachas que entran y salen durante la noche... Aunque no lo crea, yo no soy nada torpe, señor Mason. Sé perfectamente que una buena bailarina tiene que llamar la atención. Esto es parte del negocio mismo. Interesa marchar por las calles de una ciudad, como Brawley o Palomino, y que los hombres lancen silbidos al verla pasar a una. Después, no dudan en pagar la entrada para vernos.

—Bueno, quedamos en que usted decidió bajar por las escaleras.

—En efecto.

—¿Qué hizo, pues?

—Bajé cuatro pisos, llegué al entresuelo y, después de atravesarlo, descendí por la escalera que conduce al vestíbulo.

—¿No volvió, pues, a las dos y veinte o las dos y veintitrés?

—¡No, señor Mason!

—¿Podría usted probarlo?

—Por supuesto. Estaba con Harry.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted con él?

—El necesario, señor Mason —respondió ella mirándolo con tranquilidad.

—¿Sabe usted que Callender ha muerto; que fue asesinado?

—Sí.

—He sabido que Harry vio a la víctima a eso de la una y veinte.

—¡Oh, no! Debe usted de estar equivocado.

—No lo estoy Harry visitó a Callender.

—Tal vez fuese a otro huésped del mismo piso, pero no a Callender.

—¡Le repito que estuvo en el cuarto de Callender a eso de la una y veinte!

—Bien y aun cuando así fuera, ¿qué? John Callender estaba vivo cuando yo lo dejé a las dos. La camarera le vio de pie en el umbral despidiéndose de mí. Ella puede atestiguarlo.

—¿Nadie más?

—Sí. Sé también que Arthur Sheldon ocupaba el cuarto frente al de John Callender. Me consta que Arthur Sheldon está loco por Lois Fenton. Usted me agrada, señor Mason y como creo que juega limpio conmigo, creí mi deber informarle de todas estas cosas a fin de que supiera a qué atenerse.

—¿Se propone usted continuar usando el nombre de Lois Fenton? —preguntó Mason.

—Pues, no lo sé a punto fijo. Supongo que sí; me gusta más que el de Irene Kilby. Además, toda mi carrera la he hecho con ese nombre.

—Como comprenderá se formará el consiguiente revuelo periodístico en torno de todo esto.

La mujer dispuso ambas manos sobre las rodillas y rompió a reír volcando la cabeza hacia atrás.

—¿Cree usted que eso me intimidaría?

—Sólo quería saber cuál sería su reacción.

La visitante se miró atentamente las esbeltas piernas y, después, alzó la cabeza sonriendo.

—Me parece, señor Mason, que soy bastante fotogénica.

—En otras palabras, que usted acogería favorablemente cualquier tipo de publicidad, ¿no?

—Yo sólo le he dicho que creo ser fotogénica.

En aquel momento sonó el teléfono y Mason le hizo una seña a su secretaria para que atendiese a la llamada.

—¡Diga! —después Della Street volvió la cabeza para dirigirse a su jefe—: ¿Desea usted hablar con Paul? Asegura que es algo importante.

—No se preocupe de mí —le dijo *Cherie*—.

Chi-Chi

Puede usted hablar desde otra habitación, o hacerlo con el disimulo que crea conveniente.

Mason cogió el receptor.

—¿Qué hay, Paul?

—¿Estás solo?

—No.

—¿Algún cliente?

—Exactamente, no.

—El detective que encontró el dichoso caballo está por llegar. Ha telefoneado desde un pueblo cercano y lo tendremos en la ciudad dentro de una hora. Espera instrucciones. ¿Qué le vamos a decir?

—No comprendo bien lo que insinúas.

—Pues está bien claro. No creo que pueda estacionar un coche

que remolque un vagón de ganado frente a este edificio como tampoco meterlo en algún lugar de estacionamiento. ¿Qué diablos va a hacer entonces mi agente con el caballo? ¿En dónde quieres que lo guardemos? No creo que pretendas meterlo en el ropero.

—¿Quieres volver a llamarme dentro de media hora?

—Mi agente espera mis instrucciones en el teléfono. Te hablo, en este momento, por otro de los aparatos del despacho.

—¡Ya comprendo! Creo que habrá lugares especializados en donde pueda estacionarse.

—¿Una escuela de equitación, por ejemplo?

—Justamente.

—Pero, entonces, alguien tendrá que quedarse allí para cuidarlo.

—Ya lo supongo.

—Bueno, veré lo que se puede hacer.

—¡Espera un momento, Paul! —le dijo Mason—. La mercancía a que aludes consta generalmente de dos partes.

—¿Qué diablos dices, Perry?

—Lo que oyes.

—¿Debo entenderlo como una adivinanza?

—Exactamente.

—Creo que ya la he resuelto. Se trata de un caballo ensillado, y las dos partes son el animal y la silla.

—No era eso lo que quería decirte.

—¿Cuerpo y patas, entonces?

—Tampoco. Son las mismas dos cosas que aparecen en un dólar de plata.

—¿Cabeza y cola, entonces?

—Exactamente.

—Bien, Perry, sigue.

—Del artículo últimamente mencionado —le dijo Mason—. ¿No podría conseguirte uno ahí en tu oficina para, como es lógico, unirlo al primero?

—Creo que te entiendo, Perry. Pero supongo que hasta dentro de cuatro o cinco minutos no podré disponer de él.

—Tal vez sea un poco tarde, pero haz lo posible.

—Necesitaré una descripción.

—Te enviaré a Della —le dijo Mason—, y no creo que vuelva a apostar contigo. Eres demasiado afortunado.

Mason colgó el teléfono, se sacó la cartera y extrajo de ella un billete de veinte dólares, que entregó a la secretaria.

—Drake gana —le dijo.

—¡Jamás imaginé que ganaría la apuesta! —exclamó Della Street.

—Tampoco yo, pero por desgracia así ha sido, y es preciso pagarle. Entréguele estos veinte dólares con mis saludos.

Della Street tomó el billete, partió en dirección a la puerta, de donde se volvió para mirar a Mason en forma interrogativa. La muda respuesta del abogado pasó inadvertida para la visitante.

Cuando la secretaria marchó, *Cherie*

Chi-Chi

se dirigió al abogado diciéndole:

—En realidad, no creo que exista motivo que impida que usted y yo seamos excelentes amigos.

—¿Ha considerado, acaso, que me he conducido de un modo poco cordial con usted?

—No, claro que no. Sólo que creo que si usted...

—¡Continúe!

—Pues, que si usted pensase que ello le sería más ventajoso; mejor dicho, que sería más ventajoso para un cliente suyo no dudaría en adoptar la otra posición. Por lo que a mí respecta, sé conducirme como una buena amiga, aunque como enemiga me convierta en un gato salvaje.

—Tendría interés en saber lo que ocurrió después de que usted abandonó el hotel Richmell, a eso de las dos de esta madrugada. ¿Adónde se dirigió?

—A varios sitios —sonrió la mujer.

—¿Con Harry?

—Sí.

—¿Podría darme el nombre de su agente?

—Es Sidney Jackson Barlow, y tiene el despacho en el edificio Mayberry.

—¿Era ese el agente de la verdadera Lois Fenton?

—Profesionalmente, sólo existe una Lois Fenton, y esa soy yo —respondió la muchacha fríamente.

—¿Pero sabe ese agente que ustedes son, en realidad, dos?

La visitante denegó con la cabeza.

—¿Piensa usted decírselo?

—En el caso de que me convenga, sí; por ahora preferiré guardar silencio.

—Como es lógico, usted debe saber que no hay razón que me impida decírselo yo.

—No lo ignoro y, a pesar de ello, le he indicado su nombre.

—En efecto, aunque yo mismo habría podido informarme particularmente de ese detalle.

La muchacha sonrió afablemente.

—Por eso le di el nombre, señor Mason. De no haber pensado en lo fácil que le sería averiguarlo, no le hubiese dicho una palabra. No obstante, espero que, en el futuro, no surgirán muchas complicaciones de este confusiónismo de identidad.

—¿Qué quiere usted insinuar?

—Que si el detective del hotel Richmell está en situación de declarar que Lois Fenton visitó a John Callender a las dos y veintitrés, la policía intervendrá a fin de que esa Lois Fenton no entorpezca mis actividades de bailarina. Y no creo que tenga nada más que decirle, señor Mason. No quisiera robarle un minuto más de su precioso tiempo.

—¡En modo alguno! Ha sido un placer. ¿Tendría la bondad de dejarme su dirección para poder ponerme en contacto con usted en caso necesario?

—Naturalmente, puede avisarme en cualquier momento.

—¡Gracias!

—Sólo tendrá que llamar a Sidney Jackson Barlow y preguntarle dónde actúa *Cherie*

Chi-Chi

—le indicó la muchacha, que seguidamente, se puso de pie, extendiendo su mano sobre el escritorio para estrechar la del abogado—. ¡Y muchas gracias por todo, señor Mason! Buenos días.

El abogado la acompañó hasta la puerta que comunicaba con la sala de recibir, pero la bailarina le dijo, sonriendo:

—Si no tiene inconveniente, preferiría salir por la puerta que da directamente al pasillo; la misma que usó su secretaria cuando marchó a pagarle la apuesta al señor Drake.

La visitante atravesó el despacho, abrió la puerta y le brindó a Perry Mason su última sonrisa, al tiempo que desaparecía con su

andar ágil.

El abogado contempló la puerta cerrada y, después, lentamente, se dejó caer en el sillón.

Cinco minutos más tarde entró Della Street.

—¿Le dio el recado a Paul, Della?

—Sí.

—¿Qué le dijo él?

—Quería una descripción de la mujer.

—¿Se la proporcionó usted?

Della Street se echó a reír.

—Le dije simplemente que no necesitaría describírsela; que todo cuanto le hacía falta era estacionar a un detective frente a este edificio con instrucciones de que se dejase guiar por su instinto; que cuando se encontrase de súbito siguiendo a una chica, ésa sería justamente la persona que interesaba.

—Y, concretamente, ¿qué ocurrió?

—Paul destinó a uno de sus muchachos para la misión. Le estaba telefoneando frenéticamente cuando le dejé. Yo bajé del ascensor y me entretuve en el estanco, como había acordado con Drake, para orientar debidamente a su agente, quien debía situarse a la entrada del edificio en forma que pudiese ver el estanco, para, de esta forma, cuando la mujer pasara a mi lado, poder hacerle yo una señal.

—¿Y no receló algo cuando la vio a usted en el estanco?

—No creo. Me entretuve charlando con la dependienta y cuando

Cherie

Chi-Chi

salió del ascensor, le sonreía amistosamente. Ella atravesó el vestíbulo para decirme que es usted adorable. Charlamos durante unos segundos y, finalmente, nos despedimos. Usted ya sabe cómo se pone el vestíbulo del edificio a esta hora del día. La gente entra y sale apresuradamente. Bueno, pues le juro que esa mujer paró todo el tráfico o poco menos.

—¡Está muy bien, Della! Iré, ahora, a la oficina de Paul Drake y le ayudaré a disponer la instalación del caballo.

11

Apenas llevaba Mason hablando diez minutos con Paul Drake cuando Della Street entró en el despacho privado del detective.

—¿Se imaginan a lo que vengo? —preguntó la secretaria.

—¿Algún otro caballo? —exclamó Drake de mal talante.

Della Street denegó con la cabeza sonriendo y contestó:

—No; se trata de otra bailarina; de Lois Fenton; supongo que la verdadera.

Mason saltó de la silla.

—Te veré más tarde, Paul.

Salió apresuradamente con su secretaria.

—¿Cómo va vestida? —preguntó el abogado una vez en el pasillo.

—De un modo casi idéntico a la otra muchacha. Tiene el pelo casi del mismo color y un aspecto muy semejante a ella.

—¿Qué dijo Gertie? —preguntó Mason.

—Pues, en principio, creyó que era la misma *Cherie*

Chi-Chi

que volvía a la oficina.

—Bien. Echémosla un vistazo —decidió Mason, abriendo la puerta de su despacho privado.

Della Street, entretanto, cogió el teléfono:

—¡Que pase, Gertie!

Seguidamente, la secretaria colgó el auricular y se hizo cargo de su cuaderno de taquigrafía.

La joven que en aquel momento entraba en compañía de Gertie, saludó al abogado tendiéndole la mano, con un ademán casi idéntico a como *Cherie*

Chi-Chi

lo había hecho antes.

Mason, que permanecía de pie, se inclinó ante la visitante.

—Mi secretaria la señorita Street —presentó—. Ya puede marcharse, Gertie.

La aludida abandonó el despacho con evidente desagrado, lanzando un suspiro.

—Puede tomar asiento, señorita Fenton. La señorita Street es mi secretaria particular y no guardo secretos para ella. Suele anotar todo lo que dicen mis clientes, pero puede usted confiar en su absoluta discreción.

Lois Fenton se instaló en el sillón de cuero y respondió:

—Según tengo entendido, Arthur Sheldon ya le habló de mí. ¿No es cierto?

—Sí.

—Él me dijo que debería hablar con usted a fin de que se encargase de mis asuntos, en caso de que esto se complicase.

—¿Y cree usted que ha ocurrido eso?

—¿Es que ignora lo que le ha pasado a John Callender?

—No lo ignoro.

—¿Sabía usted que era mi marido?

—Así lo oí decir.

—Estaba a punto de solicitar el divorcio. ¿Puede influir el suceso en mi situación?

—En absoluto. Usted es su viuda. Si ha dejado testamento desheredándola, no tiene derecho a nada, excepto a los bienes gananciales. Si no hay tal testamento, entonces recibirá toda su fortuna.

—No me interesa el dinero; sólo me preocupa mi hermano Jasper Fenton.

—Como es lógico —le indicó Mason—, el hecho de que entre usted y su marido surgieran serias dificultades será para la policía digno de estudio.

—¿Insinúa que la policía sospechará que le he asesinado?

—Quizá.

—¿Quiere decir que probablemente seré acusada?

—Sí.

—Creo que lo mejor será que formule usted algunas preguntas.

—Antes, cuénteme exactamente lo que sucedió anoche, a fin de encontrarme en la debida situación.

—¿Sabe usted que yo estaba en el cuarto de Arthur cuando usted

llegó allá?

—Sí.

—¿Cómo se enteró?

—Encontré ciertos trapos que usted dejó abandonados en el canasto de desperdicios.

—Me encontraba en el cuarto de baño —explicó la mujer—. Podía oír lo que se hablaba. Esperaba que Arthur hiciese alguna alusión a mi presencia en el cuarto, pero no lo hizo. Yo me sentía terriblemente nerviosa. Cuando usted llamó, creí que sería mi marido. Corrí al cuarto de baño y me encerré, y al marcharse usted y regresar yo a la habitación de Arthur, comprobé que mi rostro era todo un espectáculo.

—¿Qué dijo su marido?

—Que debía marcharme en el acto y que procurase telefonearle para hacerle saber que había salido sin dificultades.

—¿Y qué hizo usted?

—Mientras me arreglaba frente al espejo, le dije que no podía ir al vestíbulo con aquella facha, sin que el detective del hotel pensase algo inconveniente.

—¿Y después?

—Estaba enterada de que John Callender tenía alquilado un cuarto enfrente. Sabía, además, que había mandado a buscar a mi hermano Jasper, al que se proponía hacerle un chantaje, a fin de herirme a mí, valiéndose de mi hermano.

—Continúe.

—Bueno, pues me marché del cuarto de Arthur, miré la puerta del 511 y, de repente, pensé que si lograba convencer a John de que jamás volvería a su lado hiciese lo que hiciese, tal vez éste dejase en paz a Jasper. Fue uno de esos impulsos que a veces experimentamos las mujeres y que...

—Infórmeme escuetamente de los hechos y sea breve —la interrumpió Mason—. Tenemos poco tiempo.

—Pues, llegué al 511 y llamé muy suavemente. John abrió la puerta. Le dije, entonces, que si insistía en molestar a Jasper jamás volvería a hablarle y que no conseguiría ya recobrarme valiéndose de mi hermano; que todo habría terminado definitivamente entre nosotros.

—¿Y qué hizo usted, después?

—Marché del cuarto. Él me acompañó irónicamente hasta la salida y mantuvo la puerta abierta. Creo que hubiese tratado de impedir mi partida, a no ser por una camarera que, en aquellos instantes, surgió en el pasillo. Me dijo entonces: «Parece, pues, que éste es el adiós definitivo». No respondí palabra y me dirigí al ascensor. Cuando cerró la puerta, comprendí súbitamente que le tenía miedo. Mientras marchaba hacia el ascensor, recuerdo haber visto un rótulo que decía «Escalera» a poca distancia de su habitación. Entonces me introduje por la puerta y me lancé escaleras abajo. Cuando llegué al entresuelo vi una serie de escritorios para los huéspedes y me instalé en uno de ellos, fingiendo escribir. Cogí una hoja de papel, la metí en un sobre y, seguidamente, marché al vestíbulo, en donde me desprendí de la supuesta carta tirándola al buzón.

—¿Qué hizo a continuación?

—Traté de encontrar a mi hermano.

—¿Y dónde trató de localizarlo?

—En distintos sitios. Llevé a cabo investigaciones en diversos clubs nocturnos, donde creía poder encontrarlo.

—Bien —le dijo Mason—. Ahora, deseo que me conteste con sinceridad a lo que voy a preguntarle, sin darme ninguna respuesta ambigua: ¿Volvió usted después, al hotel?

—¿Se refiere al Richmell?

—Sí.

—No, en absoluto.

—¿No volvió usted a ver a Callender sobre las dos y veinte?

—No.

Mason se alzó del asiento y paseó por el cuarto por breves instantes. De repente, se detuvo preguntando:

—¿No regresó usted, pues, al hotel a eso de las dos y veinte, ni se dirigió al ascensor, ni fue detenida por nadie?

La visitante movió negativamente la cabeza.

—Pues, el detective del hotel asegura lo contrario. Según él, le preguntó a dónde iba y usted le contestó que se dirigía a la habitación de un huésped; al interrogarle sobre quién era ese huésped, usted contestó que se trataba de John Callender.

—¿En modo alguno! Jamás ocurrió tal cosa.

—¿No telefoneó en compañía del detective, quien también habló

con Callender diciéndole que usted se encontraba en el vestíbulo?

—¡Repito que no!

—Cuando fue a ver a Callender, ¿llevaba un estuche de violín?

—No.

—¿Posee usted uno de estos instrumentos?

—Sí.

—¿Tiene estuche?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Entre mis efectos personales, en la trasera de mi coche. Cuando me separé de John, me propuse ganarme la vida por mí misma. Cogí las pocas cosas que poseía, las que en realidad me pertenecían, las puse en mi viejo automóvil y rogué a Jasper que lo condujese a la ciudad. Yo me fui a caballo. Sabía que en Club del Valle, en Brawley, podía encontrar trabajo y me dirigí allá. En efecto, inmediatamente me contrataron.

—¿Le fue robado el caballo mientras usted estaba allí?

—Robado o descarriado; yo supongo que lo primero. Lo tenía ensillado y con bridas. Ya hacía rato que había oscurecido. Como usted sabe muy bien, en esa región hace mucho calor y no es posible ir montada a caballo durante el día. Siempre hay que hacerlo aprovechando las horas nocturnas. Había cabalgado hasta segundos antes de iniciar mi trabajo, y cuando lo terminé, volví a montar por unos instantes. Cuando, finalmente, salté de la silla le dije al hombre que cuidaba del animal que esperara un par de horas antes de quitarle la montura.

—¿Por qué?

—Porque estaba sudando y también porque pensé que tal vez mi hermano quisiese montarlo.

—¿Le preguntó su hermano esa noche si podría montar su caballo?

—Sí. Había luna y a él le constaba que yo estaría trabajando en el club nocturno.

—¿Qué sucedió después?

—Perdí al caballo definitivamente de vista. Cuando a la mañana siguiente fui en busca del animal y pregunté al que se cuidaba de él si lo había despojado de la montura, éste me contestó negativamente, anunciándome que mi hermano había subido a él,

sin haberlo devuelto todavía. Aquello me pareció algo absurdo. Entonces, me dirigí a Jasper y éste me dijo que, en efecto, había ido a buscar el caballo, pero que el animal ya no estaba. Calculó que el cuidador lo habría desensillado, y renunció a la idea.

—¿Ató usted el caballo?

—No. Me contenté con abandonar las riendas sobre su lomo. Jamás se me ocurrió pensar que marcharía.

—¿Y cree usted que se marchó?

—A decir verdad, señor Mason, yo opino que el caballo fue robado. Cualquiera que se hubiese propuesto esto, pudo hacerlo fácilmente.

—Muy bien —dijo Mason—. Esto nos hace retroceder a su actuación en el valle Imperial. ¿Qué hizo usted después de dejar Brawley?

—Es una larga historia —respondió.

—Me gustaría conocerla.

—Desde mi primera actuación como bailarina tuve éxito. Creo que mi trabajo es de cierta calidad. Trato de hacer de mi danza un símbolo de gracia y libertad. No me limito a evolucionar, como tantas otras bailarinas de abanicos, sino que aspiro a vivir la danza. Usted se reirá pero así es. Me siento libre de ropas y de convencionalismos. La gente no siempre gusta estar esclavizada por los convencionalismos y..., bueno, hay cosas que no se pueden traducir en palabras.

Hizo una corta pausa y prosiguió:

—Había una muchacha que poseía un cuerpo muy parecido al mío y que aspiraba a convertirse en bailarina de abanicos. La conocí en un carnaval. Era una de las coristas. Vivía pasando bastantes privaciones y sacrificios, pero sin desmayar en sus ambiciones de conquistar fama y dinero. La chica, cuyo nombre es Irene Kilby, vino a verme cuando me casé. Me dijo que yo tenía formada una excelente reputación y que no había necesidad de que cancelase mis contratos, ya que ella podría adoptar mi nombre y dar cumplimiento a todos aquellos compromisos. Usaría el nombre de Lois Fenton y el teatral de *Cherie*

Chi-Chi

y trabajaría con todo entusiasmo a fin de hacerse un gran cartel a la mayor brevedad posible, para dejar de usar gradualmente mi

nombre.

—¿Y usted consintió?

—En aquel momento me sentí generosa y, en efecto, accedí.

—¿Hubo convenio por escrito?

—Sí. En esto fue donde cometí un error. Le entregué una carta especificando que podría usar mi nombre hasta que yo quisiera recobrarlo. Firmamos ambas, pero no guardé copia. Ella tiene la carta en su poder. Mi marido actuó como testigo. Cuando firmó con el carácter de tal, me dijo que aquel documento me protegería.

—¿Qué le ocurrió cuando abandonó Brawley?

—No vi razón alguna que me obligase, por entonces, a renunciar a mi antigua carrera, y le telefoneé al señor Barlow diciéndole que había perdido el programa de mi *tournee* y que me lo leyera por teléfono. Así lo hizo, y yo anoté todos los datos. Luego, le envié a Irene un telegrama informándola de que, desde aquel momento, nuestro acuerdo estaba liquidado y que ella debería recobrar su verdadera personalidad.

—¿Y qué hizo Irene?

—Me telegrafió diciéndome que había legalizado todos los certificados que yo tenía cuando me retiré para casarme, y que, ahora, eran de su propiedad, estando en su mayoría a nombre de *Cherie*

Chi-Chi

. Por lo tanto, yo estaba obligada, si persistía en mi idea, a conseguirme otros. A ella le constaba que yo no guardaba ninguna copia de la carta y que mi marido no movería un solo dedo para proteger mis derechos; al contrario, procuraría hacerme todo el daño posible. Incluso había terminado por obsequiarle con mis abanicos predilectos.

—¿Qué hizo usted?

—Resolví engañarla. Dicho sea de paso, Irene no vale gran cosa como bailarina de abanicos, simplemente marca algunos pasos de danza. Los abanicos los maneja perfectamente y trata de dar a su figura el máximo interés. Esto cae muy bien en cierta clase de espectadores, pero hay que tener en cuenta que también asiste gente seria a los clubs nocturnos. Se trata de quienes van en compañía de sus esposas o de sus novias y éstos no desean presenciar algo demasiado llamativo. Así pues, resolví partir

sencillamente para la localidad primera antes de que Irene lo pudiese hacer a fin de montar uno de mis espectáculos. Luego, cuando ella se presentase a reclamar que era la única autorizada para actuar, yo plantearía el problema entre la concurrencia y dejaría que el gerente decidiese entre ambas. Me constaba que la elección no iba a serle dudosa.

—¿Y qué resultado le dieron sus planes?

—Irene me venció. Estuvo en Palomino antes de que yo llegara a ese punto y su amigo Harry ya lo tenía todo arreglado. Decidí dejarla trabajar allí, con el pensamiento de marchar a la siguiente localidad donde tenía que actuar Irene, explicándole al gerente del local, que había terminado antes de lo que yo creía mi anterior compromiso, y que podría por lo tanto actuar como atracción fuera de programa, durante un par de noches, pagándome sólo medio sueldo o algo así.

—Después de que usted se separó de Callender en el hotel Richmell —le dijo Mason—, ¿cuenta con alguna buena coartada?

La mujer denegó con la cabeza y Mason añadió:

—Entonces, tengo que mantenerla fuera de la circulación durante un tiempo prudencial, Lois.

—¿Por qué?

—La policía la busca ahora. Revisarán los registros de hoteles, difundirán por radio una descripción suya y todos los coches patrulla de la ciudad andarán tras sus pasos.

—Esta ciudad es bastante grande —apuntó Lois Fenton.

—Sí, pero su aspecto es bastante llamativo. ¿No tiene otra ropa?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el hotel donde estoy alojada.

—¿Se ha registrado allí con su propio nombre?

—Naturalmente.

Mason osciló la cabeza e interrogó:

—¿Y no tiene alguna otra ropa en su automóvil?

—No.

Mason se paseó pensativo por el despacho y, al final, le dijo:

—No puedo dejar que vaya al hotel; no obstante, si no regresa, dará la impresión de que trata de escapar de algo y la policía puede interpretarlo como indicio de culpabilidad. ¡Ya lo tengo! La llevaré

a un sitio en donde la policía no la encontrará y, al mismo tiempo, donde es lógico que usted pueda estar sin necesidad de regresar al hotel para cambiarse de ropa.

—Pero un lugar así no existe —dijo la bailarina.

—¡Lo hay! —aseguró Mason—. Usted fue a ver su caballo. Conseguimos localizarlo en el Valle Imperial y, en estos momentos, está a punto de llegar a la ciudad.

El rostro de la joven se iluminó.

—¡Qué maravilla! Dígame, señor Mason, ¿está herido?

—No. Parece encontrarse perfectamente, salvo un pequeño arañazo. En el borde de la silla creo que hay incrustado un proyectil.

La bailarina frunció el ceño.

—Sospecho que esa es una de las maniobras de John. Así es como él trata de resolver los problemas. Esto debe ser parte de algún plan...

—No importa; John ha muerto. ¿Cómo se llama su caballo?

—*Starlight*.

—Muy bien. Usted quiere mucho a ese animal, y por eso acude a mi despacho. Sabe que *Starlight* ha sido localizado y que viaja rumbo a uno de los establos emplazados en los alrededores de la ciudad. A usted le consta, además, que el caballo está ligeramente herido: una raspadura en el lomo originada tal vez por un proyectil que rozó su piel. Es lógico, que usted quiera ver a su caballo en seguida. Después de lo sucedido, se siente intranquila y teme que quizá alguien trate de robárselo nuevamente. Desea, pues, permanecer junto al caballo. Usted debe ser una buena actriz.

—¿Pero qué demonios tiene que ver todo esto con el asunto?

—¡Diablos! —exclamó Mason—. Le estoy contando el argumento. ¿Tendré también que escribirle la novela?

12

En la reja, bastante alta, se leía el siguiente rótulo escrito en caracteres de color verde:

ACADEMIA DE EQUITACIÓN
Y ESTABLOS
ELITE - ACME

—¿Es este el lugar? —preguntó Mason.

Drake asintió y el coche se detuvo frente a un pequeño edificio en cuya puerta se leía «Oficina». Los tres pasaron al interior.

Un individuo que estaba escribiendo afanosamente, abandonó la pluma y miró a los visitantes.

—¿Qué se les ofrece, señores?

—Me llamo Drake —le dijo el detective—. Ya hablé con alguien de aquí respecto al alojamiento de un caballo.

—Fue conmigo —aclaró el hombre—. El caballo acaba de llegar y está todavía dentro del remolque, en los establos. El que lo traía no parecía estar muy enterado de lo que usted había dispuesto. Dígame, ¿qué clase de alimentación quiere usted que reciba su caballo? Tengo cebada de muy buena clase y...

—Avena y poco grano —le indicó Lois Fenton—. No quiero que engorde demasiado. En caso de que yo no pudiera venir aquí, ¿podría encargarse usted de procurar que haga un poco de ejercicio?

—Supongo que será manso.

—Sí, desde luego.

—Muy bien, ya lo arreglaremos todo.

—No quiero que cabalgue a campo traviesa —le dijo Lois Fenton—. Sólo por senderos y sin fatigarlo mucho.

—Sí, sí —replicó el hombre—. Dispongo de varios muchachos dignos de confianza y ya procuraré que el caballo realice ejercicios ligeros. ¿Quieren ir a verlo ahora, señores?

—Con mucho gusto.

—¡Por aquí! —indicó el hombre, abriendo una puerta trasera que daba a un espacio circular tras la reja. Al final de él, se encontraban los establos y, frente a ellos, un coche con un remolque de ganado. Dos hombres estaban descargando el caballo.

—¡*Starlight* —le llamó Lois Fenton—. ¡Aquí, *Starlight*!

El caballo volvió la cabeza con las orejas rectas y relinchó.

—¡Suéltelo! —le dijo Lois Fenton al hombre que sujetaba al animal.

—Déjelo libre.

El aludido soltó las riendas y *Starlight*, libre ya, se dirigió hacia su ama.

—Vean qué inteligente es —dijo Lois Fenton—. Sabe que debe detenerse cuando las riendas están sueltas, pero, si quiere caminar, mueve la cabeza a uno y otro lado a fin de no pisarlas.

Lois Fenton avanzó unos pasos y el caballo llegó hasta ella, relinchó nuevamente y colocó su húmeda nariz sobre la mejilla de la muchacha.

—No hay duda de que el caballo es suyo —rió el hombre que atendía a los establos.

—¿Dónde se encuentra la silla? —preguntó Mason, dirigiéndose al agente de Drake que manejaba el remolque.

—En la parte trasera del coche —respondió el aludido—. Le puse bridas nuevas; las antiguas están con la montura. Una de ellas está rota y en mi poder tengo el extremo de ella.

—¿Quiere usted algún anticipo? —le preguntó Mason al dueño de la academia de equitación.

—Es lo acostumbrado.

Mason sacó la cartera y le tendió al hombre un billete de cincuenta dólares.

—Cuide bien de este caballo.

—Naturalmente; es mi obligación —respondió el hombre mientras se guardaba el billete en el bolsillo del pantalón—. Se encontrará sin novedad. ¿De dónde viene? ¿Del Valle Imperial?

—De por aquí cerca —respondió Mason— la señorita desearía

estar cerca de su caballo durante unos dos días. ¿No habrá por aquí algún lugar donde pueda alojarse?

—Sí, a un cuarto de milla de aquí, aproximadamente.

—¿Es buen sitio?

—Sí.

—Perfectamente —dijo Lois Fenton—. Estaré allí y, cuando desee ver al caballo, telefonearé. ¿Podría usted mandarlo con un muchacho?

—Desde luego; si no es más lejos, claro está.

Lois Fenton sonrió al abogado diciéndole:

—En fin, ya está todo arreglado, y no tiene por qué preocuparse más de mí.

13

La oficina que Perry Mason buscaba se encontraba en un elevado edificio, en el cual reinaba una atmósfera de evidente descuido.

El ascensorista que tenía a su cargo el lento y chirriante aparato, miró con atención al abogado cuando éste le preguntó la dirección de la oficina de Sidney Jackson Barlow.

—Cuarto piso —dijo al cerrar la puerta del ascensor—. Doble a la derecha y no podrá perderse.

Era un corpulento individuo de cabellos rubio-castaño. Ahora, sólo le quedaban algunos mechones en la nuca. Un desmayado bigote adornaba su labio superior.

—¿Hace mucho que conoce usted al señor Barlow? —le preguntó a Mason.

—No.

—Es una excelente persona.

Llegó el ascensor al cuarto piso y Mason se encaminó a la oficina del agente. En la puerta colgaba un rótulo que decía: «Sidney Jackson Barlow. Pase».

Mason aceptó la invitación impresa y empujó la puerta.

La oficina disponía de una larga hilera de sillas colocadas junto a la pared. Pretendíase tal vez con ello impresionar al visitante, dándole la impresión de que los negocios de Barlow eran de proporciones vastísimas y que la marcha normal de sus actividades exigía numerosas sillas para acomodar al gran número de artistas que deberían aguardar antes de enfrentarse con el importante señor Barlow, refugiado en su despacho privado.

Cuando Mason traspasó la puerta, llegó a sus oídos el rumor de un zumbido que provenía del despacho privado del agente. Indudablemente, algún dispositivo eléctrico colocado bajo la alfombra le avisaba de la llegada de los visitantes.

Casi instantáneamente apareció una suculenta rubia que llevaba en su mano un cuaderno de apuntes taquigráficos, tres o cuatro lápices y media docena de cartas. Cerró la puerta y se dirigió apresuradamente hacia la máquina de escribir que había en un rincón. Su conducta correspondía con la de quien se ve obligado a dar cima a un intenso trabajo y lucha encarnizadamente por aprovechar hasta el último minuto.

—¿Desea ver al señor Barlow? —le preguntó.

—Justamente.

—¿Su nombre, por favor?

—Mason.

—¿Viene a verle para hablar sobre algún programa?

—Poco más o menos, sí.

—¡Un momento! —le indicó la rubia con dulzura. Se dirigió al despacho privado y penetró en él cerrando la puerta para reaparecer, al cabo de diez o quince segundos con el mismo rostro sonriente—. Ya puede pasar, señor Mason.

Sidney Jackson Barlow aparecía sentado tras una mesa escritorio literalmente cubierta de papeles. A primera vista, hubiérase dicho que habían sido dispuestos en descuidada confusión, pero un observador más sutil habría advertido que las cartas estaban colocadas sobre los telegramas de tal modo que las fechas no fuesen visibles. Las paredes aparecían decoradas con docenas de fotografías de mujeres semidesnudas y casi toda ellas ostentaban afectuosas dedicatorias escritas, en su mayoría con letra irregular.

Barlow era un individuo calvo y obeso. Contempló fríamente al visitante a través de sus gruesas gafas.

—¿Qué desea, señor Mason?

—Me gustaría que me hablase de cierta atracción.

—Perfectamente. Contamos con un surtido excelente. Podemos ofrecerle casi todo lo que usted desee en materia de entretenimientos.

—Deseaba especialmente verle a usted para hablar sobre una bailarina de abanicos.

—¡Comprendo! Algo más bien íntimo, para una reunión reducida ¿no señor Mason? ¿O por ventura está usted encargado de algún club nocturno?

—Quisiera hablar con usted acerca de una bailarina llamada

Lois Fenton, cuyo nombre teatral, según parece, es *Cherie Chi-Chi*

Los fríos ojos del agente se velaron instantáneamente.

—¡Ya! Pues como usted debe saber nuestras direcciones son...

—No se trata de eso —le atajó Mason—, ¿no se le ha ocurrido a usted pensar que tal vez, pueda ser usted culpable de fraude en relación con dicha bailarina?

—Temo no comprenderle, señor Mason.

—La Lois Fenton de la cual es usted en este momento su agente, no es la misma Lois Fenton que representaba hace seis meses.

—¿Cómo? ¡Imposible! —exclamó Barlow—. Más aun, señor Mason, me gustaría saber qué pretende al formular semejante acusación.

—Soy abogado.

—¡Ah!

—Mi nombre es Perry Mason —continuó disponiendo una tarjeta al alcance de Barlow—. Tal vez, haya oído usted hablar de mí.

Esta vez la exclamación de Barlow cobró un matiz de desmayo.

—¿Asiste a la actuación de sus representadas antes de inscribirlas en su registro?

—Por supuesto.

—¿Vio usted bailar a Lois Fenton?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No recuerdo bien, señor Mason. Hace ya algún tiempo. No podría concretarle la fecha exacta.

—¿Qué impresión sacó de su arte?

—Es una excelente bailarina de abanicos, señor Mason.

—¿Posee usted fotografías de ella?

—¿Fotografías profesionales?

—Exacto.

—Sin duda que las tendré. ¿Quiere verlas?

Mason asintió con un ademán y Barlow usó un timbre. Se abrió la puerta y apareció la rubia secretaria.

—¡Dígame, señor Barlow!

—Deme el archivo de Lois Fenton.

La muchacha se dirigió a un mueble de acero, abrió un cajón y extrajo un par de docenas de brillantes fotografías, tendiéndole dos a Barlow, quien, a su vez, se las presentó a Mason.

Las fotografías mostraban a Irene con un traje de calle parecido al que vestía cuando acudió al despacho de Mason; la otra fotografía la mostraba con los dos abanicos.

Mason estudió los dos retratos y después se dirigió a Barlow.

—Tal como me lo suponía ha resultado ser. No se trata de la misma muchacha.

—¡Cómo! —exclamó su interlocutor con acento de incredulidad.

—Lo que ha oído; no es la misma muchacha.

Barlow cogió las dos fotografías que colocó una junto a otra, comparándolas.

—¡Maldición! —exclamó.

La rubia secretaria se había acercado a su jefe y miraba por encima de su hombro.

—¿Cómo diablos no logró descubrir usted esto, Elsie? —le preguntó Barlow.

Pero la muchacha no despegó los labios. Barlow abandonó la fotografía sobre el escritorio, y contempló detenidamente a Mason, antes de decirle:

—¿A quién representa usted?

—A Lois Fenton.

—Bueno... pero ¿a cuál de ellas?

—A la auténtica.

—¿Y cómo diablos no he oído hablar de ella antes?

—Mi cliente ignoraba lo que ocurría.

Barlow se humedeció los labios con el extremo de la lengua, al tiempo que la secretaria lanzaba una exclamación.

—¡Elsie! —le dijo Barlow—. Le ruego que no se mezcle en esto. Es un asunto de...

—¡Pero es que eso no es posible! —exclamó la muchacha esta vez con más vehemencia.

Barlow suspiró y compuso el gesto de quien nada más puede hacer. Se dirigió a Mason, diciéndole en tono de excusa:

—Mi secretaria es quien se encarga de los registros.

Después de esta declaración, el hombre se retrepó en el sillón y unió ambas manos tras de la nuca, dando a entender mediante este

ademán que se retiraba de la conversación tan efectivamente como si hubiera tendido una cortina entre su visitante y él. Mason intervino, diciendo:

—Según parece, su secretaria se siente un poco escéptica.

—En efecto, lo soy en este asunto —declaró la muchacha—. No creo que Lois Fenton ignorase que alguien invadía su terreno. Eso es algo absurdo. La fotografía de *Cherie*

Chi-Chi

fue tomada hará ya tres meses.

—Es que la señorita Fenton ha estado ocupada —replicó Mason.

—Es lo que dice usted.

—¡Vamos, tranquilícese —intervino Barlow—, y no ofenda al señor Mason!

—La señorita Fenton se casó —explicó Mason—, y, como después tropezó con ciertas dificultades domésticas, ahora desea volver a su profesión. Asegura que, debido a su negligencia señor Barlow, alguien se ha aprovechado de su reputación como artista, al parecer de acuerdo con usted.

—¡Bueno! —interrumpió la rubia bruscamente—. ¿Qué busca usted, en resumidas cuentas?

—Entrevistarme con la persona a quien ustedes registran ahora como Lois Fenton, o *Cherie*

Chi-Chi

. No hay duda de que ustedes tendrán su dirección.

Barlow se pasó la mano pensativamente por el mentón y, al final, le dijo:

—Creo conveniente antes consultar a mi abogado.

—Si usted lo prefiere así, conforme —le respondió Mason—. Creí que tal vez podría mantenerle al margen del asunto si se comprobaba que usted había sido la víctima inocente de un malentendido.

En aquel momento intervino la rubia:

—¡Al demonio con ese abogado! Déjeme solucionar este enredo. Sidney.

Se sentó cerca de Mason, sobre un extremo de la mesa, con un pie apoyado en la alfombra y el otro, colgando de ella, moviéndose nerviosamente.

—¿Qué ocurriría si usted habla con esta mujer y se comprueba

que nos engañó?

—En tal caso, mi cliente les libraría a ustedes de toda responsabilidad.

—¿Y si ella no desea recibirle?

Mason sonrió.

—Eso sería clara señal de la buena fe de ustedes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ustedes no necesitan comunicarle una sola palabra sobre mi misión. Simplemente, podrían decirle que cierto individuo interesado en descubrir a una artista estaría en su casa dentro de una hora, y que ustedes estimaban conveniente que ella hablase con él.

—Tal paso podría acarrearos dificultades —murmuró Barlow.

—¡No intervenga Sidney! —exclamó la rubia—. ¿Qué clase de entrevista será esa, señor Mason?

—Lo ignoro. Dependerá de las circunstancias.

—¿Violenta, tal vez?

—No creo. Sólo deseo conocer los hechos.

—¿Para qué?

—A fin de proteger a mi cliente.

—No creo que sea usted tan ingenuo como para suponer que puede presentarse ante el Tribunal y procesar a una bailarina, con la intención de sacarle algo.

—Tal vez después de la entrevista la situación cambiase.

Los ojos de la secretaria se entornaron al fijarse en Mason.

—¿En una hora?

—Si, ¿por qué no?

La secretaria se volvió para mirar a Barlow, diciéndole:

—Bien, ¿por qué no, entonces?

El aludido se encogió de hombros y la muchacha le dijo a Mason:

—Bueno. La llamaremos aquí.

—¡Gracias!

Mason se retiró y, desde el teléfono de una farmacia situada a corta distancia de allí llamó a su oficina, utilizando el número no registrado correspondiente al teléfono de su despacho privado.

Cuando Della Street le contestó, su jefe le advirtió:

—Tenga cuidado con lo que dice. ¿Hay alguien ahí?

—No.

—¿Y en el otro despacho?

—Dos clientes que no tenían hora. Les dije que usted se encontraba fuera y que ignoraba si regresaría. Decidieron esperar un poco con la esperanza de verle.

—¿Nadie más?

—No, nadie.

—¿Y no llamó alguien?

—No.

—Escuche bien, Della: me sigue alguien. Creí en principio que sería la policía, y el hecho de que no me hayan llamado a la oficina parece confirmarlo.

—¿Cuánto tiempo lleva usted arrastrando la cola?

—Desde que salí del despacho para venir a ver a Barlow.

—¿Qué desea que haga?

—Condúzcase como si supiese perfectamente dónde me encuentro. No quiero que la policía piense que he tratado deliberadamente de burlar su vigilancia.

—¿Se ha zafado ya de ella?

—Todavía no.

—¿Piensa hacerlo?

—Sí. Supongo que el teniente Tragg irá a ver a Barlow para hacerle ciertas preguntas y que, después hará otro tanto con usted. Dígale que yo le comuniqué que pensaba salir de la ciudad por motivos de negocios y que no regresaría hasta mañana por la noche.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Cierre la oficina a las cinco y váyase a su casa. Tal vez la siga alguien. Si es así, no se dé por enterada. Recuérdelo.

—Conforme. ¿Alguna cosa más?

—Sea una buena chica —le dijo Mason.

—¿Tendré también que fingir en ese sentido? —le preguntó Della.

14

El fresco de la madrugada acariciaba el campo desierto como los dedos al posarse sobre la frente de un enfermo.

Mason condujo el coche hasta el rancho de Frank Loring Nolan, y, una vez en él, giró el volante hasta disponer el vehículo junto a la puerta trasera.

Un perro comenzó a ladrar. Se abrió la puerta y un hombre bastante grueso surgió por ella.

—¡Silencio, *Butch*!

El perro movió el rabo y dejó de ladrar, mientras el hombre se dirigía al automóvil.

Mason abrió la portezuela y saltó al suelo, saludando sonriente.

—¿Es usted Nolan?

—Justamente.

—Me llamo Mason.

—¡Mucho gusto en conocerle!

—Al parecer, está usted bastante ocupado, ¿eh?

—Siempre hay algo que hacer.

—No quisiera hacerle perder el tiempo, pero tendría interés en...

—¿En descubrir algo sobre un caballo? —completó tranquilamente Nolan.

—¿Cómo lo sabe usted?

El hombre se echó a reír.

—Ese caballo parece que se está haciendo famoso.

—¿Por qué lo dice?

—Ha venido mucha gente a preguntar por él. Primero estuvo aquí un individuo que se dijo representante del propietario. Era un joven de buen aspecto. Pretendió pagar todos los gastos y llevarse el caballo. Conocía perfectamente al animal y no cabía duda de que parecía decir la verdad.

—Ya sé algo de eso —le interrumpió Mason—. Representaba, en

efecto, al propietario.

—¡Bueno! —dijo Nolan—. Yo soy un hombre bastante confiado, pero mi mujer no es lo mismo, y anotó el número de la matrícula del coche en que vino ese joven.

Mason asintió con aire de aprobación y el hombre continuó:

—Un par de horas después de haberse marchado, llegó otro individuo a interesarse también por el caballo. Dijo que era un detective y quiso saber por qué creí yo que el anterior visitante representaba al propietario. Le contesté que aquel joven me había hecho una descripción tan completa del animal que estimé que no podía engañarme. Entonces, el detective argumentó que con ese procedimiento cualquier tunante podía alegar que era el dueño del puente de Brooklyn. Aquellas palabras suyas me hicieron cavilar. Entonces, hablé con mi mujer y me enteré de que había anotado el número del coche. Se lo di al detective y éste se marchó.

—¿Ocurrió algo más, después?

—Anoche vino el *sheriff* a verme y también me interrogó acerca del caballo. Quiso saber cómo vino a mis manos y me aconsejó que no fuese muy locuaz con los que vinieran a interesarse por el asunto.

—¡Está bien! —le dijo Mason—. Si usted me indica con anterioridad de qué cosas puede hablar y de cuáles no, creo que mis preguntas no le molestarán.

El hombre rió alegremente.

—Me parece que usted es abogado.

—¡Justamente! —admitió—. Me llamo Mason.

—¡Aguarde! Creo que he oído antes ese nombre. ¿No es usted Perry Mason?

—Sí.

—¡Encantado de conocerle! He leído bastantes cosas sobre usted y jamás me figuré que le encontraría en circunstancias como éstas. Dígame, ¿por qué tiene tanto interés por ese caballo?

—Trato de descubrir algo que puede ayudar a un cliente. Como usted debe saber, hay cosas sobre las cuales un abogado no debe hablar. ¿Cuándo llegó el caballo?

—En la mañana del día 12. Una hora antes del amanecer.

—¿Cómo llegó?

—Pues como llegan siempre: marchando sobre cuatro patas. ¿De

qué otro modo esperaba usted que hubiese llegado?

Mason sonrió.

—Tal vez pudiese haber venido en paracaídas, desde un avión de bombardeo...

—Pues, no señor. Llegó, como le he dicho poco antes del amanecer y el perro comenzó a ladrar. A *Butch* jamás se le ocurre ladrar a la luna y cuando mete ruido es porque ocurre algo anormal. Creí que se trataría de alguna zorra que pretendería robarme las gallinas y me levanté, haciéndome cargo de la escopeta y de una linterna. Apenas me vio, el perro corrió delante de mí para mostrarme al intruso. Entonces fue cuando vi el caballo ensillado y con bridas.

—¿Qué hizo usted?

—Lo conduje a la cuadra, secándolo, le di algo de avena y, finalmente, le desojé de la silla.

—¿Notó usted algo peculiar cuando le quitó la montura? —Nolan apretó los labios y miró a Mason.

—¡Comprendo! Se trata, sin duda, de una de las cosas sobre las que usted no puede hablar.

—No he dicho una palabra —le dijo Nolan—. Si pretende leer en mi mente no puedo impedirselo.

—¿Salió usted a localizar sus huellas? —le preguntó Mason.

—He ahí una pregunta curiosa —le dijo Nolan—. Usted parece que haya vivido en el campo. A nadie se le ha ocurrido preguntarme eso.

—¿Lo hizo o no?

—Sí. Salí y traté de encontrar las huellas. El caballo había venido procedente del Norte. Se apreciaban claramente sus huellas sobre el polvo. Luego se desvió marchando por la carretera. No podría decirle cuanto tiempo estuvo en ella. Probablemente, hubiese podido seguir las huellas, pero en aquel momento, no vi razón especial que me obligara a ello. Anduve una milla poco más o menos, tratando de ver si había algún jinete tirado por el camino. No encontré a nadie y pensé que tal vez el jinete caído lo hubiese recogido algún automóvil al pasar por allí.

—¿Supuso que el caballo se había espantado?

—Sí. Estos caballos del Oeste son adiestrados en forma distinta a los del Este. Un buen caballo de ganado siempre se mantendrá

inmóvil si las riendas caen a tierra. Esta es la razón de que los ganaderos suelen usar riendas partidas.

—Hice varios ensayos con el caballo. Lo monté varias veces, desmonté y solté las riendas para ver lo que hacía.

—¿Y qué ocurrió?

—Permaneció inmóvil como si estuviese atado. Los caballos son animales muy inteligentes, señor Mason. Cuando uno ha sido adiestrado para mantenerse quieto como este animal, si se decide a caminar, es porque ha visto algo que no le agrada en absoluto. ¡Ah!, el caballo tenía una rienda rota.

—¿Le preguntó alguien sobre ese extremo?

—No; los que vinieron parecían saberlo todo. Usted es el primero que viene sin comportarse como conocedor de todos los detalles y sin temor de que yo me proponga engañarle.

Mason se echó a reír.

—¿Trató usted de espantar al caballo para comprobar...?

—No me creo autorizado a responder a esa pregunta —le interrumpió Nolan.

—¿Le ha impuesto alguien silencio en este sentido?

—Nadie me ha dicho una palabra.

—Entonces no veo la razón que le impida hablar.

—Es que, verá usted, señor Mason, procuro mantenerme en buenas relaciones con el *sheriff* de aquí, quien, a su vez, es bien mirado por la policía de la ciudad, y me inclino a creer que existe alguna razón por la que ellos no quieren que hable de ciertas cosas.

—Entonces, seamos francos —exclamó Mason—. Me consta que había un orificio de proyectil en el borrén y que la policía le recomendó, por lo visto, no hablar para nada del tema. No seré yo el que intente tirarle de la lengua. Sólo me gustaría saber si tuvo la idea de asustar al caballo llevando a cabo cierta prueba.

—¡Parece usted adivino! —sonrió Nolan.

—¿Quedamos, pues, en que usted ensilló el caballo, le puso las bridas, lo llevó al campo, desmontó y dejó sueltas las riendas, en espera de lo que haría el animal?

—¡Exactamente!

—¿Y qué hizo?

—Nada. Se quedó quieto.

—¿Y no dispararía usted, entonces, un tiro?

—Creo, señor Mason, que entiende usted bastante de caballos —le dijo Nolan, mirándole con cierta admiración—. Disparé, en efecto, un tiro y el caballo dio un respingo, alejándose rápidamente.

—¿Y no le preguntó la policía nada sobre esto?

—Nada.

—Me gustaría conocer a su esposa —dijo, de pronto, Mason.

—Los extraños la intimidan bastante —le explicó Nolan—. Es algo tímida.

—De todos modos, me agradaría verla.

—¡Venga conmigo!

Nolan guió al abogado, hasta una cocina, en donde trajinaba una mujer con los platos.

—¡Aquí tiene a mi esposa! —le dijo Nolan—. Este es el señor Mason.

La mujer se enderezó, secándose las manos con un paño; miró al abogado con recelo, sonrió y, al final, le tendió la mano.

—¿Cómo está usted?

—¡Encantado de conocerla, señora Nolan! Según su marido, parece que es usted el miembro receloso de la familia.

Los finos labios de la mujer dibujaron una línea sobre el rostro.

—Siempre se dicen cosas —apuntó la mujer.

—¿Y es, en realidad, usted recelosa?

—Alguien tiene que velar por lo que ocurra o pueda ocurrir. Para mi marido todo el mundo es un bendito, o algo por el estilo. Es capaz de regalar hasta la camisa y está convencido de que todos los hombres son honrados y sinceros.

Mason sacó gravemente la cartera, extrajo de ella un billete de cincuenta dólares y se lo ofreció.

—¿Qué es esto? —preguntó la mujer.

—Un pequeño estímulo para que usted continúe siendo recelosa.

—Pues, no lo acepto.

—Su marido es comunicativo y hospitalario.

—¡Demasiado! ¿Por qué me ofrece usted este dinero?

Mason le dijo:

—Para que, en caso de que alguien más venga a hacer preguntas sobre el caballo, usted se encargue de dirigir la conversación.

—No creo que hubiese mucha conversación —rió Nolan—. Ella...

—¡Haz el favor de callarte, Frank! —le atajó su mujer—. Creo que este señor desea pagarme para que tú no despegues los labios. ¡Acepto el dinero! ¿Sobre qué quiere usted que mantenga el silencio?

—Sobre todo —le indicó Mason.

—Perfectamente. Es un modo muy cómodo de ganar dinero. Haré que mi marido se mantenga con la boca cerrada y me quedaré con los cinco dólares.

—Perdón. El billete no es de cinco dólares.

—¿No?

Mason denegó con la cabeza y la señora Nolan se acercó a la luz a fin de examinar el billete.

Mason sonrió ante la incrédula sorpresa que revelaba la mujer y, después, estrechó la mano de Frank Nolan.

—Muchas gracias por todo.

A continuación, salió de la casa y subió al coche, dirigiéndose hacia el Norte, escoltado un rato por los ladridos furiosos del perro.

A milla y media de distancia, aproximadamente, se desvió de la carretera, dirigiéndose hacia una hacienda rotulada «Campo».

Una anciana mexicana con el brazo derecho vendado, avanzó lentamente por el amplio porche de la rústica vivienda y desapareció por una puerta.

José Campo salió a recibir al visitante.

—¡Buenos días! ¿Qué se le ofrece?

—¿No se acuerda usted de mí? —le preguntó Mason.

—Pues..., creo que sí. Me parece haberle visto antes en algún sitio, aunque no pueda precisar dónde.

—Vinimos a averiguar el estado de una mujer que se había fracturado un brazo. Pertenezco a una compañía de seguros.

—No hace falta que se preocupen en absoluto —le dijo Campo, accionando sus manos en un ademán de rechazar una supuesta dádiva—. No fue nada y no he formulado reclamación alguna. Por otra parte, no tengo ningún seguro.

—Pero el otro individuo sí estaba asegurado.

—Le digo que todo está conforme; no reclamamos nada.

—¿Y el brazo, se ha curado ya?

—El doctor dice que pronto estará bueno y sano.

—¿A qué médico llevó usted a la paciente? —preguntó Mason.

—A uno de Redlands.

—¿Por qué eligió un punto tan lejano?

—En Redlands hay muy buenos médicos.

—Tal vez —convino Mason—, pero ¿por qué ir tan lejos?

—Fue ella la que quiso ir allá, señor.

—Perfectamente. Hablemos ahora del caballo.

—¿Del caballo...? ¡Ah, sí! Recuerdo que usted estaba en el camino cuando se produjo el accidente.

—Quisiera saber algo sobre ese caballo, que Callender le dio a guardar.

—No fue Callender, sino el otro.

—¿Qué otro?

—¿Conoce usted a una bailarina llamada *Cherie*

Chi-Chi

?

—¡Naturalmente! Vino aquí en compañía de ese individuo para el asunto del caballo. ¡Cuántos engorros nos ha proporcionado ese animal!

—Hablemos francamente —le dijo Mason—: Relátame lo ocurrido desde el principio.

—Fue el día del accidente, una fecha desdichada, sin duda.

—¿Qué ocurrió ese día?

—Se inició con la llegada al rancho de ese individuo y de la bailarina, que traían el caballo.

—¿Cómo trajeron el caballo al rancho?

—El gordo venía montado en él.

—¿Y *Cherie Chi-Chi*, la bailarina?

—Venía en el coche que caminaba muy despacio detrás del animal. Al escuchar el ruido, encendí las luces y salí a ver qué pasaba. Ambos se condujeron con toda amabilidad, expresándome sus deseos de que me hiciese cargo del caballo. Sus instrucciones eran que escondiese al caballo en el establo donde nadie pudiese verlo, debiendo tener mucho cuidado con la silla y las bridas. Me pagaron bien. En este sentido no puedo quejarme.

—¿Y qué pasó, después?

—Pues, más tarde, ese día del accidente...

—El miércoles once, ¿no es eso? —le interrumpió Mason.

—Creo que sí.

—¿Qué ocurrió ese día?

—El hombre me telefoneó diciéndome que le pusiese la montura y las bridas al caballo dejándolo listo.

—¿Listo para qué?

—Lo ignoro. Sólo sé que me dijeron que tuviese el caballo listo para la noche.

—¿Y no recuerda algunas otras instrucciones?

—Se me advirtió también que si alguien preguntaba por el caballo debía decir que llegó al rancho con la silla y las bridas, tal como yo las había dispuesto últimamente, y que, temiendo verme envuelto en dificultades, había resuelto llevarlo a la oficina del *sheriff*. Siguiendo las órdenes, ensillé el caballo por la noche, con la intención de llevárselo al *sheriff* por la mañana. Cuando me disponía a hacerlo, sentí un gran jaleo en el gallinero. Era un coyote. Yo ya tengo alguna experiencia con estas alimañas. En cuanto escuché el bullicio en el gallinero, cogí la escopeta y salí a la puerta trasera con una linterna. Mantuve en alto la linterna y vi los ojos del coyote clavados en mí. Entonces disparé, pero no le di y el caballo salió huyendo.

—¿Adónde se fue?

—Lo ignoro. Creí que no marcharía lejos, y, en la oscuridad, me lancé en pos del coyote, pensando buscar al caballo en cuanto aclarase.

—¿Es decir, que usted dejó que el caballo se fuese?

—No señor; no fue esa mi intención. Esperaba que se hiciese de día para localizarlo.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pues, que el individuo que vino con el caballo, un tal Harry, Harry Cogswell, para más señas, me telefoneó. Debía llevarle inmediatamente el caballo al *sheriff*, haciéndome cargo de dos abanicos que la muchacha dejó en el rancho cuando estuvo aquí.

—¿Y qué debía hacer con los abanicos?

—Harry me explicó que él se haría cargo de ellos en Brawley. Al hacerse de día no pude encontrar el caballo por ninguna parte. Pensé que, si las riendas se habían caído, permanecería inmóvil como si estuviese atado y guardaba la esperanza de dar con él en la carretera. Pero todo fue inútil.

—¿Qué hizo, entonces?

—Encargué a mi tía María González que llevase los abanicos a Brawley, para entregárselos a Harry, mientras yo me disponía a reemprender la búsqueda del animal.

—¿Lo encontró?

—No, señor. Además, no me atrevía a hacer indagaciones, recordando el sigilo que Harry me había encarecido. Según él, no debía decirle a nadie una palabra del caballo.

—¿Y no se le ocurrió a usted buscarlo por las huellas?

—¡Claro que sí! Le seguí el rastro. Marchaba con las riendas colgantes y debió escapar por una de las puertas de la valla que estaba abierta. Cuando me convencí de que no lo encontraría, no supe qué hacer. Supuse que preguntando a los vecinos tal vez conseguiría localizarle, pero, recordando las instrucciones, no me atreví a hacerlo. Entonces, en vista de que mi tía ya había partido, decidí ir a su encuentro, para decirle que le preguntase a Harry si podía hacer averiguaciones. Subí al coche y partí a toda velocidad para alcanzarla. Usted ya conoce el resto. Llegué cuando se había producido el accidente, del que ella salió con el brazo fracturado.

—¿Y los abanicos?

—Le juro, señor, que no los robé, y que mi tía tampoco lo hizo. Somos pobres pero honrados. Los abanicos los dejaron olvidados.

—¿Qué dijo Harry?

—Se enojó mucho. Suponía que habíamos intentado robar los abanicos; me dijo que era un inútil y que por indolencia mía se había perdido el caballo.

—¿Cómo supo usted el nombre completo de Harry?

—Él me lo apuntó en un papel.

—¿Lo tiene?

—No; no sé dónde habrá ido a parar.

—¿Y no podría buscarlo?

—Ya lo hice, pero lo he perdido.

—Entonces, usted está seguro de que se llama Harry Cogswell y de que podría reconocerlo si lo viese otra vez, ¿no?

—Indudablemente.

Mason le estrechó la mano, al tiempo que le decía:

—Le será muy conveniente recordar todo lo sucedido.

15

A primeras horas de la tarde, Mason se detenía con su automóvil frente al campamento de coches donde había dejado a Lois Fenton la tarde anterior. Reinaba en él esa atmósfera de calma soñolienta tan característica de tales lugares a la hora del mediodía, cuando hace ya tiempo que partieron los primeros viajeros y los nuevos clientes se encuentran todavía viajando a muchas millas de distancia.

Mason subió ágilmente los peldaños que conducían al *bungalow* arrendado por Lois Fenton, y llamó con los nudillos en la puerta.

—¿Quién es?

—Mason.

La mujer franqueó la entrada.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Tiene usted mucho mejor aspecto, ¿qué tal se ha dormido?

—Sólo he conseguido hacerlo a ratos.

—Bueno —le dijo el abogado después de una pausa—, creo que va a ser usted arrestada.

—¿Cuándo?

—Tal vez muy pronto. La policía ha seguido el rastro de su caballo y, dentro de pocas horas, darán con él y con usted. Lo mejor será que abandone el escondrijo. Condúzcase como lo haría cualquier mujer en su situación y deje que la detengan.

—¿Cómo descubrieron al caballo?

—Recorrieron todo el valle y, finalmente, localizaron al hombre que lo escondió.

—¿Qué cree que debo hacer?

—Comenzar por decirme la verdad.

—¿Sobre qué?

—Por ejemplo, sobre aquella pensión de *East Lagmore*.

La mujer se mordió los labios y Mason le dijo con impaciencia:

—¡Hable y déjese las lágrimas para otra ocasión!

—No pensaba llorar.

—Hable, entonces.

—Arthur me dijo que no debía decirle a nadie una palabra de eso, ni siquiera a usted.

—Cuando Sheldon abandonó el hotel —la atajo Mason—, se dirigió a una pensión que hay en el número 791 de *East Lagmore*, en donde se inscribió. Ahora bien, lo extraño es que inscribió su nombre bastante antes de que supiese que debía abandonar el hotel. ¿Sabe usted por qué hizo eso?

Durante unos instantes la muchacha guardó silencio. Por último, habló:

—Se debió a mi hermano Jasper.

—¿A su hermano?

—Sí. Jasper pensaba venir a la ciudad y como es lógico, di los pasos para encontrarle un cuarto. Los hoteles estaban atestados y Arthur pudo, al fin, conseguir habitación en esa pensión. La alquiló a su nombre y se hizo cargo de la llave. Como ya le he dicho, nos proponíamos instalar allí a Jasper y, al no aparecer éste. Arthur lo ocupó cuando se vio obligado a salir del hotel.

—Perfectamente. ¿Y fue usted allá?

—¿Se refiere a la pensión?

—A eso me refiero.

—Sí; a las cuatro de la madrugada.

Mason emitió un tenue silbido y, finalmente, le dijo:

—¿No fue de eso de lo que Sheldon le recomendó que no le hablase a nadie?

La mujer asintió con un ademán.

—¿Estuvo usted allí con Sheldon?

—No, con Sheldon no. Tomé otro cuarto; había algunos otros disponibles.

—¿Por qué alquiló usted ese cuarto aparte?

—Yo... Bueno, Arthur me dijo que necesitaba verme. Por cierto, que Arthur me comunicó que, cuando llegó al cuarto, encontró algo en él.

—¿Había alguien allí?

—No; no se trataba de ninguna persona, sino de uno de mis abanicos. Pero era horrible, estaba manchado de sangre.

—¿Y le dijo Arthur que lo había encontrado cuando llegó él al cuarto?

—Precisamente.

—¿Qué hizo usted?

—Alquilé un cuarto de la misma pensión y me dediqué a lavar el abanico. Corté con unas tijeras lo que no pude limpiar.

—¿Y después?

—Me deshice del abanico, tirándolo.

—¿Dónde?

—En un sitio donde no lo encontrará nunca.

—Jamás existe un lugar de donde se pueda afirmar eso — sentenció Mason.

—Sí, lo hay. Lo llevé fuera de la ciudad y lo enterré.

—¿Dónde?

—En el campo.

—Cerca de alguna carretera, ¿verdad?

—No. Me desvié del camino y, una vez alejada de él, cavé un hoyo con una pala de jardín que llevaba en el automóvil, enterrando el abanico.

—¿Qué hora sería?

—Estaba próximo a amanecer.

—¿Fue Arthur con usted?

—No.

—¿Le sugirió alguna idea sobre cómo había podido empaparse de sangre el abanico?

—No.

—¿Ni de cómo el abanico había llegado a su cuarto?

—Tampoco.

Mason meditó durante algunos segundos y, finalmente, preguntó:

—¿Sabe lo que les pasa a las muchachas que engañan a su abogado?

—¿Qué?

—En casos de homicidio van a parar a la celda mortal de San Quintín, aunque a veces, si son hermosas, se contentan con condenarlas a varios años de prisión. ¿Qué tal le parecerían diez años en la prisión de Tehachapi? Diez años de cárcel... Una hermosa perspectiva, ¿no le parece?

—¡Basta por Dios! —exclamó la muchacha— ¿Pretende usted ponerme nerviosa?

—Sólo intento hacer los posibles para que me diga la verdad.

—Ya se la he dicho.

—Es necesario que aprenda a encararse decididamente con la situación. Hay que ser valerosa. Ahora mismo subirá usted a mi automóvil y la llevaré a la policía. Al parecer, necesitan interrogarla.

—Pero usted me dijo que me mantendría escondida aquí hasta que...

—La tuve oculta sólo el tiempo preciso para que la policía recogiese un arenque ahumado que lancé en su camino —dijo Mason.

—¿Quiere usted decir que yo...?

—¡Exactamente! —le interrumpió Mason—. La policía se encuentra sobre la pista del caballo y llegará aquí de un momento a otro.

—¿Es grave mi situación?

—Crítica, hablando con franqueza. Usted no puede seguir oculta ni huir y debe presentarse ante la policía. Para declarar la verdad, contándoles todo lo ocurrido hasta el momento en que dejó a Callender a las dos de la madrugada. A partir de aquí, niéguelo todo.

—¿No hay otro remedio?

—No queda otra solución.

—Bueno —dijo la joven— espéreme, me pondré el sombrero y el abrigo.

—No necesita arreglarse mucho.

—No, no; estaré con usted dentro de un minuto.

Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y gritó:

—En la mesa tiene usted un periódico, señor Mason.

El abogado cogió el diario, se repantigó, en el asiento y hojeó la sección deportiva. Leyó las noticias sobre el *baseball* y, después, consultó la sección financiera. Finalmente, miró el reloj.

—¡Apresúrese, Lois! —gritó sin que nadie le contestase desde el cuarto de baño.

Entonces, se puso de pie y avanzó hasta la puerta, que golpeó. No hubo respuesta. Empujó la hoja y la abrió completamente. El

cuarto estaba vacío y la ventana abierta. Sobre el césped, que crecía al pie de la ventana, se veían impresas las huellas de dos tacones.

El abogado cogió su sombrero, cerró cuidadosamente la puerta y caminó hacia el sitio donde había dejado el coche. También el auto había desaparecido.

Mason tuvo que caminar media milla antes de llegar a un puesto de gasolina. Una vez allí, telefoneó a su oficina.

—Oiga, Della. ¿Tendría la bondad de pedirle prestado el automóvil a Paul Drake y venir a buscarme?

—¿Dónde se encuentra usted?

Mason le indicó la dirección.

—¿Qué le pasó a su coche?

Me lo robaron.

—Y su cliente, ¿dónde está?

—Sospecho que en mi automóvil.

—¡Caramba! —exclamó Della—. Pronto estaré con usted. Y cuídese.

16

Della Street contempló a su jefe con los ojos risueños. Abrió la portezuela del coche del detective y se deslizó a un lado, a fin de que Perry Mason se sentase tras el volante.

—¿Está disgustado? —le preguntó.

—Teóricamente, sí. ¡Maldita sea! Esto me pasa por conducirme generosamente con las mujeres.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Le diré a Lois Fenton que se busque otro abogado.

—¿Cómo lo hizo, jefe?

—Se dirigió al cuarto de baño y saltó por la ventana. Después, encontró en el automóvil la llave puesta, y se marchó con él tranquilamente.

—¿No pensó que podría jugarle esa mala pasada?

—No. ¿Por qué iba a fugarse? Yo me limité simplemente a darle un consejo, y, si no le agradaba, le hubiese bastado con habérmelo dicho. Si estaba decidida a huir, pudo haberlo hecho tranquilamente, saliendo por la puerta sin que yo me hubiese opuesto a ello. Actuó como si yo hubiese venido en plan de arrestarla.

—¿La cree culpable, jefe?

Mason iba a responder algo, pero debió cambiar de parecer porque guardó silencio.

Al cabo de breves instantes, Della volvió a preguntar:

—¿Qué piensa hacer con lo del automóvil? ¿Dará cuenta del robo?

—No. Seguramente, terminará por ponerse en contacto conmigo para informarme que el coche se encuentra en Oxnard, Ventura o en Santa Bárbara, o en algún otro sitio parecido. Entonces, le diré que se preocupe de retirar el depósito que dejó en mi oficina, buscándose otro abogado.

—¿Piensa informarle a Paul Drake del robo del automóvil?

—No pienso decirle una palabra del asunto a nadie. A Paul le diré que abandone este negocio y que llame a sus hombres. Ahora me voy a tomar un baño turco. Dígale a Paul Drake que le devuelvo el automóvil y que le doy las gracias.

—¿Le comunico dónde se encuentra usted?

Mason denegó con la cabeza.

—No olvide decirle que avise a sus hombres.

Detuvo el coche frente a su club, y bajó y Della se sentó en el volante. Los ojos de la secretaria brillaban de malicia.

—Ya comprendo —le dijo Mason— que todo esto debe ser bastante divertido. Probablemente, cuando esta tarde vuelva a la oficina me dará cuenta de ello; hasta entonces, usted será la única que podrá regocijarse con la situación. ¡Hasta pronto!

Della le envió un beso con la punta de los dedos, mientras Mason penetraba en el club.

—¿Por qué diablos, cuando un hombre es víctima de una mujer, las otras mujeres le miran con simpatía? —le preguntó al portero.

—Lo ignoro, señor.

—Por lo visto, ningún hombre sabe la respuesta —comentó Mason—. A mi modo de ver, es que mentalmente deben inscribir a la víctima en la lista de los tontos.

—Tal vez tenga usted razón, señor.

Tiempo después, mientras Mason disfrutaba de la placidez que sigue a un buen baño turco, el bañero se acercó a él diciéndole:

—Señor Mason, le llaman al teléfono. Es su secretaria y, según dice, se trata de algo importante.

Mason abandonó la muelle dulzura de la colchoneta, y se dirigió al teléfono. La voz de Della Street sonaba excitada.

—¿Ha visto los diarios de la tarde, jefe?

—No.

—Acaban de salir. Será mejor que compre uno y se venga al despacho.

—¿Qué pasa?

—Leeré los titulares —dijo Della Street, quien a continuación, recitó—:

«Sospechosa de homicidio detenida mientras huía en el

automóvil de un abogado. Se cree que el abogado será acusado de complicidad. La sospechosa fue identificada por los testigos como la última persona que vio vivo a Callender...»

—¡Basta, Della! Puede suspender la lectura. Voy para allá.

17

Mason, Paul Drake y Della Street aparecían sentados, cambiando impresiones, horas después de haberse cerrado el despacho.

—Tiene en sus manos una baza espléndida —decía Drake—, y el fiscal del distrito se lanzará sin duda contra ti, si no llegas a un acuerdo con él.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Aceptar de plano la acusación.

—Por homicidio, ¿no?

—Sí, por homicidio en segundo grado. Posee abundantes pruebas y no creo que quede otro recurso que llegar a un acuerdo con ellos.

—¿Qué has averiguado, Paul?

—Muchas cosas. Los testigos la identifican como la mujer que estuvo en el hotel a eso de las dos y veinte, y el detective de la casa jura y perjura que, en aquel instante, Callender estaba vivo porque él mismo llamó a su cuarto y lo oyó decir: «¡Diga!», antes de entregarle el auricular a la bailarina. Por otra parte, ella contaba con móviles para asesinarle. Intentaba proteger a su hermano. La policía consiguió localizar al tal hermano, un tipo por cierto despreciable. Ha firmado la declaración detallando toda la historia y después de lloriquear abundantemente. Hace tiempo que trabajó para John Callender: le birló algún dinero y falsificó dos cheques. Se trata de un individuo débil de carácter, apasionado de las carreras.

—Conozco eso al dedillo —le interrumpió Mason.

—Pero hay algo que todavía no sabes. Cuando Callender puso cerco a Lois por segunda vez, Jasper, después de fumarse un par de cigarrillos de marihuana, decidió penetrar en casa de Callender para recobrar la prueba acusadora. Poseía la combinación de la caja ya que había trabajado allí, y, como sabía que no lograría burlar la

vigilancia de los perros y del guardián mientras no se valiera de algún subterfugio, recurrió al expediente de pedirle prestado el caballo a su hermana y dirigirse montado en él hacia el rancho. Callender era un gran jinete y albergaba en su casa a varios invitados apasionados también de la equitación. De este modo, Fenton no llamaría la atención. Por lo menos, así lo pensó él.

—Sí, sospecho que se proponía robar los documentos —confirmó Mason—. Pero no creo que los consiguiese, ¿verdad?

—No. El guardián le sorprendió y le conminó a detenerse. En vista de que no le hacía caso, disparó y el proyectil, después de arañar el lomo del caballo, se incrustó en la silla.

—¿Ha confesado Jasper ese extremo?

—¡Un momento! Aún no has oído nada.

—¡Sigue!

—Después de lo ocurrido, Jasper sintió miedo. Temió regresar con el caballo a casa de su hermana, comprendiendo que el proyectil en la silla consistía una prueba acusadora. En vista de ello, cabalgó en otra dirección y, finalmente, dejó en libertad al caballo, regresando a Brawley.

—¡Gran muchacho! ¿No te parece?

—Sin duda.

—¿Y qué ocurrió después?

—Callender le mandó decir que fuese a verle al Richmell.

—¿A qué hora lo citó?

—Jasper debería estar allí a las dos, pero, por lo visto, necesitó animarse con algunos tragos y llegó con cuarenta y cinco minutos de retraso. Abrió la puerta, vio el cadáver de Callender tirado en el suelo y huyó. Se encontraba tan asustado que no informó a la policía hasta el día siguiente. Es un infeliz. Faulkner lo identifica como el hombre que penetró en la habitación de Callender saliendo de ella precipitadamente.

—¿Y no pudo haber sido él el asesino de Callender?

—No estuvo dentro del cuarto el tiempo suficiente. De no haber tenido a nuestro hombre vigilando, ese joven estaría ahora en serios apuros y la policía lo hubiese cogido por el cuello sin que el mozo hubiese podido dar explicación convincente. Pero, la realidad fue que no permaneció en el interior del cuarto más de diez segundos.

—No se necesita mucho tiempo para clavarle una espada a un

hombre —observó Mason—. Pero sí para encontrar un arma si uno no la lleva consigo. Es evidente que él no llevaba una espada japonesa y que, por lo tanto, no pudo entrar en el cuarto de Callender con el pensamiento de que encontraría providencialmente un arma así a mano para hundirla en el pecho de la víctima. La espada era de Callender y la trajo éste consigo cuando llegó al hotel.

—¿Y qué dice la policía?

—Lo que ya puedes suponer; que Lois Fenton se había propuesto proteger a su hermano. Anoche fue a hablar con Callender y éste probablemente la amenazó de nuevo. Le diría que estaba resuelto a presentar la denuncia contra su hermano al día siguiente. Entonces, Lois Fenton vio la espada japonesa sobre la mesa y en su mente germinó la idea de matarle.

—¡Un momento! —le interrumpió Mason— ¿Estás seguro de que la espada era de Callender?

—Sí. Se trata de una espada japonesa, que trajo del rancho con el evidente designio de venderla. Aunque no sea así, la realidad fue que él la llevó. El portero lo recuerda muy bien, lo mismo que el botones. La espada era de su propiedad y la dispuso sobre la mesa.

—¿Y qué me cuentas de tus investigaciones? ¿Has averiguado algo?

—Nada importante. Sheldon abandonó la pensión y, después, tomó un autobús que le llevó a San Diego, de donde partió en avión para Nogales. Mi agente no se decidió a afrontar los gastos de avión y prefirió telefonarme. Entonces, dispuse que otro agente mío de Tucson se presentase en el aeródromo a la llegada del avión. Pero Sheldon recurrió a una estratagema. Cuando el avión fletado por él se detuvo para abastecerse, el hombre descendió para darse una vuelta por el aeropuerto. A partir de aquí, nadie le ha vuelto a ver. En el avión abandonó su abrigo y maleta. Por cierto, que todo esto fue comunicado a la policía.

—¿Y qué me cuentas de *Cherie*

Chi-Chi

?

—Uno de mis hombres se dedicó a seguirla en cuanto salió del piso. Marchó a su departamento; estuvo un rato y, después, se encaminó a la oficina del agente Barlow. El sargento Dorset la pasó

a recoger por allí y salieron juntos. Mi agente no pudo seguirles y tuvo que abandonar la partida. Al parecer, Dorset la llevó a la oficina del fiscal del distrito o al cuartel general. Allí contó su historia y la dejaron en libertad. Pero todavía no ha vuelto a su departamento, donde mantengo la vigilancia para que la sigan en cuanto regrese.

—Muy bien. Por lo que veo, todavía no ha surgido una prueba claramente acusadora contra nadie.

—¿Te equivocas, Perry! Recuerda que Lois Fenton llegó al hotel a las dos y veintitrés. El detective la detuvo. Ella le anunció que subía a ver a Callender, pero el hombre la obligó a telefonearle para conseguir su autorización. Ahí tienes la clave del problema: Callender se encontraba vivo a las dos y veintitrés y a las dos y cuarenta y cuatro ya había muerto. ¿Quién pudo estar en el cuarto entre las dos y veintitrés y las dos cuarenta y cuatro? Sólo tu cliente: Lois Fenton. Ella permaneció allí el tiempo suficiente para discutir con Callender, coger la espada y clavársela en el pecho.

—¿Han identificado a Lois Fenton?

Drake asintió y Mason volvió a preguntar:

—¿No identificaron a aquella mujer como a la otra bailarina de abanicos?

—No seas tonto, Perry. El teniente Tragg es un tipo bastante hábil. Ignoro lo que ocurriría cuando el sargento Dorset se hizo cargo de *Cherie*

Chi-Chi

, y lo que ella le pudo decir, pero me consta que los testigos identificaron a la visitante como Lois Fenton a quien sé que se le acusa de asesinato en primer grado.

—¿Se encontraron en la espada sus huellas digitales?

—No. Por lo visto, tuvo la suficiente presencia de ánimo para limpiar la empuñadura.

—Y de Sheldon, ¿qué puedes decirme?

—Que Callender estaba vivo cuando ese hombre abandonó su cuarto.

—¿Y cómo sabía Sheldon que Callender ya estaba muerto cuando puso aquel aviso en la puerta?

—El asesinato tiene que haber sido premeditado, Perry... De otro modo Sheldon no podía estar al tanto de este detalle. Lo

probable es que el hombre se encontrase al corriente de que Lois proyectaba matarlo. Pasadas la una y media, nadie llamó a su cuarto ni él usó el teléfono. Los de la centralilla del hotel así lo afirman. ¿Piensas solicitar para tu cliente un segundo grado?

—No, a menos que ella lo desee así —le dijo Mason—. El hecho de haber sido arrestada cuando huía en mi automóvil me liga inevitablemente a ella. No me hace mucha gracia ser su abogado, pero no tengo otro remedio.

—¿Y por qué no le dices a Tragg que te robó el coche?

Mason rió sin mucha alegría por todo comentario, y Drake exclamó:

—¡Creo que ahora comprendo tu punto de vista, Perry!

—Me alegro de que sea así —le dijo Mason poniéndose de pie—. ¡Vamos, Paul!

18

En la sala del Tribunal se respiraba un ambiente tenso. Reinaba un silencio tan absoluto que se hubiese podido escuchar un suspiro.

El juez Donahue, dijo:

—Señores, la acusada está en la Audiencia. El jurado designado ya ha prestado juramento y el fiscal del distrito acaba de pronunciar su discurso de apertura. ¿Desea hablar ahora la defensa?

—No, señor Juez —respondió Mason—. La defensa se reserva la declaración de apertura más adelante.

—Perfectamente. El fiscal del distrito puede llamar a su primer testigo.

—¡El doctor Jackson Lambert! —anunció Burger.

El aludido se dirigió al estrado y Mason intervino:

—Antes de iniciar el interrogatorio, convendría concretar las actuaciones profesionales del doctor Jackson Lambert.

—Perfectamente —dijo Burger, quien seguidamente se dirigió al testigo, diciéndole—: Doctor Lambert, ¿realizó usted la autopsia del cadáver de John Callender?

—Sí, señor.

—¿Podría usted explicarnos la posición y características del cadáver cuando lo vio por primera vez, con los detalles que estime pertinentes?

—El cadáver —informó el doctor Lambert— yacía parcialmente sobre el costado derecho. Una espada aparecía clavada de tal modo que unas cuatro y media pulgadas de la hoja sobresalían del otro lado del cuerpo; esto es, por la espalda, ya que la espada había sido introducida por el pecho. Me refiero, ahora, como comprenderán, a lo que descubrí en el primer momento al ver el cadáver.

—¡Continúe, doctor!

—Cuando practiqué la autopsia, confirmé que la causa de la muerte había sido la hoja introducida a través del cuerpo. La

victima debió fallecer aproximadamente entre la una y media y las tres de la madrugada, del diecisiete de septiembre, a juzgar por la temperatura del cadáver, la reinante en el cuarto, las fluctuaciones de la temperatura ambiente y otros factores más.

—Dígame, doctor, ¿encontró usted alguna sustancia extraña cerca de la herida o dentro del tórax?

—¡En efecto!

—¿Qué fue?

—Restos de una pluma. Ruego que se me permita explicar... Una pluma consta de varias partes. El eje central que denominamos cañón y después las ramificaciones laterales que constan de barbas, barbillas, y barbicelas. Microscópicamente se observan los engarces que enlazan las barbillas a las barbicelas, prestando con ello cohesión a la pluma. Ahora bien, al practicar la autopsia encontré restos de las barbas de plumas de avestruz junto con fragmentos de barbillas y barbicelas, en cantidad suficiente para identificarlas como partes integrantes de una pluma de avestruz.

—¿Ha conservado usted esas partículas, doctor?

—Sí, señor.

—¿Cómo ha podido usted hacerlo?

—En un tubo de ensayo, con alcohol.

El médico extrajo de su bolsillo un diminuto tubo de vidrio y se lo entregó al fiscal del distrito.

—¿Son estas las porciones de plumas que usted sacó del cuerpo de la víctima?

—Exactamente.

—Solicitamos —dijo Burger— que esto sea presentado como prueba pública número uno.

—¿Alguna objeción? —interrogó el juez Donahue dirigiéndose a Mason.

—Ninguna, señor juez.

—¿Qué más advirtió, doctor?

—Las manos de la víctima aparecían aferradas a la afilada hoja de la espada. El filo había producido profundos cortes en ambas manos. Uno de los ojos aparecía abierto y el otro cerrado. El cadáver estaba perfectamente vestido. Se produjo cierta hemorragia externa y una intensa hemorragia interna.

—¿La muerte fue instantánea?

—Prácticamente, sí.

—¿Puede usted preguntar! —dijo Burger, pero Mason denegó con la cabeza, aparentando la mayor indiferencia.

—No deseo hacerlo —dijo—. Estimo que el testimonio del forense explica perfectamente la situación tal como la vio él.

Hamilton Burger daba señales de palmaria sorpresa.

—¿No habrá interrogatorio?

—¡No! —contestó Mason sonriendo.

El acento con que respondió daba a entender que, a su juicio, carecía de toda importancia la presencia de aquellos restos de plumas en el cadáver de John Callender a que había aludido el forense.

—Señor juez —dijo Hamilton Burger—, hay una parte de la prueba que desearía aludir en este momento para establecer cierta relación con las declaraciones del doctor Lambert. Tal vez me aparte algo del tráfico ordinario, pero me gustaría poner de manifiesto el hecho a que aludo. En consecuencia, ruego que se me autorice a continuar mi actuación.

—Autorizado —dijo el juez Donahue.

—Muy bien. Deseo llamar a Freeman Gurley.

Freeman Gurley que vestía una cazadora de cuero, se dirigió al estrado de los testigos con todo el desembarazo del hombre acostumbrado a vivir al aire libre.

Gurley respondió rápidamente a las habituales preguntas preliminares referentes a su nombre, ocupación y residencia. Explicó que era campesino, innecesaria aclaración dado su aspecto.

—Dígame, señor Gurley —preguntó Hamilton Burger ¿ha visto usted antes de ahora a la acusada, aquella joven sentada allí, detrás de su defensor y a la derecha del segundo *sheriff*?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—En la mañana del diecisiete de septiembre.

—¿Dónde se encontraba ella?

—En el extremo suroeste de mi rancho.

—Bien; ahora me gustaría que identificara su rancho del modo más concreto. Tengo aquí un mapa y desearía que me contestase a algunas preguntas.

—Sí señor.

El fiscal desenrolló el mapa aludido y preguntó:

—¿Comprende usted lo que significan las escalas de este mapa?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Viene a ser como el plano general de mi rancho. Aquí aparecen la casa, el camino, la cerca y el granero, con un corral que hay cerca de éste.

—¿Es este el rancho en que usted se encontraba en la mañana del diecisiete de septiembre?

—Efectivamente.

—¿Estima usted que el plano es correcto?

—Sí, señor.

—Usted dice que vio a la acusada en la mencionada fecha.

—Sí, señor.

—¿Qué hacía?

—Iba en automóvil por este camino.

—Dispongamos el mapa convenientemente para que usted pueda identificar los lugares mientras habla —dijo Hamilton Burger.

El mapa fue colgado estratégicamente en la forma propuesta por el fiscal, y Gurley declaró:

—Ella detuvo su automóvil aquí —señaló el punto sobre el mapa, y continuó—; descendió y, después, abrió la portezuela izquierda sacando una pala.

—¿Y luego?

—Luego sacó algo más del coche, pero no pude ver de lo que se trataba. Era un bulto negro, algo así como una caja.

—¿Del tamaño y aspecto de un estuche de violín? —preguntó Burger.

—Objetada la pregunta por tendenciosa, al intentar sugerirle al testigo la respuesta —atajó Mason—. El Tribunal debe admitir lo que el testigo diga, no lo que el fiscal del distrito pueda pretender que declare.

—La objeción es razonada —opinó el juez—, y el fiscal se servirá evitar las preguntas de este género, salvo cuando sea expresamente autorizado. ¡Prosiga, señor Gurley!

—Lo siento, señor juez —dijo el fiscal—. ¿Podría describirnos usted ese objeto negro, señor Gurley?

—Como decía, era algo así como una caja, una especie de estuche de fusil, aunque tengo la impresión de que no era esto precisamente.

—Perfectamente. ¿Qué ocurrió después?

—La joven colocó lo que había sacado del coche sobre la cerca y, después..., se subió las faldas y salvó la cerca de espinos, colocando una mano en el extremo superior de uno de los postes de madera y trepando por los alambres, saltando al otro lado.

—¿Qué hizo, más tarde?

—Recogió la caja y la pala, caminó un trecho y cavó un hoyo. A continuación, sacó algo de la caja y lo metió en el hoyo que tapó. Finalmente regresó al automóvil, en donde metió la pala y la caja, marchando seguidamente.

—Y usted, ¿qué hizo?

—Esperé a que se hubiese marchado y me dirigí al lugar donde ella había cavado, desenterrando lo que metió en el hoyo.

—¿Qué encontró usted?

—Un abanico de plumas de avestruz, que parecía haber estado manchado de sangre y...

—¡Un momento! —le atajó Hamilton Burger—. No haga declaraciones sin que se las pidan, señor Gurley. Usted ignora que el abanico estuviese empapado de sangre, punto que corresponde atestiguar a los médicos. Límitese únicamente a decirnos lo que encontró.

—Ya lo he dicho; un abanico.

—¿Qué hizo usted con él?

—Llamé a la oficina del *sheriff* para comunicarle mi descubrimiento y éste vino en compañía de un policía para hacerse cargo del abanico.

—El policía que acompañaba al *sheriff* ¿no era el teniente Tragg de la Brigada Metropolitana de Homicidios?

—Así lo creo, señor.

—¿Reconocería usted el abanico si lo viese?

—Me parece que sí.

—¿Hizo algo con el abanico antes de entregárselo al teniente Tragg y al *sheriff*?

—¿Que si hice algo? No, señor.

—Quiero decir algo para después poder identificarlo.

—¡Ah, sí! Por insinuación del teniente Tragg, escribí mis iniciales en él.

Hamilton Burger se aproximó a la mesa; cogió un maletín y extrajo de él un abanico que tendió al testigo.

—¿Es este el abanico que encontró?

—Sí, señor. Vea mis iniciales escritas en él.

Burger se dirigió al juez, diciéndole:

—Señor juez; aludiré a este abanico ulteriormente; por el momento, sólo deseo que se marque para fines de identificación, como prueba pública número dos. —Volvióse hacia Perry Mason y le dijo—: ¡Puede interrogar!

El abogado defensor se aproximó al mapa.

—Permítaseme comprobar la escala de este mapa... —después, se dirigió al testigo y continuó—: Según parece, entre su casa y el lugar donde fue enterrado el abanico hay unos mil pies de distancia. ¿No es así?

—Alrededor de trescientas yardas.

—¿Y sostiene usted que pudo reconocer a la acusada desde una distancia de trescientas yardas?

Hamilton Burger se volvió hacia el jurado y los miembros pudieron captar la sonrisa de triunfo que se dibujó en su rostro.

—Sí, señor —replicó el testigo.

—¿Tiene usted una vista bastante más aguda que la corriente? —preguntó Mason.

—No lo creo.

—Entonces, ¿cómo pudo reconocer a la acusada a tal distancia?

—Con la ayuda de unos prismáticos —aclaró el testigo.

Hamilton Burger echó atrás la cabeza y carraspeó sin que Mason se diese por aludido.

—Muy bien —dijo como si hubiese aguardado aquella respuesta—. Quedamos en que usted posee unos prismáticos. Ahora bien, este episodio tuvo lugar a primeras horas de la mañana.

—Sí, señor.

—¿Estaba ya el sol alto?

—Pues, en realidad, no podría asegurar que estuviese alto.

—¿Entonces aquello ocurrió antes de que el sol hubiese ascendido?

—Sí.

—¿Qué ampliación poseen los prismáticos?

—Siete diámetros.

—Según eso, su visión desde aquella distancia equivaldría a la que tendría yo a ciento cuarenta pies, poco más o menos; siempre que las condiciones de visibilidad fuesen perfectas y sin tomar en consideración la luz absorbida por los lentes —apuntó Mason.

—Bueno; sea como fuere, la realidad fue que vi con la nitidez suficiente para reconocer a la acusada.

—¿Y vio usted cuándo enterraba el abanico?

—Sí, señor.

La sonrisa de Burger fue visible para todo el tribunal cuando volvió a ocupar su asiento, evidentemente complacido por el giro que tomaba el interrogatorio.

—¿Estaba usted levantado para dar comienzo a su jornada de trabajo?

—Así fue.

—¿Y dónde se encontraba, en la cocina o en...?

—En la cocina.

—¿Había terminado el desayuno o estaba tomándolo?

—Estaba justamente terminando de desayunar.

—¿Es usted casado?

—Sí, señor.

—¿Estaba su esposa también en la cocina?

—Sí, señor.

—¿Y cómo pretende usted —preguntó Mason con acento acusador— que el jurado acepte que, durante todo el tiempo que usted estuvo mirando con los prismáticos, su mujer no se los pidiese o usted no se los ofreciese espontáneamente para que ella pudiese ver también lo que ocurría?

—Pues... —dijo el testigo vacilando—, la verdad es que ella también los utilizó.

—¿Cuánto tiempo?

—Bueno... mi esposa los tomó después que la mujer saltó la cerca.

—¡Ah ya! ¿Y se los devolvió después?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Al cabo de un rato.

—¿Vio usted a la joven saltar la cerca?

—Sí, señor.

—¿Fue entonces cuando su mujer cogió los prismáticos?

—Sí, señor.

—¿Quién los utilizaba cuando la joven cavaba el hoyo?

—Mi mujer.

—¿Y cuando abrió caja?

—También mi mujer.

—¿Quién los utilizaba mientras la joven introducía en el hoyo cavado lo que había extraído de la caja negra?

—Mi mujer.

—¿Y mientras ella tapaba el hoyo?

—Mi mujer también.

—¿Y más tarde, cuando la joven se dirigió nuevamente a la cerca?

—Eso ya lo vi yo.

—¿Y cuando ella subió al automóvil para marcharse?

—Yo también.

—Entonces, ¿cómo puede usted asegurar lo que la joven hacía mientras estaba metiendo algo en aquel hoyo? ¿Cómo puede usted decir que ella metió determinado objeto que sacó de la caja negra?

—Es que mientras mi mujer miraba por los prismáticos, me informaba de lo que iba viendo.

—Es decir, que usted declara fiándose en el testimonio de su mujer ¿no es verdad?

—Sin duda.

La sonrisa había desaparecido del rostro de Hamilton Burger.

—Solicito la anulación en todas sus partes de la declaración del testigo relativa a que la joven sacó un objeto de la caja y lo introdujo en el hoyo que había cavado en la tierra, porque aparece bien claro que dicha declaración se basa en simples referencias —dijo Mason con enérgico acento.

El juez Donahue se mordió los labios.

—Creo, señor Burger —intervino, dirigiéndose al fiscal— que el Tribunal va a respaldar la moción de la defensa.

—¡Un momento! —exclamó Burger—. ¿Podría formular algunas preguntas en examen directo?

—¿Con el propósito de aclarar la situación existente ahora?

—Exactamente, señor juez.

—Al parecer señor Burger —dijo el juez Donahue—, la moción del defensor está perfectamente fundamentada y las partes de la declaración cuya supresión solicita aparecen claramente como referencias de segunda mano. La moción será aceptada. Ahora bien, usted está en su derecho, por medio del examen directo, a poner de relieve los hechos adicionales que se estime pertinentes a guisa de explicación.

—Gracias, señor juez —replicó Hamilton Burger, sin ocultar su desagrado—. Señor Gurley, mientras su mujer usaba los prismáticos, ¿qué hacía usted?

—Permanecía a su lado, escuchando lo que me decía.

—¿No importa que escuchase o no! —exclamó Burger—. Responda: ¿dónde se encontraba?

—Detrás de ella.

—¿Estaba su esposa frente a una ventana?

—Sí, señor.

—Así pues, usted bien podía mirar a través de la ventana y ver lo que ocurría. ¿No es cierto?

—Sí.

—O lo que es lo mismo, que usted pudo ver a esa joven, ¿verdad?

—¡Un momento! —interrumpió Mason—. Creo que el señor fiscal incurre nuevamente en preguntas capciosas.

—Esa es mi opinión —confirmó el juez Donahue—, y considero improcedente que el fiscal trate de orientar maliciosamente al testigo.

—¡Bien! —barbotó Burger—. ¿Qué hizo usted?

—Miré por la ventana.

—¿Qué vio?

—Lo que ocurría.

—Es decir, que usted no se basaba en puras referencias cuando hizo la declaración —dedujo Burger—; usted informó acerca de lo que bien pudo ver con sus propios ojos; ¿no es así?

—Sí, señor.

—Entonces, usted tuvo que verla...

—¡Por favor! —intervino el juez Donahue—. Trate de no orientar al testigo.

—Bien. ¿Qué vio usted?

—Todo lo que he contado.

—Perfectamente. Ahora, si lo desea, la defensa puede interrogar nuevamente —dijo Burger con acento cortante.

—¿Se encontraba usted detrás de su mujer? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Mirando por encima de su cabeza?

—Sí.

—Y en aquellos instantes en que no utilizaba los prismáticos, ¿podía usted observar las operaciones que llevaba a cabo la muchacha desde una distancia superior a los mil pies?

—A mi juicio, sólo eran unos novecientos pies, alrededor de trescientas yardas —rectificó el testigo.

—Calculemos la distancia exacta, consultando la escala del mapa —dijo Mason.

Sacó una regla del bolsillo y, después de hacer la oportuna medición, se volvió hacia el testigo, diciendo:

—Son exactamente mil cuarenta y dos pies.

—No creí que fuesen tantos.

—El mapa indica la verdadera distancia y usted ya ha declarado su conformidad con él. Partiendo, pues, de esta base, tenemos que admitir que la distancia era de mil cuarenta y dos pies. Usted, según dice, se encontraba mirando lo que sucedía, antes de reinar una completa claridad, a la indicada distancia de más de mil pies. ¿No es así?

—Sí.

—Veamos ahora —continuó Mason—: Cuando su mujer miraba a través de los prismáticos, ¿había subido ella la ventana?

—No lo hizo mi mujer, sino yo.

—Perfectamente. Cuando se mira a través de unos gemelos, y detrás de los cristales de una ventana, la imagen tiende indudablemente a deformarse. ¿No es verdad?

—Desde luego. Y más en aquella ocasión en que el vidrio estaba bastante sucio. Habíamos sufrido un temporal de lluvia y viento y mi mujer aún no había limpiado los cristales. Por eso yo alcé el cristal inferior.

—¿Cuando usted miraba por encima del hombro de su mujer, se encontraría sin duda a más altura que ella?

—Sí.

—¿Acaso estaba su mujer sentada en una silla frente a la ventana abierta?

—Así era.

—¿Sostenía los prismáticos apoyando los codos en el alféizar de la misma?

—Sí.

—Deduzco entonces que usted miraba por la parte superior de la ventana. ¿No es así?

—Efectivamente.

—En tal caso si había subido la ventana —le dijo Mason—, el cristal de la parte inferior se juntaría paralelamente con el de la parte superior, y, de esta forma, usted sólo podría mirar a través de dos gruesos vidrios.

—Sí, creo que sí.

—¿Y cómo pretende usted que el jurado admita que pueda identificar a la acusada y seguir sus menores movimientos a través de dos cristales, antes de aclarar el día completamente y desde una distancia de unos mil cuarenta y dos pies?

El testigo se agitó en su asiento antes de responder:

—Bueno; es que yo ya la había visto con los prismáticos.

—Pero cuando usted se los entregó a su señora, no podía saber lo que hacía a tal distancia. ¿Qué responde?

—Pues...

—¡Eso es todo! —terminó Mason.

—Puede llamar a su próximo testigo, señor Burger —dijo el juez.

—Antes, desearía que el doctor Jackson volviese al estrado a fin de formularle algunas otras preguntas más.

El aludido retomó al estrado.

—Desearía referirme a ese abanico que ha sido identificado ya por el testigo Gurley, de quien supongo ya habrá oído la declaración —le dijo el fiscal.

—En efecto, señor.

—¿Ha visto usted anteriormente este abanico?

—Sí, señor.

—¿Llevó a cabo alguna inspección con él?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de inspección?

—Un examen microscópico de la pluma y otro químico de las manchas de sangre.

—Bien, doctor. Ahora le ruego que mantenga el abanico parcialmente abierto frente a usted, de modo que tape sus ojos. Hecho esto, doctor, ¿no nota cerca de la base del abanico alguna señal distintiva?

—Sí, señor.

—¿Puede describírnosla?

—Se observa un corte en una de sus varillas.

—¿Podría haberse originado un corte análogo si una espada de las dimensiones de la que encontró usted en el cuerpo de la víctima hubiese sido clavada en el abanico?

—Objetada la pregunta —intervino Mason— por ser argumentativa y exigir del testigo una conclusión que no corresponde al dictamen de un médico, sino, más bien, al testimonio de un perito. Es éste un punto sobre el cual el jurado deberá decidir más tarde.

—Aceptada la objeción —dijo el juez Donahue.

—¡Está bien! —exclamó Burger con cierta exasperación—. Ahora, doctor, llamaré su atención sobre los minúsculos restos de pluma que aparecen en la estría, para preguntarle si ha llevado a cabo un examen microscópico de los trozos de pluma que se contienen en el tubo de ensayo presentado como prueba número 1, y de las correspondientes porciones de plumas adheridas a este corte, en V, de la estría.

—Sí, señor, he hecho ese examen.

—¿Y qué descubrió usted?

—Que los restos de pluma eran absolutamente idénticos en color y composición.

—¿A qué corresponden esas marcas pardas ligeramente rojizas que muestra el abanico, doctor?

—Son manchas de sangre.

—¿Qué clase de sangre, doctor?

—Sangre humana.

—¡Interrogue! —le dijo Burger a Mason.

—Usted afirma que los trozos de pluma que recobró del cadáver de la víctima eran idénticos a los que aparecían en la estría, en dos aspectos. ¿No es así, doctor?

—Precisamente.

—¿Cuáles son esos aspectos?

—Color y composición.

—Respecto al color —observó Mason—, según parece, es blanco.

—Así es.

—¿Y ha visto usted alguna vez alguna bailarina que no usara abanicos blancos?

—A decir verdad, no.

—¡Muy bien! —exclamó Mason—. Quedamos en que, por lo que respecta al color era el mismo que el de cualquier otro abanico que haya podido ver en manos de otra bailarina cualquiera, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Ahora dígame, por lo que se refiere a la composición, ¿qué entiende usted por ello?

—Quiero indicar que se trata de la misma sustancia de las plumas de este abanico.

—E igualmente de cualquier otra pluma de avestruz. ¿O cree usted poder establecer diferencias entre las plumas de los avestruces?

—Desde luego, no.

—¿Comparó usted los trozos de pluma que extrajo de la herida con cualquier otra pluma de avestruz?

—No, señor.

—Es decir, que sólo las comparó con las plumas de este abanico, ¿no es así?

—Justamente.

—Entonces y resumiendo, doctor, aunque su testimonio en esos dos aspectos parezca convincente, salta a la vista que lo que usted quiere poner de relieve es que este abanico está compuesto de plumas de avestruz, que los restos de pluma que usted encontró en el cadáver de la víctima provenían a su juicio de una pluma de avestruz. Esto es todo cuanto usted sabe. ¿Me equivoco?

—No, desde luego; aunque también considere el tamaño...

—En pocas palabras, doctor, con arreglo a lo que usted sabe, esos restos analizados por usted pueden provenir de cualquier otra pluma de avestruz entre las innumerables que existen en el mundo.

—Pero ese corte en la varilla del abanico sólo pudo ser hecho...

—... en cualquier momento y por cualquier clase de cuchillo o instrumento cortante —le interrumpió Mason—, ¿o no está conforme?

—Fue producido por una hoja agudísima.

—¿Pero sabe usted qué tipo específico de hoja?

—Se puede uno imaginar...

—Doctor, queremos respuestas exactas y no suposiciones; hechos y no teorías. El corte, a mi juicio, se pudo producir por cualquier cuchillo. ¿Es así o no?

—Tal vez.

—¿No hay nada que revele la fecha en qué fue hecho el corte?

—No, señor.

—Entonces no hay duda de que pudo producirse en cualquier momento y por cualquier clase de cuchillo. ¿Conformes?

—Sí, señor.

—Amén de que los trozos de pluma que encontró en el cadáver podrían provenir de cualquier pluma de avestruz. ¿No es así?

—Si usted se empeña...

—¡Conteste a la pregunta! ¿Es así o no?

—Así es —contestó el médico.

—Es todo cuanto tenía que preguntar —anunció Mason sonriente, dirigiéndose al jurado.

Fue significativo que dos o tres de los miembros del jurado le devolvieran la sonrisa.

Al parecer, Hamilton Burger se había propuesto encauzar los interrogatorios de tal forma que el jurado terminase por sentirse hostil a la acusada desde el mismo comienzo del juicio. Ahora, percatado de que su intento había fracasado, se acogió a los procedimientos de rutina. Probó la identidad del cadáver y presentó la fotografía que mostraba la forma en que había sido encontrado en el cuarto del hotel. Después, cuando ya se aproximaba la hora en que el Tribunal debía suspender la vista, intentó crear un clima dramático.

—Llaman a Samuel Meeker —dijo.

Samuel Meeker subió al estrado y allí informó de su nombre, edad, residencia y de su calidad de empleado del hotel.

—¿Con qué carácter está usted empleado en el hotel? —le preguntó el fiscal.

—Como detective, señor.

—¿En qué hotel?

—En el Richmell.

—¿Fue en ese hotel donde se encontró el cadáver de John Callender?

—Sí, señor.

—¿Desempeñaba usted su función como detective, en dicho hotel, en el período comprendido entre el dieciséis y el diecisiete de septiembre?

—Sí, señor.

—¿Puede usted informarnos de todo lo que ocurrió en la madrugada del diecisiete de septiembre?

—Sí, señor.

—¡Hable!

—A las dos y veinte de la madrugada, esa joven apareció en el vestíbulo del hotel.

—Cuando dice «esa joven», ¿a quién se refiere?

—A la que está sentada allí.

—¿Señala usted a la acusada Lois Fenton?

—Justamente, señor.

—¿Es ella, pues, la que usted quiere mencionar al decir «esa joven apareció en el vestíbulo del hotel»?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo ella?

—Se dirigió a los ascensores.

—¿Y luego?

—Le cerré el paso, preguntándole si residía en el hotel. Me contestó negativamente, diciéndome que sólo quería ver a uno de sus huéspedes. En vista de lo avanzado de la hora para que una mujer visitara a un huésped, insistí en que me dijese el nombre del huésped que deseaba visitar.

—¿Se lo dio?

—Sí, señor.

—¿Qué nombre le indicó?

—El de John Callender.

—¿Y usted qué hizo?

—Le pregunté si el señor Callender la aguardaba, y ella me contestó afirmativamente. De todos modos, le rogué que me

acompañase a la cabina telefónica y, una vez en ella, pedí que me diesen comunicación con el cuarto del señor Callender.

—¿Qué sucedió?

—Al cabo de unos instantes el señor Callender se puso al habla e inmediatamente yo traspasé el auricular a la señorita.

—¡Entendámonos! —le dijo Burger—. Cuando usted dice «la señorita», ¿a quién se está refiriendo?

—A la joven que se sienta allí.

—Quedamos, pues, que alude a la acusada Lois Fenton.

—Justamente.

—Según sus palabras, usted le entregó el auricular tan pronto como oyó que el señor Callender contestaba a la llamada, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Qué ocurrió después?

—Como es natural, sólo pude oír parte de la conversación.

—Comprendo. Continúe.

—La acusada Lois Fenton dijo que se encontraba en el vestíbulo y que telefoneaba porque un detective del hotel la había detenido para cerciorarse de que, efectivamente, tenía una cita con él; que el tal detective había hecho la llamada y que ella subiría en el acto.

—¿No escuchó usted lo que Callender respondió?

—No. Sólo oí la afirmación de ella en el sentido de que subiría pronto. Hecho esto la acusada, colgó el auricular. Tuve la impresión de que todo se había deslizado normalmente. Por lo que a mí concernía, la visitante se había anunciado y era cuando me interesaba saber. El señor Callender venía a ser en el hotel algo así como un ser privilegiado; podía hacer cosas que les estaban vedadas a otros huéspedes. En un hotel de este tipo, nos esforzamos para que los alojados se desenvuelvan con toda comodidad, aunque al mismo tiempo tratemos de que no ocurra nada que pueda resultar enojoso para los restantes huéspedes, como celebración de reuniones bulliciosas y cosas por el estilo. El señor Callender era un huésped bastante correcto en aspectos como éste. Trasnochaba bastante y recibía visitas a altas horas de la noche; a veces, a las dos o tres de la madrugada e incluso más tarde, pero siempre muy discretamente y sin ocasionar molestias. Nunca tuvimos que quejarnos de él.

—¿Mantenía el señor Callender un cuarto alquilado

permanentemente?

—Sí, señor.

—Bueno... Resulta que la acusada colgó el teléfono y que, después, se dirigió al ascensor, subiendo al quinto piso. ¿Cómo sabe usted que fue al quinto piso?

—Consulté el indicador y comprobé que era, efectivamente, allí donde subía.

—¿Llevaba algo en las manos?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Un estuche de violín.

—¿Podría deducir, juzgando por el modo como ella lo llevaba, si era pesado o ligero?

—¡Objetada la pregunta por exigir una conclusión de parte del testigo! —intervino Mason.

—Aceptada la objeción.

—¿Sabe usted cuando bajó la visitante?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Unos tres minutos después de las dos y media. Casualmente consulté el reloj cuando salía.

—Muy bien. Dígame ahora: ¿llevó usted a cabo algo extraordinario en ese quinto piso durante la madrugada del diecisiete de septiembre?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Pues a eso de las dos y treinta y cinco, ascendí a él.

—O sea, un minuto o dos después de haberse retirado la acusada.

—Justamente, señor.

—¿Con qué propósito subió usted al quinto piso?

—¡Objetada por incompetente y fuera de lugar! —intervino de nuevo Mason.

—Aceptada la objeción.

—Bien. ¿Subió usted al quinto piso?

—Sí.

—¿Y no se dirigió usted hacia el cuarto de Callender o hacia otra habitación? —interrogó el fiscal Burger.

—Avancé hacia el cuarto del señor Callender. A los pocos pasos, advertí que la puerta de los lavabos estaba entornada. La abrí y sorprendí en el interior al señor Faulkner. Este señor me informó de que era un...

—¡No importa lo que le dijera! —interrumpió el fiscal—. Sólo deseo que diga si el señor Faulkner fue, efectivamente, sorprendido por usted en los lavabos a aquella hora.

—Así fue, señor.

—¿Y no cambió usted su puesto con el del señor Faulkner en ningún momento después, reemplazándole en los lavabos?

—Sí, señor.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Aproximadamente, a las tres y tres minutos de la madrugada.

—¿Con qué fin se metió usted en los lavabos?

—Para vigilar el corredor.

—¿Por qué tenía usted que vigilarlo?

—El señor Faulkner también había estado vigilando y...

—¡No me interesa nada lo del señor Faulkner! Le estoy preguntando lo que hizo usted.

—A eso de las tres y tres minutos o quizá a las tres y cuarto, subí y ocupé el puesto en los lavabos, dando comienzo a mi vigilancia del corredor.

—¿Qué parte del corredor?

—El trozo correspondiente al cuarto ocupado por John Callender.

—¿Vio usted algo...? Mejor dicho. ¿Vio entrar o salir a alguien del cuarto del señor Callender?

—No, señor.

—¡Puede usted interrogar! —dijo Burger, dirigiéndose a Mason. El abogado inició su interrogatorio.

—¿Está absolutamente seguro de que la mujer que vio en el vestíbulo era la acusada?

—Sí señor, lo estoy.

—¿La identificó en el puesto de policía?

—Sí, señor.

—¿Dónde se encontraba ella?

—Estaba en una celda con cinco o seis mujeres más.

—¿Y logró usted identificarla?

—Sí, señor; lo conseguí sin el menor titubeo.

—¿Y la ha vuelto a ver después?

—Sí, señor; varias veces más.

—¿Ha hablado usted con ella?

—Sí, señor.

—¿Asegura que jamás vio a esta joven antes de que hiciese su aparición por primera vez, en el vestíbulo del hotel Richmell, en la madrugada del diecisiete?

—Que yo sepa, no señor.

—¿Y no volvió usted a verla hasta después de quedar sometida a la custodia policiaca?

—La vi cuando salió del hotel.

—Comprendo. Usted la vio entrar y salir, sin tropezarse más con ella hasta el instante en que fue llamado para identificarla en el puesto de policía. ¿No es así?

—Justamente.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Al día siguiente del asesinato, o sea, el dieciocho.

—¿Y dice usted que identificó a la acusada?

—Sí, señor.

—¿Está absolutamente seguro de no haberse equivocado en la identificación?

—Completamente.

—¿Usa usted gafas?

—Ya puede ver que sí.

—Y en la madrugada del diecisiete, ¿llevaba usted puestas sus gafas?

—Sí, señor.

—¿Y también el dieciocho, cuando identificó a la acusada?

—Sí, señor.

—¡Terminado el interrogatorio! —anunció Mason.

—Si el Tribunal me lo permite —intervino el fiscal—, creo que todavía tendré tiempo para interrogar a un nuevo testigo. Por lo menos podría empezar con él.

—Perfectamente, prosiga. El Tribunal seguirá reunido hasta las cinco de la tarde —dijo el juez Donahue.

—¡Llamen a Frank Faulkner! —dijo en voz alta. Frank Faulkner se aproximó al estrado, prestó juramento e indicó su nombre y

ocupación, explicando sus relaciones con Perry Mason, en su calidad de empleado de la «Agencia de Detectives Drake». Declaró que, a primera hora de la madrugada del diecisiete, había recibido la orden de dirigirse al hotel Richmell y situarse en algún punto estratégico desde donde pudiese vigilar el pasillo; que llegó al hotel a las dos y veinte de la madrugada, poco más o menos; que se instaló en los lavabos y que, cuando apenas hacía un instante que estaba en ellos, vio un hombre que salía del cuarto 511, ocupado por John Callender, cruzando el corredor para entrar en el 510; que, aproximadamente, a las dos y veintidós la acusada Lois Fenton salió del ascensor para entrar en el cuarto 511, en donde estuvo poco más de nueve minutos, abandonándolo a las dos y treinta y tres y penetrar de nuevo al ascensor para descender al vestíbulo; que a las dos cuarenta y cuatro, un individuo a quien no pudo conocer en aquel momento, pero al que posteriormente pudo identificar por Jasper Fenton, salió del ascensor, entró en el cuarto 511 y marchó casi inmediatamente, para dirigirse apresuradamente por el pasillo y bajar en el ascensor; que a las tres y dos, Arthur Sheldon, ocupante del cuarto 510, pagaba su cuenta y descendía al vestíbulo; que, con arreglo al acuerdo a que el testigo había llegado con el detective del hotel, tan pronto como Arthur Sheldon se retiró, el detective del hotel le relevó mientras él bajaba a la oficina, en donde consiguió que le diesen el cuarto 510; que, más tarde, volvió al cuarto 510 y, desde allí, mantuvo su vigilancia a través del pasillo, sin lograr sorprender a nadie que entrase o saliese del 511, hasta el instante en que llegó el agente que lo iba a relevar.

Faulkner, al declarar los últimos extremos, miró significativamente a Mason, tratando, por lo visto, de indicarle que no había dicho a la policía una palabra acerca de la visita que el abogado había hecho al cuarto donde se encontró el cadáver. El testigo informó, a continuación, de que, a eso de las cinco y media, Harvey, su otro compañero de la Agencia Drake, había cogido el relevo.

—¿Y está usted seguro de que la persona a quien vio salir del ascensor a las dos y veintidós para dirigirse al cuarto de John Callender, era la acusada Lois Fenton? —le preguntó Hamilton Burger.

—Sí, señor.

—¿Puede decirnos algo sobre la persona que más tarde volvió a salir de la habitación, dirigiéndose al ascensor?

—Era la misma.

—¿Llevaba algo con ella?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Un estuche negro de violín.

—¿En el momento en que se dirigía por el pasillo hacia el cuarto?

—Sí, señor.

—¿Y también cuando volvió a salir?

—Sí, señor.

—¡Interrogue! —le dijo el fiscal a Mason.

—Veamos —comenzó éste—: ¿Había visto alguna vez a la acusada, antes de aquel momento?

—Jamás, señor.

—¿Recuerda usted la descripción que me hizo de lo sucedido, cuando le solicité informe oral en este sentido?

—Sí, señor.

—En aquel momento, los hechos estarían más frescos en su memoria, ¿no es así?

—También lo están ahora.

—Pero en aquel instante, aún lo estarían más, ¿no?

—Tal vez, aunque no vea diferencia...

—Cuando usted me describió en aquel momento a la persona que marchaba por el corredor, ¿no me dijo usted que se fijó especialmente en sus piernas?

—No, señor. No recuerdo haber dicho tal cosa.

—Al describirla ¿no aludió usted a sus medias?

—Pues, creo que sí.

—¿Y pretende usted convencerme en que no se fijó en sus piernas?

Faulkner se removió en su asiento, arrugó el rostro y declaró.

—La contemplé de un modo global.

—¿En qué ocasión volvió a ver después a la acusada?

—El dieciocho cuando se dirigía al gabinete de identificación.

—¿Quiénes estaban presentes en aquel momento?

—El sargento Dorset, otro detective y Sam Meeker, el detective

del hotel Richmell.

—¿Nadie más?

—Había también un oficial de la policía, que tenía a su cargo los registros, sentado cerca de la entrada.

—Describanos usted esa sala de identificación, por favor.

—Se trata de una estancia pequeña y brillantemente iluminada, cuya pared del fondo aparece surcada por líneas horizontales, que permiten fácilmente calcular la altura de los detenidos. Aparece una línea a los cinco pies y, después, varias líneas más, una para cada pulgada, hasta llegar a los seis pies y siete pulgadas.

—¿Y asegura usted que la estancia aparece brillantemente iluminada?

—Sí, señor.

—¿Qué más hay allí?

—Una cortina blanca que cuelga frente a la pared del fondo y la sala en donde se sienta la policía, de tal modo que la persona que va a ser identificada no puede decir quién se encuentra al otro lado de la cortina. Las personas que se van a identificar son introducidas allí y se les obliga a caminar y a charlar un poco, a fin de que los que están observando puedan registrar el timbre de su voz y cuantos detalles consideren convenientes.

—¿Y vio usted a la acusada en dicho lugar?

—Sí, señor.

—¿El día dieciocho?

—Justamente.

—¿Y la identificó?

—Sí, señor.

—¿Dice usted que Samuel Meeker se encontraba allí?

—En efecto, señor.

—¿También la identificó él?

—Sí.

—¿Sin ninguna vacilación?

—Sin ninguna vacilación.

—¿Se fijó usted en la forma en que ella vestía?

—Sí, señor.

—¿Llevaba la misma ropa que la mujer a quien usted vio en el corredor del hotel, durante las primeras horas de la madrugada del diecisiete?

—Sí, señor.

—¿Escuchó usted su voz?

—La oí, aunque no creo haberla escuchado claramente la primera vez que la vi en el gabinete de identificación.

—¿Quiere decir que la vio allí en más de una ocasión?

—Sí, señor.

—¿Por qué motivo se le hizo volver al gabinete de identificación?

—El sargento Dorset parecía extrañarse un poco de la forma en que ella actuaba. Había...

—¡Protesto del interrogatorio! —intervino Hamilton Burger—. He accedido a que se prolongue más de lo debido, con la finalidad de evitar pérdida de tiempo, pero es indudable que el testigo no puede informar de lo que el sargento Dorset pudiera pensar en aquel momento. Tal extremo, si se estima pertinente, deberá correr de cuenta del propio sargento Dorset. Queda claro que el testigo no puede declarar nada en este sentido.

—Aceptada la objeción, por tratarse de una mera suposición del testigo —dijo el juez.

—El propio sargento Dorset me dijo...

—¡No nos interesa! —le atajó el juez Donahue.

—Bien —continuó Mason—. ¿Advirtió usted algo por sí mismo que le llamara la atención?

—La primera vez que entró en la sala de identificación observé que no había hablado con claridad. Se mantuvo más bien silenciosa, con la cabeza baja. Al sargento Dorset no le agradó la forma como se había conducido. Dijo que el oficial de servicio en aquel momento... Bueno, según parece, no estoy autorizado para declarar sobre este extremo.

—¿Se trataba de algún argumento? —preguntó Mason.

—Creo que sí. Finalmente, el hombre a cuyo cargo corría el trabajo, le dijo al sargento: «Si usted cree que puede hacerlo mejor, hágalo», o algo por el estilo y, entonces, Dorset respondió que así lo haría y consiguió que la muchacha fuese traída de nuevo.

—¿Esperaba usted, mientras tanto, en la sala de identificación?

—No; estuvimos hablando en otro sitio antes de marcharnos a casa. Según Dorset no le había satisfecho la forma como se había conducido la muchacha y nos rogó que aguardásemos un rato. Nos

sentamos y esperamos alrededor de quince o veinte minutos, hasta que, finalmente, Dorset regresó, diciéndonos que mientras más meditaba en el asunto menos satisfecho se sentía. Mandó llamar después al oficial que presta sus servicios en la sala de identificación, y sostuvo una disputa con él.

—Todo esto, naturalmente —intervino de nuevo Hamilton Burger— son meras divagaciones. Ya interpusi oportunamente mi objeción, pero, según parece, perderemos menos tiempo dejando que el testigo salga por sí mismo del atasco.

—¿Solicita usted que sea anulada esta parte de la declaración?

—No —dijo Burger—, aunque no haya razón alguna para registrarla. Sólo ruego al jurado que considere su improcedencia.

—Pida su supresión y todo ello será anulado —apuntó el juez.

—¡Oh, déjelo! —exclamó generosamente Burger, agitando su mano como quien se dispone a sacrificar todos los tecnicismos en aras de una justicia rápida y expedita.

Seguidamente, Mason se dirigió al testigo, preguntándole:

—¿Se observaba alguna animosidad entre los dos policías?

—¡Claro que se notaba!

—¡Santo Dios! —exclamó Hamilton Burger—, esto es tan ajeno a lo que debemos averiguar que...

—Ciertamente, el interrogatorio no es adecuado —reconoció el juez Donahue—. La defensa está capacitada para aludir a las circunstancias en que tuvo lugar la identificación, pero sin que la conversación sostenida entre los dos oficiales de policía respecto a sus particulares puntos de vista, tengan por qué sacarse a colación en este momento... Bien, señores, observo que son ya las cinco de la tarde, hora de suspender la vista. El jurado se mantendrá bajo la custodia del *sheriff*. ¿Se han tomado las medidas oportunas para su alojamiento en un hotel, *sheriff*?

—Sí, señor juez.

—Muy bien —dijo el magistrado—. Le conjuro a que mantenga firmemente bajo su custodia a los miembros del jurado.

El juez tomó juramento al *sheriff* y, seguidamente, se volvió hacia el jurado diciendo:

—Ustedes como miembros del jurado, están obligados a no expresar opinión alguna respecto a la culpabilidad o inocencia de la acusada, hasta el momento en que todas las pruebas se hayan

expuesto debidamente. Se les advierte que no deben discutir entre ustedes ni permitir que nadie lo haga en su presencia. Permanecerán bajo la custodia del *sheriff* y no se ahorrará medida alguna para garantizarles su comodidad. Toda violación de mis instrucciones será motivo de querella. Pido, por tanto, la cooperación de ustedes, a fin de no incurrir en violación alguna. El Tribunal volverá a reunirse mañana, a las diez horas.

Mason abandonó su asiento y se dirigió rápidamente a la mesa del secretario, diciéndole:

—¿Haría el favor de dejarme mirar ese abanico?

Se dedicó a examinar cuidadosamente el abanico presentado como prueba y, después, se dirigió al lugar donde Lois Fenton permanecía custodiada por un policía.

—¡Permítame un instante! —rogó Mason al guardián—. Desearía hablar con mi cliente.

Cogió a Lois Fenton por un brazo, la alejó del policía unos pasos y le dijo en voz baja:

—He observado que ese abanico fue confeccionado por una firma de San Luis. ¿Es que todos los abanicos que usan las bailarinas son hechos allí?

—No creo... ¿Por qué?

—Porque en un automóvil encontré dos abanicos. Puse un anuncio en un diario y *Cherie*

Chi-Chi

se presentó a reclamarlos. Ella me los describió perfectamente y yo se los devolví.

—¿Y era ese abanico uno de ellos? —preguntó Lois Fenton que parecía excitada.

—Estoy seguro.

—Pues se trata de uno de mis abanicos. En la parte inferior hice grabar mis iniciales en oro.

—Ya lo he observado —dijo Mason—. De todas formas, sigo firmemente convencido de que era uno de los que yo le entregué a *Cherie*

Chi-Chi

, horas antes del asesinato. ¿Cómo los perdió usted?

—No los perdí. John se los llevó al rancho y allí los dejó en custodia. Cuando me marché, traté de recuperarlos, pero él no quiso

devolvérmelos y tuve que comprar otros nuevos.

—¡Un detalle muy interesante! Si podemos probar que éste es uno de los abanicos que John le dio a Irene y que usted no veía desde...

—¡Continúe! —le dijo la mujer.

Mason movió la cabeza pensativo.

—Ahora pienso que el modo como, según usted, vino de nuevo a sus manos el abanico resulta demasiado fantástico. No suena a verdad.

—Pues así fue exactamente, señor Mason.

—Bueno, verdad o no, una cosa resulta evidente: que es de gran importancia si se quiere explicar que el abanico no estaba en su poder en el momento de cometer el asesinato. Usted no lo veía desde el día en que se alejó de su marido, que vino a visitar cuando... ¡Diablo!, me gustaría dar con alguna razón lógica para poder explicar la forma en que ese abanico llegó a su poder... y por qué trató de enterrarlo. Este extremo le perjudica notoriamente. ¿Y qué me dice de la sala de identificación? ¿Es cierto que la introdujeron allí por dos veces?

—Sí.

—¿La segunda, media hora después de la primera?

—Poco más o menos, eso sería. Pero están equivocados cuando aseguran que yo estaba de mal humor. No fue así.

—Lo importante es averiguar por qué la llevaron a la sala de identificación por segunda vez. Por supuesto, ¿usted no lograría ver nada a través de aquella cortina?

—Nada. La luz era tan fuerte, que quedé completamente cegada.

—¿Cuándo la metieron allí?

—La primera vez, casi inmediatamente después de haber sido detenida. Me sorprendieron cuando iba en su automóvil —Mason asintió y Lois Fenton continuó—: Después, me llevaron a la cárcel y, sin registrarme siquiera, me introdujeron en la sala de identificación. Luego, me sacaron para tomarme las impresiones dactilares y todo lo demás. A continuación, me metieron en la sala de identificación por segunda vez.

—Quizás pensaron que no resultaba legal hacerla pasar por la sala de identificación antes de ser registrada. En fin, no sé qué pensar.

—¿No aceptó usted la razón que dio el sargento Dorset?

—Lo ignoro... Lo único que sé, es que la maldita idea de ir a enterrar el abanico le perjudica a usted terriblemente.

—Arthur me lo entregó.

—Esa historia no se la creará el jurado.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: yo soy su abogado y tampoco la creo.

—¡Estoy lista!

19

Perry Mason se paseaba a lo largo de su despacho, mientras Paul Drake y Della Street contemplaban, en silencio, sus idas y venidas. De vez en cuando, el abogado musitaba algunas frases sueltas.

—Tenemos que dar con la otra bailarina de abanicos. Hay algo muy singular en todo este asunto. Resulta que el abanico es uno de los que yo mismo le devolví a *Cherie*

Chi-Chi

—No te empeñes en meter la cabeza por un muro de piedra —le dijo Drake—. El abanico lo explica todo perfectamente y Lois Fenton ya está condenada de antemano.

—Así parece, a juzgar como se presentan las cosas en este momento.

Se produjo una pausa, durante la cual Mason continuó paseándose lenta y pensativamente. Por último, se encaró con el detective, diciéndole:

—Tenemos que encontrar a esa *Cherie*

Chi-Chi

—Ya hemos hecho todo lo posible, pero esa mujer parece haberse desvanecido. He enviado agentes por todos los rincones sin obtener el menor resultado. La dama se ha evaporado.

—¿Cuándo comprobaste su desaparición?

—Unas veinticuatro horas después de que el sargento Holcomb la localizó para someterla a un interrogatorio. Regresó a su departamento en las últimas horas de la tarde del dieciocho. Mi agente destacado allí para vigilarla, comprobó que la bailarina estuvo en su domicilio una media hora para salir, finalmente, con una maleta. Subió a un taxi y mi hombre la siguió, pero incurrió en una torpeza. Un policía de tráfico lo detuvo por haber atravesado la

calle sin hacer caso de la señal luminosa y, mientras él le daba las explicaciones pertinentes, el taxi desapareció. Cuando mi agente volvió a la caza del taxi ya no pudo conseguir nada. Recibí su informe hace poco.

—¿Estás seguro de que el incidente fue fruto exclusivo de la casualidad?

—¿Insinúas que el policía pudo haber detenido a mi agente con la finalidad de ayudar a la bailarina?

Mason asintió con la cabeza y Drake se mantuvo pensativo.

—No deja de ser una idea —admitió, por último, el detective—. Creo que es algo que merece reflexionarse.

—¿Qué ocurrió en la oficina de Barlow, Paul? ¿Averiguaste algo?

—Tu treta fue algo magnífico, Perry. Tan pronto como abandonaste la oficina de Barlow, se apresuraron a destruir la fotografía de Lois Fenton y a modificar los registros, consignando un solo nombre de bailarina de abanicos: Irene. Cuando Dorset se presentó allí, Barlow y su secretaria creyeron que pretendería averiguar el fraude. Le dijeron, por lo tanto, que *Cherie*

Chi-Chi

y Lois Fenton eran una misma persona; le mostraron fotografías y llamaron a *Cherie*

Chi-Chi

. Dorset dispuso que ésta le acompañase a fin de interrogarla. No hay duda de que se creyó la historia que le contaron. Inmediatamente, partió a la caza de Lois Fenton, mientras Irene se convertía en humo.

Mason que se había detenido frente al detective, reanudó sus paseos.

—Pues, no hay más remedio que localizar a esa mujer —dijo.

—¿Y qué pasará en el caso de que la encuentren? Me apuesto la cabeza a que no va a mostrarse muy comunicativa contigo.

—Eso me tiene sin cuidado —declaró Mason—. La haré subir al estrado, y le haré unas cuantas preguntas.

—Cuando la localices será tarde, porque Lois Fenton ya lucirá un bonito uniforme y no llevará los labios pintados.

—¡Me has dado una idea, Paul! Le preguntaré dónde se encuentra el vestido que usaba el día del asesinato, le pediré que lo

describa y, después, haré que declare si se parece o no al vestido que lleva la acusada. La desconcertaré y, después, le pediré que se vista con las ropas que usó el día del crimen.

—Muy bien. Todo eso será muy divertido, pero de escasa utilidad —opinó Drake— los testigos ya han identificado a Lois y no se desmentirán fácilmente.

En aquel instante, alguien llamó a la puerta del despacho privado de Mason. Primero, suavemente y después, al no obtener respuesta, de un modo más imperativo. Mason miró significativamente a Della Street y ésta abrió la puerta.

—¿Cómo está señorita Street?

—¡Caramba! ¡El señor Faulkner!

Drake saltó de su silla.

—¡Hola, Frank! ¿Qué demonios pasa?

—Disculpen la interrupción —dijo el visitante—, pero es que deseaba hablar con ustedes.

—¡Adelante! —invitó Mason cordialmente.

Faulkner penetró en el despacho, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

El recién llegado se dirigió a Mason, diciendo:

—Sospecho que usted esperaba de mi otra cosa, ¿no?

—Ya comprendo que nadie corre espontáneamente a la policía para informarle —dijo Mason—. Siempre es la policía la que corre en pos de nosotros.

Faulkner se dirigió a uno de los sillones y se sentó tranquilamente, cruzando las piernas.

—Como comprenderá —dijo—, nada hay de inmoral en mi postura. La policía tiene perfecto derecho a exigir de un detective que éste le haga entrega de toda su información cuando se trata de un homicidio del cual él ha sido testigo, pero en cambio, no puede impedir que este detective informe también a otras personas.

Mason asintió con un ademán, y Faulkner prosiguió:

—Bien; creí que a ustedes les gustaría saber dónde se encuentra

Cherie

Chi-Chi

. Está en poder de la policía.

—¡Eh!

—Sí. La policía la tiene en sus manos.

—¿Bajo qué acusación?

—Lo ignoro, aunque sospecho que se trata de una especie de trato...

—¿Quiere insinuar que está confinada voluntariamente?

—Así parece.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque la he visto y he hablado con ella.

—¿Cuándo?

—En dos o tres ocasiones.

—¿Sabe usted si alguien más ha podido verla y charlar con ella?

—Sam Meeker.

—¿Y qué es lo que se pretende? —preguntó Drake.

—El problema es bien sencillo, a mi juicio —dijo Mason con acritud—. Se trata de una de las tretas del sargento Holcomb, porque dudo mucho que el teniente Tragg se atreviese a fomentar semejante tontería.

—¡Así es! —confirmó Faulkner—. Holcomb es uno de los que ha organizado el negocio.

—Pues, todavía no comprendo... —murmuró Drake.

—Es algo muy simple —le dijo Mason—. Ellos estiman que yo podría llevar en cualquier momento a *Cherie*

Chi-Chi

ante el Tribunal, para hacer una presentación dramática de ella que tal vez confundiese a los testigos, y temen que si éstos tienen oportunidad de relacionarse con ella las aguas se enturbien. Los testigos, que en este momento sólo están relacionados con Lois Fenton, tendrían oportunidad de ver a *Cherie*

Chi-Chi;

o sea, que se encontrarían ante dos muchachas que se parecen mucho en figura y otras características generales, aunque sus facciones no sean idénticas.

—¡Bien! —dijo Faulkner—. Creí mi deber informarle de este extremo. Me pareció que se le presentaba un fracaso en perspectiva, y decidí suministrarle este dato. La policía no tiene el menor derecho a exigir que una persona se reserve lo que sabe.

—¿Cómo se encontraba vestida *Cherie*

Chi-Chi

cuando usted la vio? ¿Acaso, como Lois Fenton?

—Las dos primeras veces, no; la última, sí.

—¿Puede usted decirnos algo más?

—Pues, que, después de haber visto a esa muchacha y hablado con ella un par de veces, el sargento Holcomb nos preguntó si creíamos que nos confundiríamos en caso de que la viésemos usando las mismas ropas que vestía Lois Fenton.

—¿Y qué contestaron ustedes?

—Le dijimos que, a nuestro juicio, no habría posibilidad de que ocurriera tal cosa. El sargento Holcomb puso de relieve que la muchacha tenía un tipo muy semejante y que, si se ponía idénticas ropas, quizás cualquier testigo pudiese incurrir en la equivocación.

—¿Qué pasó después?

—Nos llevó a un cuarto situado en el patio de los detenidos y

Cherie

Chi-Chi

caminó alrededor de nosotros. El sargento le pidió que anduviese como Lois Fenton y ella lo hizo bastante bien.

—Veamos —dijo Mason de súbito—. ¿Hay alguna probabilidad de que esta *Cherie*

Chi-Chi

pudiera ser la muchacha que usted vio en el pasillo?

Faulkner encendió un cigarrillo antes de responder:

—Ya estuve pensando en eso mismo.

—Piense una vez más —le dijo Mason.

—En principio —declaró Faulkner—, hubiese jurado que no. Sus rostros difieren bastante, aunque sus figuras sean muy parecidas, y tengan el mismo aire. A decir verdad, yo aseguraría que la muchacha que vi en el corredor era Lois Fenton, pero...

—¡Comprendo! —dijo Mason—. Considerando la forma en que se desarrolló todo, es lógico que piense así. Usted contó con la oportunidad de familiarizarse con la apariencia de *Cherie*

Chi-Chi

cuando no iba vestida como Lois Fenton, y es natural que discurra que el haber querido pasar por Lois Fenton usted no habría caído en el engaño.

—Eso mismo piensa Sam Meeker —admitió Faulkner—, pero yo ahora tengo mis dudas. Si esa *Cherie*

Chi-Chi

fuese llevada ante el Tribunal vestida como la mujer que vi en el hotel tal vez pudiese incurrir en una equivocación. No digo que incurriría, sino que tal vez podría incurrir.

—¿Cuándo la vio usted?

—Más o menos, una media hora después de que el Tribunal cesó en sus funciones. El sargento Holcomb dijo que, a su juicio, la defensa trataría de tender alguna trampa, porque ya tenía experiencia de su astucia para sorprender a los testigos.

—¿Quedamos en que usted fue allí, y vio a *Cherie*

Chi-Chi

vestida como si fuese Lois Fenton?

—Justamente.

—¿Qué dijo usted?

—En aquel momento, le dije a Holcomb que no creía en la posibilidad de equivocarme, y Meeker añadió, a su vez que le constaba no haber incurrido en error alguno, pero yo seguí pensando por mi cuenta.

—¿Le vio alguien venir aquí?

—Tomé mis precauciones. Pensé que podrían vigilar mis pasos y por eso traté de cerciorarme de que nadie me seguía.

—¡Perfectamente! —le dijo Mason—. Será mejor que se retire. Necesito reflexionar sobre lo que me ha dicho.

—¡Muy bien, señor Mason! —dijo Faulkner, quien seguidamente, se despidió cordialmente.

Cuando el personaje se hubo marchado, Mason se dirigió a Drake, diciéndole:

—Solicitaré de la acusación que presente a *Cherie*

Chi-Chi

·
—¿Cuándo?

—El Tribunal se reunirá mañana a las diez. Un minuto más tarde, podrás gozar de los fuegos artificiales más hermosos que puedas soñar.

20

El ujier anunció que la vista quedaba abierta, y el juez Donahue entonó la fórmula habitual:

—Señores; ¿se encuentra el jurado y el acusado en la sala?

—Así es —dijo Mason.

—Así es —anunció Burger.

Perry Mason se puso en pie.

—Señor juez, antes de reanudarse la vista desearía aludir a un hecho sobre el cual me gustaría llamar la atención del Tribunal. Me refiero a un testigo, testigo potencial para la defensa, a quien no hemos podido localizar a pesar de todos los esfuerzos realizados y...

—Deme el nombre de ese testigo —le interrumpió Burger—, infórmeme sobre lo que espera comprobar a través de su testimonio, y quizás pueda ayudarle.

—Su nombre es Irene Kilby —anunció Mason—, aunque profesionalmente actúa bajo el de *Cherie*

Chi-Chi

, habiéndose ocultado últimamente bajo un tercer nombre, el de Lois Fenton. Ha usado ropas de idéntica apariencia a las que viste Lois Fenton, ha hecho apariciones con el nombre de esta última señora y ha tratado, por todos los medios, de dar a su figura un aspecto que permita confundirla con ella. Nos proponemos demostrar que esta testigo estuvo en el hotel Richmell la noche del asesinato, a eso de las dos y veinte de la madrugada.

—¿Y cómo se propone demostrarlo?

—Por la propia testigo.

—Será interesante verle a usted intentarlo —dijo Burger.

El juez Donahue frunció el entrecejo e intervino, dirigiéndose a la defensa:

—No alcanzo a ver la necesidad de una declaración así en este momento, señor Mason.

—La razón que me impulsa a esta declaración, señor juez, es bien simple: acabo de descubrir que, si no hemos podido encontrar a esa testigo a pesar de haberla buscado insistentemente, es porque la policía la mantiene incomunicada.

—¿Pretende usted decir que la policía la oculta? —preguntó Burger.

—Desde mi punto de vista, sí.

—¡Señor juez, protesto! La ley concede específicamente a la acusación atribuciones para retener testigos materiales, y ella es una testigo material para la acusación.

—No acepto esa afirmación —dijo Mason.

Burger, rojo de cólera, gritó:

—¡Lo haré una y otra vez! Esa mujer es una testigo material.

—¿Admite usted que ha sido mantenida oculta en circunstancias tales que yo no podía descubrir dónde se encontraba? —preguntó Mason.

—No tenemos la obligación de escribirle todos los días para informarle acerca de nuestras intenciones —replicó Burger—. Sostengo, señor juez, que esa mujer es una testigo material.

—¿Qué es lo que puede atestiguar? —preguntó Mason.

—Ciertos extremos que serán revelados, en el momento oportuno, cuando suba al estrado.

—Usted no ha pensado jamás en hacerla subir al estrado.

—¡Se equivoca!

—Pues bien; entonces, llámela ahora —le dijo Mason.

—No tengo por qué hacerlo en este momento.

—Si ella puede atestiguar en favor de la acusación que venga al estrado —insistió Mason con acento de desaffo—, y así oiremos todos lo que tiene que decir. En cuanto usted haya terminado la interrogaré como testigo de la defensa.

El juez Donahue miro interrogativamente al fiscal Hamilton Burger y éste declaró:

—La testigo en cuestión vendrá cuando lo estime conveniente.

—¿Promete al Tribunal que la llevará al estrado de los testigos? —indagó el juez.

—Nada me obliga a semejante promesa.

—De todas formas, señor fiscal del distrito, si bien el orden de las pruebas corre ordinariamente de su cuenta, estimo que esa

mujer es una testigo material para la acusación a quien la defensa desea interrogar, sería mucho mejor para usted hacerla subir al estrado, tomarle declaración y después, dejarla disponible, a fin de que la defensa la utilice, en caso de que así lo desee.

—La defensa no desea utilizarla —señor juez—. Se trata sencillamente de un pretexto...

—¡Deseo utilizarla! —insistió Mason.

—¿Qué se propone probar con su testimonio? Tal vez, si me lo explica, me allane a su deseo.

—Me propongo demostrar a través de esa testigo, que fue ella la mujer que otro testigo identificó como la acusada; la mujer que estuvo en el hotel a las dos y veinte minutos de la madrugada.

—¡Eso es absurdo! —le dijo Burger—. Esos testigos se darían inmediata cuenta de que la mujer no era la acusada.

—¡Que venga al Tribunal! —dijo Mason—; que venga vestida tal como estaba cuando fue arrestada y, al decir esto, quiero expresar que vista ropas idénticas, en corte, color y confección a las usadas por la acusada.

—¡Muy bien! —gruñó Burger—. Usted lo ha querido. La traeré ante el Tribunal y le daré todas las oportunidades que solicita. Señor juez, creo que en quince minutos podré satisfacer la petición de la defensa. La haré desfilar frente a los testigos. Entretanto tal vez ganemos tiempo llamando a otro testigo: Jasper Fenton. ¡Venga y preste juramento, señor Fenton!

Jasper Fenton, un joven de hombros estrechos, en cuyo rostro se leía una expresión de acentuado cinismo, se instaló en el estrado. Con voz monótona respondió a las preguntas preliminares. Después, cuando Burger empezó a llevarle al escenario del crimen, la voz del joven se tornó ligeramente nerviosa.

—¿Dónde se encontraba usted en la madrugada del diecisiete de septiembre del presente año? ¿Estaba en el hotel Richmell?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Creo que eran exactamente las dos y cuarenta y cuatro.

—¿Adónde se dirigía usted?

—Fui al cuarto de John Callender, quiero decir que entré en ese cuarto aproximadamente a las dos y cuarenta y cuatro.

—¿Y cuándo se retiró?

—Inmediatamente.

—¿Por qué?

—Abrí la puerta y le vi muerto, tendido en el suelo. Entonces, marché asustado.

—¿Estaba usted citado con él?

—Sí, señor.

—¿A qué hora quedó fijada la cita?

—No se trataba exactamente de una cita. Me mandó avisar para que fuera a verle.

—¿A qué hora tenía usted que encontrarse en el hotel?

—A las dos de la madrugada. Me dijo que debería estar allí a esa hora en punto.

—Pero usted se retrasó, ¿no?

—Exactamente, señor.

—¿Por qué motivo?

—Me entretuve para beber unas copas, a fin de animarme un poco. Temía enfrentarme con él.

—¿Por qué?

—Sabía que trataba de hacerle un chantaje a mi hermana Lois Fenton, valiéndose de mí.

—Al mencionar a Lois Fenton, ¿alude a la acusada?

—Sí, señor.

—¿Es su hermana?

—Sí, señor.

—Ahora, hablemos claro, señor Fenton —le dijo Hamilton Burger—: ¿Tenía John Callender algún asunto pendiente con ustedes?

—Efectivamente.

—¿De qué se trataba?

El testigo se agitó en el asiento, antes de responder:

—Yo trabajé bajo sus órdenes. Falsifiqué su nombre en algunos cheques a fin de solventar ciertas dificultades. Él guardaba esos cheques y me amenazaba con ellos.

—¿Nada más?

—Cuando empezó a perseguir a mi hermana, amenazándola con denunciarme, me sentí desesperado. Cogí el caballo de mi hermana y me dirigí al rancho de John Callender. Cuando llegué, logré penetrar en el cuarto donde se guardaban sus documentos. Había

conseguido abrir la caja de seguridad, cuando un vigilante que pasó por el pasillo vio la luz de mi linterna. Me enfocó con la suya y gritó pidiendo ayuda. Entonces, hui a toda prisa, salté sobre el caballo y partí, al galope, mientras el vigilante disparaba su pistola.

—¿Qué pasó con el proyectil?

—Rozó al caballo y se incrustó en la silla.

—¿Sintió usted el impacto?

—Si señor, noté el choque del proyectil en la silla.

—¿Realizó, usted, posteriormente, alguna investigación para comprobar si la bala se había incrustado en la silla?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo, después?

—Me sentí presa del pánico. Salté del caballo y lo azoté con el látigo hasta que éste echó a correr. Después, regresé a casa.

—Bien, no trate de ocultarnos nada —le dijo Hamilton Burger untuosamente—: ¿Admite que cometió falsificaciones y que se dirigió a casa de John Callender para intentar violar su caja fuerte?

—Sí, señor.

—¿Se enteró el señor Callender de lo ocurrido?

—Sí, señor.

—¿En qué forma reaccionó?

—Intentó obligar a mi hermana a que volviese a su lado, bajo amenaza de entablar acción judicial contra mí.

—¿Quería el señor Callender discutir con usted acerca de este asunto?

—No quería discutir nada conmigo, sino imponerme lo que tenía que hacer.

—Y cuando usted encontró el cadáver de John Callender con la espada hundida en el pecho, ¿pensó exclusivamente en escapar de allí, sin notificar a nadie lo que acababa de descubrir?

—Sí señor, aunque sólo sea cierto en parte.

—¿Por qué dice eso último?

—Después de marchar, reflexioné con calma y, al día siguiente, me dirigí a la policía.

—¿Por propia iniciativa?

—Así fue.

—¿Formuló ante la policía declaración escrita?

—Sí, señor.

—¿Y no sabía usted entonces —continuó Burger suavemente—, que su hermana estaba comprometida en el asunto? ¿Ignoraba que era acusada del crimen?

—¡Un momento! —interrumpió Mason—. La pregunta ha sido hecha viciosamente.

—Si el Tribunal me lo permite —dijo Burger—, diré que la pregunta va en interés del propio testigo.

—Aun así —dijo Mason—, es una pregunta que sólo puede ser formulada en interrogatorio preliminar.

El juez Donahue intervino, diciendo:

—Rechazada la objeción de la defensa. Opino que el jurado está autorizado para conocer los detalles del caso. ¡Responda el testigo!

—No; en aquel momento yo ignoraba que el nombre de mi hermana apareciese mezclado en el crimen —declaró Fenton.

—¿Y lo consignó así en su declaración escrita ante la policía?

—Sí señor.

—Resulta, pues, que usted es un testigo involuntario que declara...

Mason intervino en aquel momento.

—El testigo no está declarando, sino el fiscal del distrito. Protesto, señor juez, de que el fiscal haga que se inscriban en el registro una serie de preguntas a las que los testigos asienten simplemente.

—La objeción es admitida —dijo el juez Donahue—, y creo, efectivamente, que el fiscal del distrito se afana en orientar con insistencia al testigo. No admitiremos más preguntas orientadoras.

—He terminado —dijo el fiscal.

Ya se alzaba Mason de su asiento, cuando en la sala se produjeron ciertos rumores. Burger miró significativamente a uno de los policías, y éste dio la señal.

—Si el Tribunal lo permite —anunció el fiscal—, la testigo Irene Kilby puede subir al estrado. Ha sido traída a petición de la defensa, y si ésta desea hablar con la testigo puede hacerlo con absoluta libertad. Sospecho que sólo desea utilizarla como recurso para confundir a los testigos que ya han declarado. No obstante, no pienso hacer objeción alguna a las pruebas que desee realizar. ¡Avance, señorita Kilby, para que el jurado y los testigos puedan verla!

La aludida obedeció, avanzando hacia el estrado, con la cabeza alta.

El juez Donahue la miró primero con un interés relativo, pero, de súbito, fijó los ojos en ella, contemplando después a Lois Fenton a quien se dirigió, diciendo:

—Que la acusada se ponga de pie. Ahora, colóquense ambas allí, una al lado de la otra. ¿Alguna objeción, señor Mason?

—Ninguna, señor juez.

El juez contempló a las dos mujeres.

—¡Bien! —exclamó—. He aquí una situación verdaderamente extraña. El parecido no es grande por el rostro, pero si por la figura. Ambas son, a mi juicio, casi idénticas en cuanto a complexión y altura, y visten de un modo muy semejante. ¿Desea decir usted algo, señor Burger?

El aludido respondió:

—Señor juez, si hubiera supuesto que la defensa planeaba llevar a cabo una cosa tan espectacular...

—Eso es asunto que ahora no importa —interrumpió el juez Donahue—. En este momento sólo me interesa saber a qué obedece esta mascarada por parte de una de estas jóvenes. La acusada puede sentarse. Solicito de la testigo Irene Kilby que permanezca así por un instante. Siga de pie, señorita Kilby. ¿Decía usted, señor Burger?

—Informaré de ciertos hechos que el señor Mason conoce muy bien. La testigo usaba el nombre de Lois Fenton y vestía como ella, acentuando el parecido con la acusada, por razones que resultan obvias cuando se conoce la situación.

—Bien, me gustaría conocer esas razones.

—Me explicaré —continuó Burger—: Esta joven deseaba ser bailarina de abanicos, como lo había sido Lois Fenton, quien, al contraer matrimonio, canceló su carrera artística. En el momento de casarse, tenía firmados varios contratos... ¿Puedo continuar?

—Estoy ansioso de escuchar todo lo que el fiscal del distrito pueda decir, siempre que, por supuesto, la defensa no haga objeciones. ¿Considera que no da lugar a objeciones, señor Mason?

—No tengo ninguna que hacer —declaró Mason—. El fiscal del distrito puede formular cuantas declaraciones estime pertinentes siempre que lo haga bajo juramento. Así, más tarde, yo podría interrogarle como si se tratase de un testigo. Repito que no tengo

objeción que hacer a las explicaciones preliminares que el fiscal tenga a bien plantear, pero, en lo referente a los hechos, la testigo misma es la única que con su testimonio puede hacerlos evidentes.

—¡Pero esto se aparta de la causa! —protestó Hamilton Burger con acento irritado—. Trato sólo, señor juez, a petición suya, de hacer una explicación preliminar.

—Si esto se aparta de la causa —arguyó Mason—, ¿por qué entonces, retenía a esta mujer en calidad de testigo material? ¿Qué va a testimoniar?

—La retuve para que usted no pudiera...

—¡Continúe! —le dijo Mason, al ver que Burger se detenía de pronto—. Estaba a punto de revelar el verdadero motivo de la detención de Irene Kilby.

—¡Basta, señores! —intervino el juez Donahue—. Estos diálogos entre ambas partes son improcedentes. El Tribunal se limita a solicitar cierta información, y si el abogado de la defensa se opone a cualquier declaración del fiscal hecha de esta forma, será necesario, naturalmente, que la testigo suba al estrado.

—Pero esto sería tratar de probar algo negativo —dijo Hamilton Burger—. Sólo es importante considerando el punto de vista de la defensa, cuando sostiene que nos esforzábamos en engañar a alguien con una supuesta mascarada, extremo que no podrá probar.

—¡Sostengo que así ha ocurrido! —gritó Mason.

—¡Demuéstrelo! —le desafió Burger.

—¡Cada cosa a su tiempo, señores! —intervino el juez Donahue—. Ahora, señor Mason, responda: ¿Objeta la declaración del fiscal?

—No, siempre que sólo sea preliminar. Pero si con su declaración busca soslayar la necesidad de que esa mujer suba al estrado, entonces sí.

—¡Bien! —dijo el juez—. Tal vez fuese mejor proceder en la forma ordinaria. Dada la singular situación planteada, el Tribunal considera, ahora, conveniente que sea aclarada por completo.

—Perfectamente. Y, puesto que la joven ya está aquí, desearía, con la venia del Tribunal, llamar nuevamente a Samuel Meeker para interrogarle —solicitó Mason.

—No hay objeción —dijo Burger, dedicando a la defensa una burlona reverencia—. ¡Continúe!

—¡Basta, señor Burger! —le dijo el juez Donahue—. ¿No

podríamos proseguir sin que surgiesen más diálogos entre la acusación y la defensa?... Bien, ¿dónde estábamos? ¡Ah, ya!, se trataba de que Sam Meeker suba al estrado. Señor Samuel Meeker, ¿tendría la bondad de ascender al estrado de los testigos?... No, no; ya ha prestado juramento. Ahora, tome asiento en esa silla. ¿Desea usted interrogarle nuevamente, señor Mason?

—Sí, señor juez... Señorita Kilby, ¿tendría la bondad de marchar por la sala, en dirección a la mesa de los abogados, para que los testigos puedan contemplarla?

La aludida avanzó como se le había indicado.

—De ese modo no —le indicó Mason—, sino como usted acostumbra a caminar.

Irene Kilby lo contempló con los ojos abiertos de par en par.

—Temo no saber el modo como usted quiere que camine, señor Mason.

—Con cierto aire voluptuoso, oscilando las caderas. Estoy seguro de que sabe andar de ese modo.

—¡Señor juez, me opongo a eso! —intervino Hamilton Burger—. La defensa ha hecho ya caminar a la testigo y ella ha obedecido. Si el señor Perry Mason está dispuesto a afirmar que ha visto andar a la testigo con un voluptuoso contoneo de caderas, entonces debe prestar juramento y pasar él a su vez al estrado, para que lo interroge yo.

—La defensa ha solicitado de la testigo que camine de un modo particular —opinó el juez Donahue—, sin que, a mi juicio, tenga derecho a ello. Ha pedido a la señorita Kilby que camine un poco y ella le ha obedecido. Creo que esto es lo máximo a que puede aspirar, mientras no haya pruebas que demuestren que esta señorita solía andar de un modo distinto en alguna otra época.

—¡Muy bien! —dijo Mason—. Dígame, señor Meeker, ¿cree que existe alguna posibilidad de que esta joven que tiene frente a usted, sea la misma que llegó al hotel Richmell a eso de las dos y veinte de la madrugada y...?

—No; no creo.

—Permítame que termine la pregunta, ¿... y que fue detenida por usted en el ascensor o cerca de los ascensores y llevada a la cabina telefónica, desde donde llamó al cuarto de John Callender?

—Repito que no creo que haya posibilidad de que fuese ella.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—¿Reconoce que existe cierto parecido entre esta joven y la acusada?

—Sí, por lo que respecta al tipo y a la vestimenta, pero a esta señorita la podría identificar en cualquier parte como Irene Kilby. Fue la acusada la joven que estuvo en el hotel y a la que también reconocería en otro sitio cualquiera.

—¿Cuándo vio por última vez a Irene Kilby?

—Ayer por la tarde.

—¿Y anteriormente?

—No recuerdo con exactitud. Tal vez ayer, por la mañana.

—¿Y no la vio en otra oportunidad, antes de la iniciación de esta causa?

—Sí.

—¿Qué razones le impulsaron a verla?

—El sargento Dorset quería asegurarse de que no era ella la joven que yo había visto en el hotel. Me la mostró para preguntarme si había alguna posibilidad de equivocación por mi parte.

—¡Ah, comprendo! —dijo Mason—. En otras palabras, la policía consideró oportuno recurrir a todos los medios para familiarizarle a usted con las facciones de Irene Kilby, a fin de ahorrarle la sorpresa que experimentaría en caso de verse súbitamente enfrentado con ella ante el Tribunal. ¿No es así?

—¡Objetada! —dijo Burger—. La pregunta de la defensa pide una conclusión argumentativa.

—Apoyada la objeción.

—Y antes de que el sargento Dorset le llevara usted a ver a Irene Kilby, ¿no demostró aquel interés por inculcar en usted la convicción de que esta señorita era Irene Kilby y no la Lois Fenton que usted ya había identificado?

—Pues... sí.

—¡Eso es todo! —le dijo Mason.

—Prosiga —le indicó el juez Donahue, dirigiéndose al fiscal.

—Jasper Fenton —dijo Burger— se encontraba en el estrado y, según parece, el señor Mason iba a iniciar su interrogatorio.

—Si el Tribunal me lo permite —intervino Mason—, tenía

entendido que el fiscal del distrito se proponía sentar a esta señorita en el estrado de testigos.

—Usted ya ha puesto de manifiesto todo cuanto quería descubrir —le dijo Burger.

—Pero usted la retenía como testigo material.

—¿Y qué?

—Pues que si usted hubiese conseguido mantenerla incomunicada en cierto lugar donde yo no hubiese podido dar con ella, aparece claro su propósito de abusar de sus prerrogativas, en perjuicio de los intereses de este Tribunal.

—Creo haberle oído ya ese argumento.

—Es que me interesa repetirlo —insistió Mason— porque no desearía que existiese duda ninguna en este punto: O usted llama a la testigo al estrado o bien le explica al Tribunal por qué la retenía en cierto lugar donde yo no podía encontrarla, bajo la excusa de que se trataba de una testigo material.

El fiscal del distrito reflexionó durante algunos instantes y, de súbito, adoptó la decisión:

—Irene Kilby, pase al estrado.

Después de que la testigo prestó juramento, Burger se encaró con ella.

—Su verdadero nombre es Irene Kilby, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Ha usado alguna vez otro nombre?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—He tenido dos: el teatral de *Cherie*

Chi-Chi

y el de Lois Fenton.

—¿Por qué razón adoptó el de Lois Fenton?

—Porque ella me autorizó.

—¿Quiere decir que la joven sentada a la derecha del señor Mason, acusada en la causa del pueblo contra Lois Fenton, le dijo usted que podría usar su nombre?

—Sí, señor.

—¿Cuáles fueron sus palabras? Infórmenos de la conversación.

—Pues, me dijo...

—¡Un momento! —interrumpió Mason—. ¿Hubo algún acuerdo

escrito?

—Sí, señor.

—Entonces, considero que el documento escrito será la mejor prueba —apuntó Mason.

Burger frunció el ceño, dirigiéndose a la testigo.

—¿Dónde está ese documento, señorita Kilby?

—Lo ignoro.

—¿Cómo es eso?

—Se lo entregué a John Callender y, desde entonces, no lo he vuelto a ver.

—¿Cuándo se lo dio?

—Pocos días antes de su muerte.

—¿Y lo ha buscado usted, sin poder encontrarlo?

—Efectivamente.

—Muy bien. En vista de ello, infórmenos de lo que aparecía estampado en ese documento.

—Yo me proponía hacer carrera como bailarina de abanicos, pero no tenía muchos contratos. Este no era el caso de Lois Fenton, artista del género muy solicitada. Cuando contrajo matrimonio y renunció a las tablas, yo le dije si podría remplazarla, cumpliendo sus compromisos. Ella accedió a mi petición y cuando le pregunté si podría usar su nombre, me autorizó a ello.

—Perfectamente. Ahora, díganos: ¿estuvo usted en el hotel Richmell, en la madrugada del diecisiete de septiembre?

—Sí, señor. Llegué a él poco antes de las dos de la madrugada. Fue la única ocasión en que estuve en el hotel.

—¿Vio usted a John Callender?

—Sí.

—¿Y habló usted con él?

—Sí, señor.

—¿Sobre qué asunto?

—Sobre el convenio con Lois Fenton. Me respondió que el documento se lo había entregado a ella. Salí del cuarto a eso de las dos, sin volver más por allí. Una camarera me vio marchar.

—¿Vio usted a Samuel Meeker, el detective del hotel, cambiando con él algunas palabras?

—No, señor.

—¡Su testigo! —le indicó Burger a la defensa, señalándole a

Irene Kilby.

Mason se puso de pie dispuesto a iniciar el interrogatorio.

—Quedamos en que para aprovecharse de la fama de Lois Fenton como bailarina de abanicos, usted copió su vestuario. ¿No es así?

—¿Qué de malo hay en ello?

—Usted respóndame si hizo eso o no.

—Tuve que hacerlo, naturalmente.

—¿Por qué motivo?

—Los contratos de Lois Fenton se habían firmado por mediación de su agente, el señor Barlow y éste tenía fotografías de su cliente.

—¿Se refiere usted a Sidney Jackson Barlow?

—Sí, señor.

—¿Quería evitar que el señor Barlow se enterase de la sustitución?

—Naturalmente.

—Quedamos, pues, en que usted empezó a vestirse de tal forma, con el deliberado propósito de que se la confundiera con Lois Fenton, ¿no es cierto?

—¿Qué hubiera hecho usted en parecidas circunstancias?

—Soy yo el que está preguntando.

—Pues en efecto procedí así. Ahora, precisamente, uso tales ropas.

—¿Y el señor Barlow, no dio muestras en ningún momento de sospechar que usted no fuese la verdadera Lois Fenton?

—Hasta que usted fue a verle, no.

—¡Bien! —dijo Mason—. Hablemos, ahora, de la tarde del diecisiete de septiembre. ¿Fue usted ese día a la oficina del agente Sidney Jackson Barlow?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió allí?

—Pregunta improcedente —interrumpió Hamilton Burger—. Se trata, señor juez, de un punto que no fue tocado en el examen directo y que no guarda relación con la causa.

El juez Donahue se dirigió a Mason, diciéndole:

—Creo que, efectivamente, su pregunta resulta fuera de lugar.

—Si el Tribunal me lo permite —arguyó Mason—, desearía demostrar que, en esa ocasión la policía la arrestó tomándola por

Lois Fenton y comunicándole que se la detenía como presunta asesina de John Callender.

—¿Pero qué tiene que ver eso con...? —preguntó todo absorto el juez Donahue—. Salta a la vista las singulares circunstancias en que se viene desarrollando esta causa. Voy a concederle entera libertad en su interrogatorio, aunque no alcance a comprender exactamente qué puede ser revelado a través de la pregunta que acaba de formular. Suponiendo que la descripción de Lois Fenton fuese radiada y que la policía la arrestase creyendo erróneamente que se trataba de Lois Fenton, ni aun así logro vislumbrar el alcance que usted pretende dar a la pregunta.

—Se trata, simplemente —dijo Mason—, de demostrar que la testigo fue trasladada después a la cárcel; que al día siguiente se la llevó al gabinete de identificación, en donde se pueden ver a los detenidos sin que éstos se percaten de ello y, por último, que mientras ella se encontraba en este último lugar, fue identificada por los testigos Sam Meeker y Frank Faulkner como la mujer que ellos vieron en el hotel Richmell el diecisiete de septiembre, a eso de las dos y veinte de la madrugada.

—¡Usted no puede probar tal cosa! —gritó Hamilton Burger—. ¡Usted...!

—Denme la oportunidad y lo haré así —replicó Mason con acritud.

—¡No comprendo...! —exclamó el juez Donahue frunciendo el ceño.

—Tampoco yo lo comprendí, señor juez, al principio —dijo Mason—, pero ahora todo lo veo claro. La policía arrestó a esa mujer creyendo que se trataba de Lois Fenton. Al día siguiente, los testigos la identificaron como la joven que ellos habían visto en el hotel. Minutos después de haber sido hecha esta identificación la policía detuvo a la verdadera Lois Fenton, y, entonces, el sargento Holcomb dispuso una segunda identificación, advirtiéndoles a los testigos que iban a ver otra vez a la muchacha, ahora en condiciones más ventajosas, con el resultado de que ambos testigos creyeron estar en presencia de la misma mujer. Con el propósito de mantener a estos testigos libres de toda sospecha, los dos oficiales de policía simulaban una falsa disputa, a fin de que cuando aquéllos entraran en el gabinete de identificación por segunda vez,

estuviesen plenamente convencidos de antemano de que la mujer que entonces veían era la misma que ya habían visto y no dudaran en identificarla como tal. Más tarde, para evitar que yo pudiese descubrir la comedia, la policía llevó de nuevo a la acusada Lois Fenton al gabinete de identificación. Pero esta vez no había nadie al otro lado de la cortina. Se trataba de una trampa, ideada con la simple finalidad de que yo no descubriera...

—¡No es cierto! —gritó Hamilton Burger.

—Antes de desmentir mis palabras, sería preferible que se preocupase por averiguar la verdad de lo ocurrido —respondió Mason—. Interrogue al sargento a cuyo cargo está el gabinete de identificación. No creo que el teniente Tragg haya tenido participación en lo que acabo de contarles, pero entrevístese con el sargento Holcomb y escuche lo que le diga. Y, dicho sea de paso, señor juez, aprovechando que el sargento Holcomb está en la sala, solicito que sea requerido para permanecer en ella en calidad de testigo de la defensa, sin menoscabo de recabar el derecho que me asiste de dar los pasos oportunos para que se le sancione.

Durante un buen rato el juez Donahue no logró restablecer el orden de la Sala, a pesar de sus conminatorios golpes sobre la mesa. Entretanto, el sargento Holcomb, que se había puesto de pie tratando de decir algo, se volvió para dirigirse a la puerta, deteniéndose finalmente.

—¡Holcomb, venga aquí! —gritó Hamilton Burger— ¡Quiero hablar con usted!

Mason se reintegró a su sillón, sonriéndole a la acusada.

—¿Pero cómo consiguió usted averiguar...? —murmuró Lois Fenton.

—Lo que me avergüenza es no haberlo averiguado mucho antes. La cosa es bien sencilla: Ellos le hicieron entrar a usted por dos veces en el gabinete de identificación. La primera vez que usted entró allí se mantuvo con la cabeza baja, circunstancia que contribuyó a que, al verla, los testigos creyeran que la contemplaban por segunda vez.

—¿Se probará con todo esto que fue Irene Kilby la que estuvo en el hotel?

—Para demostrarlo hace falta todavía recorrer un largo camino, pero en principio ya hemos dado un gran paso. Probaremos que la

primera joven que identificaron como la única vista en el hotel era Irene Kilby y, mucho me equivoco, si este extremo no ocasiona un gran alborozo.

El juez, que finalmente había logrado restablecer el orden en la sala, miró significativamente a Hamilton Burger, y éste habló:

—Creo, señor juez, que hemos escuchado la declaración más asombrosa salida en boca de la defensa. No creo que tenga el menor fundamento. Y aunque lo tuviese, opino que sólo serviría para levantar ligeras dudas sobre la identificación, dudas que después se esfumarían...

—El Tribunal —le interrumpió el juez Donahue— desearía saber si la testigo Irene Kilby fue llevada al gabinete cuando los testigos Sam Meeker y Frank Faulkner se encontraban allí para identificar a la acusada.

—Como es natural, señor juez, ella no podrá decirlo, por ignorar quiénes se encontraban al otro lado de la cortina.

—¡Pero la policía lo sabe! —exclamó el juez con notorio enojo.

—En efecto, señor juez, y si puedo conseguir una suspensión de la vista, pondría en claro los hechos.

—¿De qué duración sería la suspensión que solicita usted?

—De una hora. ¿Está de acuerdo el Tribunal?

—¿Qué le parece hasta las dos de esta tarde? —dijo el juez Donahue—. Suspenderíamos la vista hasta esa hora, y, mientras, la acusación averiguaría con exactitud lo ocurrido. Después de todo, la defensa no tiene acceso a los registros de la policía, y la testigo Irene Kilby ha sido retenida en cierto lugar vedado para ella.

—¡Como testigo material! —subrayó Burger—. Y lo fue con su consentimiento, señor juez.

—No quisiera censurar a nadie mientras no cuente con base para ello —replicó el magistrado—, pero tengo el firme propósito de llegar al fondo del asunto. ¿Tiene alguna objeción que hacer a la suspensión hasta las dos de la tarde, señor Mason?

—Sí, señor juez.

El juez frunció el ceño, mientras se dirigía a la defensa, diciendo:

—Como es lógico, señor Mason, el fiscal del distrito tiene que realizar ciertas investigaciones para tratar de averiguar lo ocurrido y necesita consultar determinados registros y documentos. Al

Tribunal le interesa extraordinariamente saber lo que verdaderamente aconteció en ese gabinete de identificación y, como es de suponer, la defensa debe ser la primera interesada en que se conozca la verdad. Por tanto, el Tribunal estima que la petición de una suspensión es razonable.

Mason replicó:

—En principio, estoy de acuerdo con Su Señoría, pero creo que el fiscal del distrito tiene ayudantes capacitados para realizar las diligencias de rigor. Me creo, por tanto, autorizado para continuar con este interrogatorio antes de que se le dé tiempo a la acusación para conferenciar con sus amigos y confeccionar alguna nueva historia. Una simple suspensión de diez minutos, le ofrecería al señor fiscal amplia oportunidad para que sus ayudantes pudiesen hacer las investigaciones oportunas y conferencien con el sargento Holcomb.

—¡Perfectamente! —dijo el juez Donahue—. Si la defensa desea poner término al interrogatorio de los testigos, está autorizada para ello. El Tribunal se tomará un descanso de diez minutos.

Paul Drake se abrió paso a través de los espectadores, acercándose a Mason.

—Creo que todo va magníficamente —exclamó—, pero han pescado a Arthur Sheldon y pueden sacarlo a relucir como testigo. ¡Ten mucho cuidado, Perry!

—¿Dónde tienen a Sheldon?

—En la cárcel. El asunto lo llevaron con todo sigilo. Ahora, parece que se han decidido a dar la noticia a la Prensa.

—Pues me gustaría que lo subieran al estrado —dijo Mason—. Creo que ya sé adónde voy.

—¡Magnífico! —exclamó Drake con entusiasmo—. Lo estás haciendo como un maestro.

21

Cuando el Tribunal reanudó sus tareas una Irene Kilby nerviosa y asustada se sentaba en el estrado de los testigos, mientras un exasperado fiscal del distrito se mantenía claramente a la defensiva. Sus actitudes mostraban con meridiana claridad, que se sentía preso de profunda irritación por la treta de la policía, que, en aquellos instantes, ya había sido interrogada por el sargento Holcomb.

Mason inició en aquellos instantes el interrogatorio:

—Quedamos, pues, señorita Kilby en que usted asumió la personalidad de Lois Fenton, haciéndose cargo de sus compromisos profesionales y vistiendo como ella. ¿No es así?

—Sí, señor.

—Según nos ha dicho, usted tenía un convenio suscrito con ella; documento que estaba en poder de John Callender.

—Sí, señor.

—¿Y era ese el único documento existente? ¿No existían copias de él?

—No, señor.

—Usted deseaba recobrar el documento, ¿no?

—Sí.

—Y que mientras John Callender lo tuviese en su poder usted estaría en cierto modo a merced de él. ¿Cierto?

—Cierto.

—Avancemos ahora un poco más. Este abanico, que ahora le muestro, es el que ha sido presentado como prueba número dos... Examínelo bien... Advertirá que aparecen en él grabadas las iniciales L. F., y que fue fabricado en San Luis. ¿Ha visto usted antes este abanico?

—Sí, señor.

—Yo se lo entregué a usted, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Cuándo?

—El día del crimen, o sea la tarde del dieciséis. Claro está que John Callender fue asesinado pasada la medianoche de ese mismo día, lo que quiere decir que fue el diecisiete.

—Exactamente. Ahora, dígame, ¿qué hizo usted con ese abanico después de habérselo entregado yo? Mejor dicho, yo le entregué dos abanicos, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Y qué hizo usted con esos dos abanicos?

—Pues yo... yo...

—Continúe —le animó Mason.

—Se los entregué a John Callender.

—¿Se los entregó personalmente o se los confió a Harry Cogswell para que éste, a su vez, se los diese a John Callender?

—Harry debía entregárselos.

—¿No es cierto que tan pronto como usted entró en posesión de sus abanicos, subió en compañía de Harry Cogswell, a un automóvil para dirigirse rápidamente al encuentro de John Callender, a fin de comunicarle que yo no había encontrado el caballo que él buscaba y si sólo los abanicos?

—Sí, señor.

—¿Le entregó los abanicos a Cogswell para que éste se los diera a Callender?

—Sí.

—¿Y no llegó Cogswell al hotel a eso de la una y veinte, dirigiéndose al cuarto de Callender para hacerle entrega de los abanicos?

—Le entregó solamente uno. Yo me quedé con el otro.

—No me ha respondido a la pregunta, señorita Kilby. Para no jugar con ventaja, le diré que vi personalmente a Harry Cogswell cuando penetraba en el cuarto de Callender, alrededor de la una y veinte de la madrugada del diecisiete. ¿Se dirigió o no Cogswell al cuarto de Callender a esa hora?

—Si poco más o menos.

—¿Dónde se encontraba usted?

—En la calle, en el automóvil. Harry no pudo encontrar un lugar de estacionamiento cerca del hotel y por eso él fue a hablar con Callender, mientras yo maniobraba con el coche alrededor del

edificio. Posiblemente, hubiésemos terminado por encontrar lugar donde estacionarnos, pero ello habría ocasionado cierto retraso, y Callender deseaba que le fuese entregado el abanico cuanto antes. Declaró que lo quería en su poder antes de las dos.

—¿Es que habló usted con Callender por teléfono?

—Sí.

—¿Tan pronto como le hube entregado los abanicos?

—Sí.

—Bien —dijo Mason—. Seamos sinceros en este punto: Usted estaba empeñada en proteger sus intereses, pero, a mi juicio, se mostraba excesivamente precavida. Suponga, ahora, que yo probase que cuando usted visitó a John Callender a las dos y veintitrés de la madrugada del diecisiete de septiembre, éste ya estaba muerto, encontrándose con el cadáver tendido en el suelo, al abrir la puerta. ¿Cambiaría por esto su declaración en el sentido de que usted fue, en efecto, la dama que estuvo en el hotel a esa hora?

Irene Kilby contempló al abogado con ojos sorprendidos, al tiempo que el juez Donahue exclamaba:

—¿Qué dice?... Señor secretario, léame esa pregunta.

El secretario repitió con voz monótona la pregunta formulada por Perry Mason y el magistrado frunció el entrecejo. Después, miró a la testigo y, finalmente, fijó sus ojos en Mason.

—Señorita Kilby, ¿entiende usted la pregunta?

—Sí —asintió la aludida en tono vacilante.

—¿Puede responder a ella?

—Sí.

—¿Con seguridad? —interrogó Mason.

—Sí, señor.

—Muy bien. Sepamos, pues, toda la verdad. ¿Fue usted a visitar a John Callender a las dos de la madrugada poco más o menos?

—No.

—Pero usted debió enterarse de alguna forma, por la policía o por otro medio, de que una camarera había visto salir a Lois Fenton del cuarto de Callender a las dos, y comprendió que tarde o temprano podría encontrarse algún testigo que supiese que usted fue a visitar a Callender. Por lo tanto, decidió suplantar a Lois Fenton y sostener que era usted la mujer que fue vista, abandonando el cuarto de Callender, a las dos de la madrugada.

¿No es así?

—Sí, señor.

—Si el Tribunal me lo permite —dijo Mason—, desearía llamar su atención sobre el hecho, según el testimonio del testigo Faulkner, de que Arthur Sheldon salió precipitadamente del cuarto 511 y atravesó el corredor para penetrar en el 510, a poco de instalarse el testigo en los lavabos. Esto ocurrió aproximadamente a las dos y veintiuno. A las dos y veintitrés, la testigo se dirigió al cuarto de John Callender. Si el Tribunal recuerda ahora, que esta señorita se había tropezado con el detective del hotel, quien la obligó a telefonar al cuarto de Callender, la deducción resulta obvia: Arthur Sheldon debía encontrarse en el cuarto de Callender cuando sonó el teléfono. Al abandonar Sheldon el cuarto, no lo hizo en la forma en que lo habría efectuado quien acaba de visitar a una persona. Se retiró como quien huye de algo. Ustedes advertirán que el testigo Faulkner declaró que Sheldon, al salir al pasillo, cerró la puerta tras de sí y abrió la del 510, desapareciendo por ella. En consecuencia, resulta evidente que algo anormal debió ocurrir en el cuarto; con toda probabilidad, que Callender ya estaba muerto en aquel momento. Pero es de todo punto claro que Arthur Sheldon se encontraba en dicho cuarto en el instante que el detective del hotel llamaba desde la cabina telefónica del vestíbulo. Estimo, por tanto, lógico suponer que, por razones de él conocidas, fue Arthur Sheldon quien se puso al teléfono, y que fue su voz la que el detective escuchó al llamar al cuarto, siendo igualmente Sheldon el personaje a quien esta señorita anunció que se encontraba en el vestíbulo disponiéndose a subir. La testigo, cuando supo que se había establecido que John Callender se encontraba vivo a eso de las dos y veinte, hora en que tuvo lugar la llamada telefónica, no se atrevió a admitir que fuese ella la que entró en el cuarto a las dos y veintitrés. Y creo que con lo dicho queda explicada de manera clara la situación.

—¿Sostiene usted, pues, que Arthur Sheldon fue el asesino? —preguntó Hamilton Burger.

—No sostengo nada —replicó Mason con impaciencia—. Sólo trato de conseguir la libertad de mi defendida. Por lo que al asesinato se refiere, estimo que es tarea de su exclusiva incumbencia. Y, con esto, termina mi interrogatorio de la testigo.

—¿Alguna pregunta más? —interrogó el juez Donahue dirigiéndose al fiscal.

—No, señor juez.

—Muy bien —dijo el magistrado— confieso que desearía hacer alguna pregunta a la testigo, pero, en vista de las incidencias surgidas, no estimo conveniente formularlas en presencia del jurado. No obstante, puesto que la testigo ha admitido falsear su testimonio, ordeno que quede bajo la custodia del *sheriff*, en espera de la sanción correspondiente.

Mason se alzó del asiento y comenzó a guardar los papeles en la cartera, mientras le sonreía a su cliente con aire tranquilizador.

—De acuerdo por completo, señor juez —dijo Mason—. El fiscal puede desistir de su acusación contra mi defendida ahora mismo, o bien suspender la vista hasta las dos de la tarde.

El juez Donahue, después de mirar interrogativamente a Hamilton Burger, anunció:

—El Tribunal volverá a reunirse a las dos de la tarde de hoy.

22

De regreso ya en el despacho de Perry Mason, Paul Drake se encaró con el abogado.

—Francamente, Perry, no comprendo...

—Lo ingrato de esta profesión de abogado es que en ella nos tornamos demasiado escépticos... Lois Fenton sólo decía la verdad escueta. Durante largo tiempo no la creí, estimando que su historia era demasiado fantástica, cuando, en realidad, era la más lógica que pueda imaginarse. Ella hizo un relato verídico de lo ocurrido y, desde el momento en que confié en sus declaraciones, supe quién asesinó a John Callender. Sólo una persona podía haberlo hecho.

—¿Quién?

—Sorprendí a Harry Cogswell en el pasillo, y supe que había hablado con Callender a la una y veinte. Lois Fenton informó haberse despedido de Callender a las dos. Una camarera la sorprendió en el pasillo, viendo también a Callender en la puerta de su habitación. Cuando Arthur Sheldon abandonó el cuarto de Callender, se condujo evidentemente como quien huye de algo. Al marcharse del hotel dispuso en la puerta del cuarto de Callender el aviso de «No molestar». En consecuencia, debe haber sabido a qué hora fue asesinado Callender y deseaba que el crimen permaneciese ignorado por el mayor tiempo posible. Una actitud muy natural si se piensa que, en tales circunstancias, y habiendo ocupado el cuarto de enfrente, necesitaba algún tiempo para aclarar sus ideas.

—¿Quieres decir que Sheldon cometió el asesinato?

—Quiero decir que si Sheldon sabía que Callender estaba muerto cuando colocó aquel aviso, tenía también que estar enterado de que se encontraba muerto cuando salió de su cuarto, porque está comprobado que nadie se comunicó con Sheldon después de lo ocurrido. No se registraron llamadas telefónicas a su cuarto, ni nadie fue a verle.

Drake asintió con un ademán y el abogado prosiguió.

—Lógicamente, Sheldon debió ser el que contestó al teléfono cuando el detective del hotel llamó al cuarto de Callender, posiblemente creyó que podría ser una llamada de Lois Fenton, toda vez que ignoraba que Callender quería verla. Entonces, resolvió ponerse él al teléfono y decirle que no subiese. Pero, cuando oyó la voz de una desconocida, simuló ser Callender. No olvides que no necesitaba decir mucho más de «¡Diga!». Fue la mujer la que debió hablar con relativa extensión. Le dijo que se encontraba en el vestíbulo, que el detective le obligaba a llamarle y que se disponía a subir. Sheldon se limitó a colgar el auricular y marchar a su cuarto del hotel, en donde aguardaría la alarma que lógicamente cabía esperar. Es natural suponer que, en aquellos momentos, estuviese presa del pánico.

—¡Continúa! —le animó Drake.

—Pero como no se produjo la alarma presumible, Sheldon creyó que podría contar con una oportunidad, y esperó a que la cosa estuviese despejada para marcharse del hotel. Sabía, entonces, que una mujer había estado en el cuarto de Callender y que no se había atrevido a dar la voz de alarma. Por eso, al salir, colocó el aviso de «No molestar», en la puerta de la habitación. Esto demoró el descubrimiento del delito, dándole tiempo a Sheldon para confundir los hechos. Pero Callender había ordenado que se le despertase en determinado momento, llevándole café a su cuarto. Tenía la costumbre de tomar café apenas despertase.

—No hay duda de que razones impecablemente, pero ¿qué fue realmente lo que ocurrió?

—A mí me constaba que Cogswell había visto a Callender. Marchó rápidamente a Palomino, en cuanto yo le devolví a Irene Kilby los abanicos de plumas de avestruz. Es lógico suponer que Cogswell e Irene realizarían el viaje desde Palomino con el exclusivo fin de hacerle entrega a Callender de los abanicos. La teoría del forense es, a mi juicio, exacta. Callender mantendría frente a él el abanico, cuando su asesino, que empuñaba la espada japonesa y cuyos ademanes le pasarían inadvertidos, hundió la hoja en su pecho. Ahora bien, ¿por qué Callender abriría el abanico? Sin duda, porque deseaba enseñárselo a alguien. ¿Qué le impulsó a esto? Probablemente, querría comprobar algo relacionado con el

abanico o con la propietaria de éste.

Perry Mason continuó tras una corta pausa:

—Lois Fenton me informó de que Sheldon había alquilado previamente un cuarto en la pensión de Lagmore a fin de que Jasper Fenton se alojase en él. Puedes imaginarte lo ocurrido. Jasper Fenton fue al hotel. Celebró puntualmente, a las dos de la madrugada, su entrevista con Callender, y éste le manifestó que debería comunicarle a su hermana que volviese a su lado, so pena de meterlo a él en la cárcel. Acababa de recibir uno de los abanicos que le había entregado Cogswell. Lo cogió seguramente para poner de manifiesto ante Jasper que yo no había encontrado el caballo, sino simplemente los abanicos. Aquella era la oportunidad de Jasper Fenton. Sabía que Lois no volvería junto a su marido, pasase lo que pasase, o, lo que es lo mismo, que él iría a parar indefectiblemente a la cárcel. Las plumas del abanico lo ocultaron momentáneamente a los ojos de Callender. La espada japonesa se encontraba junto al escritorio. Cuando Callender sintió que el acero se hundía en su pecho, arrojó lejos de sí el abanico y asió fuertemente la hoja, cortándose profundamente los dedos. Murió casi instantáneamente.

—¿Pero por qué Fenton regresó al cuarto a las dos y cuarenta y cuatro? —preguntó Drake.

—He aquí la única acción decente que Jasper ha hecho en su vida. Después de abandonar el hotel, cayó en la cuenta de que el abanico que había quedado allí, en un charco de sangre, era propiedad de su hermana. Entonces, regresó al hotel, penetró en el cuarto de la víctima, cogió el abanico, que intentó limpiar frotándolo contra la pared, y salió llevándolo oculto bajo su americana. Date cuenta, Paul, de que el hombre llevaba abrigo cuando fue al hotel y de que abrió la puerta de Callender, sin llamar en ella previamente. ¿Por qué? Muy sencillo; porque sabía que ya estaba muerto y que la puerta no tenía llave.

—¡Ahora lo comprendo!

—Después de coger el abanico —continuó Mason—, Fenton se dirigió al cuarto de la pensión que Sheldon había alquilado para él. Allí se sintió preso del miedo. Tenía en su poder el abanico ensangrentado y no sabía qué hacer con él. Salió a beber una copa y, entretanto, Sheldon que se marchaba del hotel y que no sabía

adónde ir, recordó que había alquilado un cuarto para Jasper Fenton, y se dirigió a la pensión. Encontró la llave en el tablero, penetró en la habitación y se tropezó con el abanico ensangrentado. Entonces, llamó a Lois y ésta pensó que era Sheldon quien había asesinado a Callender, mientras que aquél resolvía sacrificarse por Lois, creyéndola asimismo culpable a ella, por lo que decidió huir, a fin de que la policía le inculcase a él del delito. Y esto es todo, Paul. Creo que habría resuelto el embrollo mucho antes de haber creído en lo que mi cliente me decía, cuando me contó aquella historia del abanico manchado de sangre.

—¿Qué harán con Fenton? —preguntó Drake.

Mason esbozó una mueca.

—Es ese un problema que sólo debe importar a Burger. Callender jugaba con Fenton para sojuzgar a su hermana. Ningún jurado del mundo calificará el delito de Fenton como homicidio en primer grado, si encuentra un buen defensor.

—Pero ¿qué hizo en aquel cuarto Irene Kilby durante los diez minutos que permaneció en él?

—Buscaba el documento del convenio con Lois Fenton. Cuando encontró muerto a Callender, tuvo la suficiente sangre fría para hacer la búsqueda por cuenta propia y revolió por todas partes menos donde se encontraba el papel.

—¿Y dónde estaba?

—No lo sé a ciencia cierta, Paul —sonrió Mason—. Callender ya hacía tiempo que tenía alquilado ese cuarto en el hotel. Vino desde el Valle, huyendo del calor y traía consigo la famosa espada japonesa. A mí me parece que lo que le impulsó a llevar consigo la espada es que en su empuñadura se encontraba el escondite que había habilitado para ocultar unos papeles que le interesaban extraordinariamente: el convenio firmado por Lois Fenton y los cheques falsificados por su hermano.

—¡Diablos! ¡Es una brillante idea!

—Creo que es allí donde estaban los documentos.

—¿Pero estás seguro?

Mason sonrió.

—¿Recuerdas que la espada se encontraba en el Tribunal como prueba? Después de la suspensión, aprovechándome de la excitación reinante, saqué un tornillo y la empuñadura se separó de

la hoja. Creo que los documentos estaban efectivamente allí. Trataré de probarlo.

Mason abrió su cartera y exhibió burlonamente el documento firmado por Irene Kilby y Lois Fenton.

—Después de todo, un abogado no debe reparar en medios para favorecer a su cliente. Deje allí los cheques falsificados por si Hamilton Burger estima oportuno descubrirlos.

F I N



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A.

A. Fair,

Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (*El caso de la mecanógrafa*

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A.

A. Fair,

varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.